

EL NIHILISTA ESPAÑOL

MEMORIAS CONTEMPORÁNEAS

POR EL

DOCTOR SÉLIVA.

VALLADOLID:

Imp. y lib. de la Viuda de Cuesta é Hijos.

Cantarranas, núms. 38 y 40

1894

00250

DG

A

**MIGUEL MIRANDA**

LOPE DE VEGA, 19

28014 - MADRID

TELF. 914 294 576

C. 1174386

T. 139753

# EL NIHILISTA ESPAÑOL.

---

MEMORIAS CONTEMPORÁNEAS

POR EL

**DOCTOR SÉLIVA.**



**VALLADOLID:**

IMP. Y LIB. DE LA VIUDA DE CUESTA É HIJOS,  
*calle de Cantarranas, núms. 38 y 40.*

---

**1884**

EL MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

MEMORIAS CONTEMPORÁNEAS

TOMO II

DOCTOR SERRA



VALLADOLID

EN LA LIBRERÍA DE D. FRANCISCO DE CORTES Y BARRA  
CALLE DE CALZADA, NUM. 27 Y 29



R. 105560



AL GRACIOSO LECTOR,  
(en forma de prólogo.)

**N**INGUNO que no tenga sal y pimienta debe leer este opúsculo, que no se ha escrito para simples y bobos; por lo tanto, en esta introducción, como en todo el curso de este singular trabajo, me dirijo al lector que ha de ser gracioso, si no por la chispa del ingenio y de la oportunidad que presta vida, colorido y esplendor á todo, al menos por la gracia del bautismo que ha debido conservar para entender mejor las cosas en el siglo XIX.

Suponiendo, pues, querido lector, que tienes la gracia necesaria para atreverte á leer estas líneas, te voy á poner al corriente de un secreto que quisiera reservar; empero, que la especie de confianza que vamos á tomarnos me obliga á declararte.

Es el indicado secreto que yo no soy el verdadero autor de esta obrita, ni aun para mis particulares

amigos que conocen bien el anagrama de mi nombre.

Yo no soy más que un simple copista, un curioso ordenador del trabajo ajeno, para bien del que desee utilizarlo.

Desde que, gracias al vapor y á la electricidad, han desaparecido las distancias y se han puesto en comunicacion los pueblos, las naciones y los continentes, ¿quién no ha dejado el oscuro hogar, que le vió nacer y visitado al menos la capital de su provincia ó la córte de su reino?

He sido uno entre la multitud de los españoles, que ha tenido, no sé si la ventura ó la desgracia de visitar la coronada Villa.

Aun no finaba la primavera del año 188... cuando halléme en medio de tan variada grandeza de toda calidad como en Madrid abunda.

No podían faltarme allí algunos compañeros de las aulas universitarias, y por dicha mia logré á poco ver á mi amigo Plácido.

No fué menguada para mí la fortuna de hallar condiscipulo tan amable; á él debo en gran parte la satisfaccion de dar hoy á luz estas memorias.

Después del más afectuoso saludo, preguntóme por el objeto de mi venida á la Córte. Satisface en breve su curiosidad y al punto como el que está poseído de una gran pasion comenzó á hablarme de política y de políticos.

—No sabes, amigo Justo, me dijo, que, puesto que estarás algun tiempo en Madrid, quiero iniciarte en los secretos de nuestra gran política y que conozcas nuestras notabilidades: así llevarás mucho que contar á tus provincianos.

—Me agradan tus deseos y me parece que eres tu, querido Plácido, la persona que yo necesitaba para no aburrirme estos meses que he de pasar aquí.

Mas ante todo, dime: ¿te has hecho ya político y afiliado á algun partido, tu que blasonabas de independiente y ultramontano?

—Te diré: tanto como afiliado, no; pero es indispensable seguir las corrientes de la época, no olvidarse del porvenir y de las conveniencias de la familia; y, como en España lo absorbe, dirige y gobierna todo la política, de aquí que no se pueda estar indiferente á ella.

—Te comprendo, Plácido, tu no quieres quedarte sin luz y vas mirando al sol que más alumbra.

—Siempre has de ser el mismo; tan radical, extremado é intransigente, como el primer día que nos conocimos en la clase de Estética, cuestionando sobre las teorías de Lessig y el ideal de Vizcher. Y á propósito, un recuerdo gratisimo: ¿no sabes que se halla en ésta Teófilo, aquel condiscípulo tan aventajado, como modesto, que ganó el premio en dicha asignatura? Si, aquí está, sin haber variado en medio de tantas transformaciones como Madrid realiza; con su traje sencillo, su carácter franco y agradable y sus convicciones más profundas, si es posible.

Aunque sigue siempre trabajando en sus estudios y sale poco, nos vemos los jueves y los domingos, y ahora con más seguridad en el Círculo Parlamentario que acabamos de establecer.

Pero vámonos aquí al Suizo á tomar alguna cosa para celebrar nuestra entrevista y antigua amis-

tad y te referiré despacio la pequeña historia de este Círculo.

En casa del ex-ministro M..., que tiene un hijo y unas hijas muy lindas y simpáticas, nos reunimos en tertulia semanal varios amigos que visitamos la familia; y en la trégua que en estas ocasiones se dá á la etiqueta, se habla de todo, incluso de política, donde se manifiestan las más extremadas opiniones; habiendo llegado en muchos casos á no entenderse, ni las palabras del sustentante, por la acalorada contradicción de que era objeto, á pesar de la grave dirección que en las polémicas tiene de derecho el Papá de la casa, ex-ministro de Estado.

Hace pocas noches que Álvaro, jóven entusiasta de la libertad é hijo de un progresista del bienio, increpó las opiniones de Teófilo, hasta el punto de proponerle una discusión seria y pública.

No tengo el menor inconveniente, dijo Teófilo; con tal que V. se comprometa á facilitar el local, á hacer un reglamento aceptable, á nombrar una Mesa imparcial y elegir un público digno, yo acepto la discusión de los puntos más culminantes de la *doctrina politico-religiosa*, en que incidentalmente nos venimos ocupando.

Como amigo de las polémicas, convenidos, contestó Álvaro, lleno de alegría: así formaremos lo que yo deseaba, un Círculo parlamentario.

Y dirigiéndose á su amigo Rufino le dice: tu que eres más demócrata que Castelar y Salmeron y más republicano que Pi y Zorrilla, asistirás bien prevenido á ver si hay entre nosotros algo de Mirabeau y de Barnabe que nos haga dignos de figurar en unas Constituyentes.



Álvaro tiene un tío bastante acaudalado, el Barón de L... que vive junto á la plazuela del Conde de Barajas, en el distrito de la Audiencia.

La casa que habita parece un palacio de la antigua grandeza española; y, sin duda, perteneció á una noble estirpe, como se vé por el gran escudo que tiene sobre el arco de la puerta principal.

La casa es buena y espaciosa y sobre todo el jardín, lugar designado para las reuniones en estas veladas primaverales.

Ya verás qué sitio tan á propósito.

El cenador del jardín situado en la parte del mediodía está un poco elevado sobre el plano general y, cubierto con las ramas de los árboles frondosos que le rodean, forma como una mesa techada con pabellones naturales. Frente se prolonga un anchuroso paseo del cual parten las variadas sendas que circundan todo el jardín, iluminado á la veneciana en los días de sesión. Los cipreses que hay en el fondo del cenador, parecen, á medio iluminar, los maceros y reyes de armas del Congreso. Te repito que el local de nuestro parlamento es amenísimo y que Álvaro ha realizado un cuadro digno de una escena oriental.

Ha elegido este lugar de la casa de su tío, que nada le niega por el gran cariño que le tiene, á fin de evitar la introducción de personas extrañas y de que se conserve el mejor orden en las discusiones, libres de los agentes de policía y de otros curiosos, que no pueden penetrar en sitio tan reservado y solitario.

Ha logrado también Álvaro que su tío el Barón, jurisconsulto que nunca ha defendido ni sus pleitos,

acepte la presidencia en union de un antiguo coronel retirado y de un catedrático que hace de Secretario. Los diputados son los jóvenes que ya conoces de nombre como jefes de otros tantos grupos ó partidos; y los amigos que le siguen se parecen á los llamados del *sí* y *no* del Congreso.

El auditorio va á ser más vario, segun los asuntos en que nos ocupemos y las invitaciones que se hagan; de todos los modos nos prometemos más asistencia que hay en los parlamentos oficiales, cuando se trata de cosas de Hacienda ó hay corridas de toros.

Ya hemos celebrado la sesion inaugural, y como estas elecciones han sido más libres, que las libérrimas de la Nacion y no traian los Diputados sus actas, ni hubo protestas en sentido alguno, se constituyó el parlamentito en una hora y pasamos á la aprobacion del reglamento.

Tuvo lugar un incidente curioso, que deseo darte á conocer y que demuestra que no está la juventud española tan pervertida como se cree.

Has podido formar idea de las opiniones ultra-republicanas del joven Rufino; pues bien, al tocarse la cuestion del juramento, (porque nos hemos constituido con toda formalidad, á fin de que no haya escándalos, crisis ó pronunciamientos en nuestro parlamentito) dijo: que él, siendo más que republicano, no tenía inconveniente en jurar por Dios: primero porque los compromisos sagrados se habían de poner bajo su nombre; y segundo, porque la existencia y proclamacion de Dios, no son impedimento para curar los males de la sociedad que la ambicion y la tiranía de unos hombres contra otros vienen cada día

umentando; y que por eso él quería un gobierno enteramente libre y popular, que atendiera al bien de los pobres y desvalidos; que los ricos y poderosos con todos los gobiernos disfrutan y gozan, como si para ellos solos se hubiera creado el mundo; además, que como su madre le había dado á luz en el seno del catolicismo, no quería renunciar á él. Que nada le importaba el ejemplo de esos senadores Cervera y Güel y Renté, que sólo habían prometido por su honor, comprometiéndolo al punto de tal manera, que apenas el uno pudo balbucear algunas palabras en apoyo de su enmienda, llevando el otro tras de sí la antipatía de los buenos españoles por sus tendencias separatistas; y en fin, que para ser buen repúblico y patriota no se necesita ser ateo. *(Bien, muy bien, fueron las primeras palabras de aplauso, que resonaron ante esta declaracion en nuestro parlamentito.)*

El jueves próximo tendremos la primera sesion: usará de la palabra nuestro amigo Teófilo que ha de estar elocuente y sobre todo expresivo por las acendradas convicciones que posee.

Yo no le he oido así en tono oratorio, pero me parece que ha de ser notable por sus estudios, aplicacion y claridad de ideas que, como tú recordarás, le distinguían entre nosotros, tanto en las clases de derecho como en las de filosofía.

Su aspecto varonil y majestuoso, su estatura elevada y espaciosa frente dan gran realce á su noble figura, propia de un hombre distinguido y que por sus méritos se eleva sobre los talentos vulgares y oradores amanerados, que tanto abundan entre nuestros tribunales.

Estoy deseoso de presenciar la lucha gigante de Teófilo con Álvaro, Rufino y demás oradores que vayan saliendo á la palestra...

—Le interrumpí, diciendo: y tú, Plácido, ¿no tomarás parte en los debates?

—Conforme el giro de ellos y si me veo aludido.

—Pues alégrome sobre manera de todo lo que me acabas de referir y de que tengais las honrosas lides de la inteligencia y del corazón por las creencias dignas y los principios verdaderos y los generosos sentimientos, que los hombres deben abrigar y defender paladinamente en todo tiempo y lugar.

—De seguro, añadió Plácido, ha de tener Teófilo grande satisfacción al saber que te encuentras en ésta.

Muchas veces hemos hablado de ti y de tus aficiones particulares.

También cuando cuestionamos algún tema y no podemos llegar á un acuerdo, me repite: eres mi eterno contradictor; si estuviera aquí Justo, me daría la razón.

—Tal vez, si él no ha variado: pues por lo que á mí se refiere, tengo las mismas ideas.

—¿No te he dicho que él sigue impertérrito en sus opiniones de la juventud, ó más firme por ir las confirmando con el estudio y la experiencia? Veo que ya hay dos hombres contestes y que vais á formar la mayoría en nuestro parlamento; porque supongo asistirás.

—Con mucho gusto; mas dime: ¿teneis taquígrafos?

—No; ni aun siquiera habíamos pensado en ellos: porque como no vamos á aumentar las Constitucio-

nes de España ni á vencer á ningun macedonio, no nos ha parecido indispensable el fijar las opiniones que se van á exponer.

La mesa dará razon al que la lleve y el triunfo será de la verdad.

—Ya empezamos á disentir, amigo Plácido.

Si no indispensable, al menos muy conveniente sería taquigrafiar los debates, porque no hay que fiarse de la imparcialidad de las mesas, ni de la estimacion de los conceptos cogidos al vuelo.

Lo escrito permanece y se puede apreciar mejor, no sólo por un público determinado, sino por todos los públicos de todos los tiempos y lugares.

Une á estas consideraciones la gran estimacion que tu mismo haces de la doctrina y de los talentos de Teófilo y de sus contrincantes, y de aquí deducirás que pueden decir cosas tan buenas é importantes, que sean dignas de formar un libro destinado á ser leído por Tirios y Troyanos, revolucionarios y anti-revolucionarios.

—Me has convencido, Justo: ahora solo falta hallar el taquígrafo; y que el Señor Baron en obsequio de las lucés de la ciencia y del progreso y de su sobrino, se dispongan á suplir los gastos que ocasione.

—No es preciso: recordarás que para conservar las explicaciones de nuestro sabio profesor empecé á hacer algunos signos de taquigrafía, que después he perfeccionado; y así puedo desempeñar esta comision sin sueldo.

—Me alegro. Y ¡cuánto va á gozar el insigne Teófilo al ver el corréligionario tan habil que la suerte le depara!

—Esta noche hemos de vernos en casa de un amigo: le daré tan grata noticia y á las diez nos esperas aquí.

Con que prepara lo que necesites, que ya en cuerpo y alma perteneces á nuestro parlamentito.

—Nos retiramos, para volvernos á reunir á las pocas horas en el mismo sitio.

El resto de la tarde lo invertí mirando y pasando revista á los puntos más céntricos de la Villa, no sin pensar más de una vez en Plácido, sus nuevos amigos, su círculo, etc.; mas lo que fijaba mi atención era lo que me había dicho de Teófilo, mi condiscipulo predilecto.

Ya solo pensaba en verle digno del buen concepto que siempre nos mereció.

Á la hora señalada y con una puntualidad no muy ordinaria en las poblaciones que son grandes las distancias, llegamos al lugar de la cita, teniendo el gusto de abrazar á mi amigo, despues de dos lustros de separacion.

Sucesivamente fui presentado á los principales jóvenes que iban llegando y que han de formar el núcleo del parlamentito libre.

Entre ellos conocí á Julio, hijo del ex-ministro y hermano de las distinguidas Señoritas tan amigas de Plácido.

Á poco se presentó el Marquesito de la R... y se completó el grupo de los escogidos.

Álvaro, como autor principal del proyecto que echa los cimientos de la regeneracion española, tomó la palabra y dijo:

—Me congratulo, amigos míos, de veros aquí reunidos y animados de tan nobles aspiraciones, como

son las de trabajar por la civilización, el progreso y la libertad.

Sabéis que ya está todo dispuesto para que pasado mañana hagamos nuestro debut parlamentario á la sombra de los árboles del jardín de mi generoso Tío.

Las circunstancias del lugar, desde que con tanto empeño me ocupo en este asunto, me han inspirado la idea de que empezamos bajo los más felices auspicios, pues á semejanza del *Patriarca de Forney* y de los hombres del *Contrato social* tendremos nuestras deliberaciones en presencia de la naturaleza, que nos servirá de norma en la investigación de los principios naturales y de los derechos imprescriptibles del género humano, que la sociedad pervierte con sus limitaciones.....

—No ha llegado aún el momento, Álvaro, dijo Plácido, de que nos echéis discursos progresistas: tiempo tendrás de parodiar al *príncipe de nuestros oradores* y de citar los trozos de las *palabras de un creyente y de la profesión de fe del siglo XIX*, que sabes de memoria; como si no hubieras tenido otros maestros que Lamennais y Pelletan.

Ahora quiero anunciarte el complemento de tu obra.

Nuestro amigo Justo, que sabe taquigrafía, se presta gustoso á escribir las sesiones; y de este modo nada ha de faltar á nuestro parlamento; esta formalidad parlamentaria nos obligará á ser comedidos y prudentes por el temor de ver nuestras producciones oratorias expuestas á la crítica general.

—No me desagrada el que deis tanta importancia á lo que empezó en tono de presunción, repuso Álvaro.



—A los ojos del hombre, continuó Teófilo, siempre son de sumo interés todos los esfuerzos que se hacen por esclarecer la verdad y conducirla por su carrera del triunfo al dominio de las inteligencias.

De la existencia de los grandes males, como son la diversidad de creencias y opiniones, pueden obtenerse los bienes de que la fé verdadera sea más estimada y caigan en el desprecio las opiniones extravagantes y absurdas, si con sinceridad se examinan.

Este nobilísimo objeto es el que no debemos perder de vista en nuestras discusiones; y ya vereis como ninguno tendrá que dolerse de las victorias que alcancen la razon, la verdad y la justicia.

—Bien formulado está el manifiesto para salir diputado, si ya no lo fueras, Teófilo, exclamó Rufino: mas me parece poco práctico; yo estoy por los que empiezan ofreciendo la nivelacion social y el reparto de bienes, que nos haga á todos hijos de Adán y herederos de la tierra y de sus frutos.

—Como aquí no ha empezado la sesion, dice el Marquesito, no hay que suspenderla: me despido Señores, y hasta pasado mañana.

—Sucesivamente fuéronse retirando los demás hasta quedarnos solos.

Entonces me dijo Teófilo: ya adivinarás las opiniones que tienen estos jóvenes y lo difícil que ha de ser el coincidir en los principios fundamentales del debate, cuando son tan diversos los puntos de partida y tan varios los criterios, que privan en las diferentes escuelas que representan.

Son jóvenes apreciables y dignos; pues de otro modo no les dispensaría mi amistad; pero tienen



ideas y opiniones tan superficiales como hijas de una instruccion falta de método y de unidad.

Aunque no sean grandes las ventajas que se puedan obtener en estas luchas de ideas y pareceres, no obstante, el buen deseo no será del todo infructuoso: y por lo que á mí toca, con este motivo me estimulo más á profundizar las cuestiones que se agitan diariamente y que ahora se hallan revestidas de extraordinario interés; porque parece aventurarse con ellas el porvenir de España y del mundo.

Los estrechos moldes del pasado, que diría Moreno Nieto, se rompen; y las ideas modernas se dilatan en los espacios de la libertad.

La Revolucion presenta batalla definitiva al Cato-licismo, ¿quién triunfará?

La Union Católica se interpone en España para evitar la efusion sangrienta del combate, ¿qué conseguirá?

Los hombres no se entienden; crece la confusion de los partidos agitados por insaciabes pasiones, ¿quién los salvará?

He aquí, amigo, la síntesis de mis pensamientos.

—Me parece grandiosa y de actualidad, y por lo tanto con tu permiso, me propongo desde luego ordenar las ideas y ver si puedo con vuestros discursos formar un libro, que sea espejo donde nos veamos todos los españoles.

—Haz lo que gustes.

Teófilo me acompañó á mi domicilio y afectuosamente nos despedimos hasta la próxima sesion...

Gracioso y benévolo lector, aunque algo extenso, ha sido necesario este prólogo, para darte razon del

plan de este libro, de cómo ha llegado á escribirse y á publicarse y de la forma especial que lleva.

Entre sus páginas hallarás la causa que engendró su título.

Y hecha esta última observación, concluyo deseándote más provecho de su lectura y meditacion, que yo puedo obtener con darlo á luz despues de tantos trabajos como me ha costado el poner en limpio las cuartillas originales.





# SESIONES

DEL

## PARLAMENTO LIBRE.

---

### PRIMERA SÉRIE.

#### De las teorías liberales.

Sesion 1.<sup>a</sup> Presidencia del Sr. Baron de L....

*Abierta la sesion, se puso á la órden de la noche la discusion provocada. En medio del mayor silencio y de la espectacion de un escogido auditorio, ávido de tan raro concierto, los noveles diputados ocupan indistintamente sus asientos y el Presidente agita la campanilla diciendo:*

*El señor Teófilo tiene la palabra.*

*El señor Teófilo se levanta y pone sobre la mesa una cuartilla de papel que contiene estas palabras como lema de sus discursos.*

L' ERRORE, Á CUI NON SI RESISTE, SI APPROVA,  
É LA VERITÁ CHE NON SI DEFENDE, SI OPPRIME.

Dal C. du S. P.

*Despues sube á la tribuna y empieza el debate (\*).*

---

(\*) Los temas de los discursos se hallan al fin en el indice general de las sesiones.

Y á continuacion las notas que con números se van indicando en el texto.

Nunca como ahora, al verme honrado con vuestra presencia y al sentir el aliento que me inspiran vuestros benévolos deseos, he llegado á conocer mi poquedad é insuficiencia, que se hace más notable ante la magnitud extraordinaria del asunto en que nos hemos de ocupar.

Habeis querido, señores Diputados de este libre parlamento, oír de sus balbucientes labios, y en forma discursiva en este ameno sitio, las reflexiones, que ya en íntimos coloquios y en gran parte conoceis, acerca del espíritu gigante de nuestro siglo, nuevo coloso que asienta sus plantas, no como el de la fábula sobre dos continentes, sino sobre todos los continentes, todas las naciones y todos los pueblos del universo; ¡tan grande es su poderío y tan marcadas las señales de su dominación, que para asegurarse de ella, no ha vacilado en poner su trono hasta en la Ciudad eterna!

El espíritu liberal que anima las ciencias y las artes, que informa las leyes y las costumbres y que ha penetrado en la política de tal manera que dirige y gobierna lo mismo las repúblicas, que los imperios y las monarquías; este espíritu que constituye el progreso y la civilización moderna, es el que voy á exponer á vuestra consideración, notando en primer término las fuentes de que se origina, como de manantial propio; ellas nos darán á conocer palpablemente, más que todas las demostraciones juntas, la naturaleza del espíritu fecundo que les debe su existencia y características propiedades.

En los términos precisos que acabais de oír, queda enunciada la proposición de mi actual discurso.

Tan íntimas y permanentes son las relaciones de paternidad y de filiación, que las unas nos llevan al conocimiento exacto de las otras: así basta conocer la naturaleza y propiedades del engendrado para saber las del engendrante y viceversa.

El caudaloso río, que antes de confundir sus aguas con las del Océano sufre las quillas de las embarcaciones, está formado por mil arroyos y fuentes que le dan su origen: de igual manera concurren á la formación del espíritu liberal todos los principios afines que le sirven de fundamento y vida.

Como *el liberalismo es un sistema político-religioso, que en las relaciones de los Estados con la Iglesia ó Religión proclama la independencia de aquellos para con ésta*, (1) nadie estrañará que traiga su origen de otro sistema de independencia, con que se inauguró una época de la edad moderna; del sistema de la reforma religiosa, que llamamos Protestantismo. Esto en cuanto á su espíritu; puesto que respecto de su materia es hijo natural de la revolucion francesa.

Esta es una verdad, que no ponen en tela de juicio ni aun los que quisieran más elevada alcúrnica para el liberalismo.

Sus más renombrados apologistas, al encarecer las venturas y felicidades que ha traído al mundo, enumeran en primer término la emancipación de la conciencia debida á la Reforma y los derechos del hombre que proclamó la Revolución.

En el libro de un notable filósofo español, titulado, *Lutero y su descendencia política* (2) se vé esta genealogía descrita con tanta fidelidad, como si un naturalista expusiera los caracteres de una familia.

M. Louis Blanc, historiador y defensor entusiasta de la Revolucion francesa, al tratar de su origen, se detiene en el Protestantismo: *para él la Revolucion francesa descende directamente de Lutero; y no es más que la aplicacion en el dominio político del principio del libre examen, que Lutero ha hecho triunfar en la esfera religiosa* (3)..... pour lui, la Revolution francaise descend directement de Luther; elle n' est que l' application, dans le domaine politique, du principe du libre examen que Luther a fact triumpher dans le domaine religieux.

Por precursores de su herejía había tenido Lutero á los pelagianos y á los reyes y á los emperadores, que á la autoridad divina de la Iglesia oponían las doctrinas del cesarismo pagano.

En el siglo XVII se continuó por el Jansenismo la obra de Lutero, y por los parlamentos estiende su accion sobre el terreno político.

Á la vez los galicanos, que parecian fortificar el poder real, lo debilitan y con su declaracion de 1682 preparan la constitucion civil del clero.

Otro agente de disolucion se presenta en la filosofia.

Descartes había aplicado á esta ciencia un nuevo método, que exagera el juicio de Amsterdam hasta caer en el panteismo. En vano se esfuerzan Malebranche y Leibsnitz por que no se divorciara de la religion la filosofia; ésta es llevada al racionalismo por los discípulos de la Reforma en Alemania, y Bayle y Locke, padres de los libres pensadores, la precipitan en las absurdas negaciones de Diderot y Helvétius.

A principios del siglo XVIII, reina una gran division en las escuelas filosóficas, y los filósofos,

tendiendo á las aplicaciones de sus doctrinas, solo se entienden para atacarlo todo y declamar contra todo y así dejar el campo libre á sus vanos sistemas.

Rousseau era aplaudido por su *Emilio*, en tanto que Voltaire gozaba del favor de los Principes al mirar los tronos.

Así vanse condensando las nubes que habían de formar la tempestad revolucionaria.

La Revolucion francesa estalla y lleva sus armas triunfantes por toda la Europa y con ellas el furor de sus pasiones y el veneno de sus doctrinas; desde esa fecha quedan los pueblos cristianos contagiados del liberalismo, que inició sus hazañas contra la Iglesia despojándola de sus Estados y haciendo prisionero al Romano Pontífice.

Todos sabemos que en España los afrancesados por sus doctrinas, tendencias y lazos masónicos fueron los primeros liberales; y estos patricios del liberalismo español se ponen cuando la invasion, unos de parte de los extranjeros, en tanto que los otros más amantes de la pátria, se reunen no obstante, para legalizar las doctrinas de los invasores abriendo la era de las constituciones liberales.

Esta es la verdadera procedencia del espíritu liberal, que recibe su inspiracion del libre examen, esencia del Protestantismo, transmitido por los jansenistas, galicanos y filósofos al orden político, y desde este por medio de la Revolucion á todos los pueblos que han aceptado sus principios.

Si pudiéramos hacer ahora un paraleto entre las doctrinas de estas herejías y de estos sistemas, que

prepararon la Revolucion francesa y las teorías y procedimientos del Liberalismo actual, se vería tal semejanza, como entre el efecto y la causa, como entre el padre y el hijo; pero basta lo indicado para conocer las fuentes del Liberalismo y, por lo tanto, su naturaleza.

— Tiempo es ya de pasar al estudio de sus propiedades características.

Admitida la verdad de la definicion que hemos dado del Liberalismo, es fácil conocer sus principales caracteres, que son: el ser *un sistema politico-religioso*, el dirigirse su error capital á las relaciones de la Iglesia con los Estados, afectando directamente á la autoridad de aquella é indirectamente á los dogmas, y por último, el llegar por sus negaciones generales al naturalismo.

No sólo es el Liberalismo un sistema político religioso porque descende al orden político de una secta religiosa, sino especialmente porque aspirando á benseñorearse de los Estados halla á su paso la Iglesia, que le impide su dominacion y este conflicto le da su carácter en la lucha.

El espíritu liberal no quiere comprender estas verdades, á saber: que Dios que ha creado al hombre sociable, le ha hecho religioso y que para satisfacer y perfeccionar estas necesidades y aspiraciones del hombre, ha instituido una sociedad civil y otra religiosa, á fin de que cada una en su esfera gobierne y dirija al mismo hombre. Si la sociedad civil ó política prescindiendo de la existencia de la Iglesia quiere absorver á todo el hombre, da ocasion á la crisis político-religiosa, que el Liberalismo ha implantado en las sociedades modernas.



Si los Estados poseidos del espíritu liberal prescinden ó tienden á prescindir de la Iglesia, mucho más prescinden de su accion; y de aquí que proclamen su independenciam en las relaciones que han de tener con la *accion pública, eficaz y universal* de la Iglesia Católica, que ellos no admiten.

Para el Liberalismo Jesucristo no ha instituido su Iglesia con una accion pública, sino más bien para que permaneciera encerrada en el Cenáculo, en las Catacumbas ó en los Templos: como el que enciende la luz y la coloca debajo del celemin.

Para el Liberalismo la accion de la Iglesia y de su doctrina no ha de tener más eficacia que la de un consejo: como si no fuera un deber de todos y particularmente de los gobiernos el oirla, respetarla y obedecerla, para que descienda sobre los pueblos como don divino que consuela, fortalece y salva.

Para el Liberalismo la accion de la Iglesia no ha de ser universal, sino limitada á la direccion de las conciencias y á los actos del culto, sin vida social, sin influencia en el espíritu de las leyes, en la enseñanza y en las costumbres.

Para el Liberalismo no es la Iglesia el principal elemento de direccion y de vida social, antes bien un hiesped molesto que conviene alejar todo lo posible.

Con razon, pues, decía que el error capital del Liberalismo, que se opone á las relaciones de la Iglesia con los Estados, va directamente contra su autoridad representada en su accion pública, eficaz y universal, que el sistema liberal rechaza, y de un modo indirecto contra los dogmas, porque niega á la Iglesia su ser divino, sus prerogativas y derechos.

Y proclamándose gradualmente los Estados independientes de la Iglesia, con esa soberanía que excluye toda limitacion, todo poder y todo deber que no nazca de ella misma, caen por tan anchurosa pendiente en el más escueto y práctico naturalismo (4).

Yo siento, señores Diputados, el haber tenido que molestar algun tanto vuestra benévola atencion con estas consideraciones. Empero era indispensable, como punto de partida y para que en los ulteriores debates podamos entendernos, el conocer el origen del liberalismo, precisar su *naturaleza politico-religiosa* para que no se confunda con otras herejías que han negado uno ó varios dogmas particulares; en tanto que las negociaciones del Liberalismo tienen caracter general y no van directamente al dogma, sino á las relaciones de los Estados con la Iglesia; y de aquí á la negacion de todo el orden divino.

Era indispensable que todo esto se conociera bien para que cuando se hable del liberalismo, *como herejía, como error y como pecado*, se comprenda bien por qué es todo esto; y cómo siéndolo no ha podido idearse por los hombres otro sistema más perjudicial á la causa misma de la libertad y del bien de las sociedades que con él pretende cimentar y defender.

Era, sí, indispensable decirlo muy alto, tomando por guía á nuestro ilustre Balmes: que con el Protestantismo, con la Revolucion y con el Liberalismo se ha interrumpido la marcha de la civilizacion europea, que la Iglesia venía formando y perfeccionando; que con estos graves errores se ha eclipsado la verdadera libertad y sufren los católicos el despotismo

de los herejes y de los liberales, señores del mundo político.

— *El Sr. Rufino: pido la palabra para una alusion.*

*El Sr. Presidente: la tiene su Señoría para cuando acabe el orador.*

*El Sr. Teófilo continúa:* Poco me resta, Señores, que decir en el presente discurso. Todos pueden hacer facilmente la aplicacion de esta doctrina; porque nadie espera de un mal árbol buenos frutos; y acabais de ver que el árbol del Liberalismo tiene sus raices en la herejía, crece á merced de grandes errores sociales y filosóficos y extiende su frondosidad por medio de los crímenes de una Revolucion sin ejemplo en la historia.

Poco importa que el Liberalismo emplee el lenguaje más hermoso y seductor: sus palabras de libertad, igualdad y fraternidad, y las de justicia, derecho y legalidad no corresponden á sus obras: son como los cantos sonoros, llenos de armonía y suavidad, con que las voluptuosas sirenas atraian á los navegantes para seducirlos y darles muerte. (*He dicho.*)

(*Bien, bien, repitieron algunas voces.*)

*El Presidente: El Sr. Rufino tiene la palabra.*

*El Sr. Rufino:* Aunque no pensaba tener el honor de dirigirme al Parlamento hasta que me correspondiera el turno por razon de los asuntos que hemos de tratar, anticipo mis deseos para responder debidamente á una afirmacion del Sr. Teófilo y espresaros la gran satisfaccion que regocija mi alma.

Ha dicho su Señoría que por el Liberalismo triunfante sufre la libertad y sienten las conciencias cristianas el yugo del error, que les imponen las leyes

liberales; y como esto no es exacto, sino que los demócratas queremos igualmente la libertad para los creyentes y para los incrédulos, porque no queremos torturar las conciencias; por eso protesto contra la afirmación mencionada.

Yo, Señores, que amo la libertad más que la vida; pues sin ella, viviríamos muriendo, como las ostras asidas á las peñas, me felicito por formar hoy parte de este Parlamento, donde creo que no hay mayorías serviles y minorías turbulentas; donde no existe un banco azul que como profesor de orquesta marque el compás de las discusiones y votaciones; donde no hay un Presidente que ahogue la voz de los oradores, porque no conviene que oigan los pueblos lo que á los gobernantes no agrada; yo, á la vez que me felicito, os doy á todos mil parabienes por no haber en estos debates cuestiones prejuzgadas, como las que se llevan á los oficiales.

Aquí no habrá quien aplauda, aun sin ganas, porque aplaude el ministro ó pertenece el orador á la mayoría: aquí todos somos libres é independientes y por eso la voz de la verdad y de la libertad no se verá ahogada por el egoismo del interés personal ó del espíritu de partido, que tambien es poderoso enemigo de la justicia y del derecho. (*Aplausos repetidos.*)

Yo, no porque sea demócrata con puntos de anárquico y algo más, he de suscribir la fórmula de un jefe tan solo porque le reconozcan otros que pueden ser tan miserables y serviles; yo proclamo la mayor independencia y libertad individual, y como aquí existe, por eso tengo la alta satisfacción que expreso y que creo ois todos con la grata y benévola atención, que

me habeis prestado sin merecimiento alguno de mi parte.

*(Bravo!! bien! ¡bien! repetidos aplausos.)*

*El Sr. Presidente: Tiene la palabra el Sr. Teófilo para rectificar.*

*El Sr. Teófilo: En el lugar oportuno de esta discusión demostraré al Sr. Rufino la verdad de la proposición, que ha intentado refutar.*

Ahora sólo debo llamar la atención de su Señoría acerca de que una cosa es la tesis oficial de un partido, que nunca es completa, y otra la manera de apreciarla que cada uno tiene, la cual reviste un carácter personal, que á veces honra á muchos hombres, por no ser nunca tan malos como sus doctrinas: y esto es lo que yo veo con gusto sucede en su Señoría.

*El Sr. Presidente: ha terminado la sesión; para la de mañana el mismo tema.*

## EN LOS PASILLOS DEL JARDIN.

*Esfarcida la concurrencia por ellos para solazarse un poco, pudimos recoger estas impresiones.*

*—¿Qué le ha parecido á V. la sesión, Sr. Marqués, decía Plácido?*

*—Regular; yo deseaba más animación; me gustan los espectáculos fuertes.*

*—Es que V. habrá comprendido, que la materia no exigía esa violencia de las grandes peroraciones. Teófilo ha estado razonador como conviene al tema que defiende ahora.*

*—¿Qué tal Rufino? Preguntaba Julio á Álvaro.*

*—Ha estado atroz; cuidado con lo que ha dicho de los partidos, de las mayorías, del banco azul, de los presidentes; eso no puede soportarse; va en despres-*

tigio del sistema. ¡Si esto llegara á oídos del gobierno! buena le espera cuando estemos solos.

—De poco te asustas, chico, el sistema no tiene ya ningun desdoro que sufrir: lo que hay es que conviene sacar de él el mejor partido ó una buena cesantía como la que tiene mi Papá; por lo demás, para franquezas las que tienen ellos. ¿No oistes á Cánovas que llamó á Sagasta demagogo, despreciador de las leyes, arbitrario y conculcador de todas las Constituciones? (5) Y esto porque Sagasta poco antes le habia dicho verdades, que entre las vendedoras de la Plaza de la Cebada habian arrancado más cabellos que espigas trae una primavera.

—Contigo y con Rufino no se puede tratar seriamente.

—¡Y qué hacerle si el mundo es así y nosotros como Dios nos ha hecho ó nos hemos formado!

—Muy bien, Señorito, dice un menestral que se acerca á Rufino: por lo poco que he oído, V. es de los nuestros, de los que quieren la autonomía del hombre para que sea libre y feliz y tenga pan; me parece que usted predica una república mejor que aquella del ciudadano Emilio, que no ha servido más que para que él se haga más grande de dinero que sus bigotes y á nosotros nos ha dejado como árbol en otoño, con las hojas de nuestras ilusiones en el mismísimo suelo.

—Tu debes ser lector de La Vanguardia, de La Revista social, de Las Dominicales etc... pues segun te expresas...

—Si, es verdad que leo algunos de esos periódicos, que tiene mi amo el Sr. Baron y dice que está suscrito á ellos por compromiso y por no parecer tacaño.

—Y, dime con franqueza, puesto que tu has servido los azucarillos al Sr. Teófilo, ¿qué te ha parecido su discurso?

—Habla bien, Señorito; pero á mi se me pega más lo que V. dice.

—Ea, adios, que cuides bien á tu amo para que pueda presidirnos con ciencia y con paciencia.

CONTINUACION DE LA 1.<sup>a</sup> SERIE: SESION 2.<sup>a</sup>

---

*Presidencia del Sr. Baron.*

*El Sr. Teófilo continúa en el uso de la palabra.*

SEÑORES DIPUTADOS:

Para los que no oyen más que la voz del liberalismo, lanzada á los vientos de la publicidad por libros, folletos, revistas, periódicos, cátedras, academias, atencos y congresos, que repiten á todas horas y en todos los tonos de la más variada sinfonía que estamos en un siglo de ilustracion y de adelantos y que marchamos á la plenitud de la civilizacion más perfecta, no sin dejar atrás las edades bárbaras, los tiempos del oscurantismo y de la horrorosa Inquisicion, quedando en cierto modo, sepultada entre sus ruinas la Iglesia, enemiga implacable de las luces y del progreso; para los que no oyen más que esta voz y la creen como nueva relacion de los tiempos inspirada al mundo el día que puso á la Razon sobre los altares de la fe; para estos ha de ser una especie de paradoja la tésis del presente discurso: que la libertad debe al Catolicismo su mayor perfeccion y grandeza.

Daríame por muy satisfecho si yo lograra disipar el caliginoso error que envuelve tantas inteligencias, mediante el cual creen que la libertad no ha reinado en la tierra hasta que fué consignada en la famosa declaracion de los derechos del hombre, pasando después á escribirse en las modernas Constituciones.

Antes que Homero y Torcuato Tasso celebraran las hazañas inmortales de los héroes de Troya y de las

Cruzadas, habían estos ceñido sus frentes con la diadema de la victoria; el mérito, pues, de estos insignes poetas no está en la grandeza de las acciones que narran, sino en haber asociado su ingenio á hechos dignos de perpetua memoria; mas los cantores de la libertad, ni aun participan de este singular mérito, porque su trabajo carece de ingenio y de dignidad.

Si á algunos no agradan esta simil y esta afirmacion, que tengan paciencia en tanto que se convengan de su exactitud.

Tres son los errores liberales acerca de la libertad. El primero es que el liberalismo confunde la libertad con el libre albedrio; el segundo que la proclama como un derecho sin deberes, y el tercero que la hace absurda é impía en su ejercicio.

Nadie puede negar que el hombre es naturalmente libre, con la libertad propia de su naturaleza.

En virtud de ella puede el alma escoger entre diferentes cosas y entre el bien y el mal, que es lo que se llama propiedad del libre albedrio.

Mas como este se ha dado por Dios al hombre para que haga la libre eleccion de los medios para alcanzar su fin, en lo cual consiste la libertad; de aquí que se deba distinguir del libre albedrio la libertad, como se distingue la posesion de una cosa con el uso ó el abuso que se puede hacer de ella.

Así yo tengo derecho de poseer mi dinero, pero no lo tengo para abusar de él con mal fin, por ejemplo, para embriagarme.

Distinguida así la libertad, que no es otra cosa que el recto uso del libre albedrio, no debe considerarse como un derecho, puesto que se halla



subordinada al fin para que Dios ha criado al hombre.

Desnaturalizan, pues, la libertad los que confundiendo la con el libre albedrío, la hacen además un derecho imprescriptible, con el cual reciben al hombre en la sociedad, para sujetarlo después sin consideración de ningún género á las arbitrariedades más impías y absurdas.

Veamos de qué manera.

Como la sociedad no es posible sin autoridad y sin leyes, al entrar en aquélla el hombre, ó al ejercer su derecho, ha de someterse á la una y á las otras, aunque contraríen su voluntad y sean opuestas á su conciencia.

No hay medio de romper la valla y de sacudir el yugo: el hombre no podrá cambiar los Estatutos de las mayorías, que pueden ser tan ciegas, como débiles é impías.

Su libertad imprescriptible está ya, pues, muy prescrita y ordenada en la sociedad.

Si el nuevo ciudadano no gusta del orden imperante, bien puede emigrar á otro planeta; porque en este ha convenido la mayoría liberal que siempre ha de ser ley, no lo que responda al bien común y al orden natural y á las enseñanzas de la Iglesia de Dios, sino lo que agrada al número infinito de necios representados por otros, que pueden ser peores que ellos.

Si el que pertenece á una sociedad tan libre como las que forma el liberalismo, además de ser un hombre razonable, es católico, y usando de la libertad natural y del derecho imprescriptible, que le reconocen

las teorías liberales, quiere practicar públicamente su culto y que sea reconocida su Iglesia como la única institución divina; y que la soberanía social de Nuestro Señor Jesucristo, rey de reyes y Señor de los que gobiernan, sea acatada como corresponde á los derechos de Dios, se quedará este católico con su voluntad virgen; porque se ha acordado por el liberalismo que, para evitar estos compromisos, que otros, sin los derechos de los católicos, es verdad, podrían, no obstante, suscitar, se consideren iguales todos los cultos, no tenga ninguno el Estado y se viva con más tranquilidad, sin un Dios á quien adorar, y sin una Iglesia á quien oír y respetar públicamente.

A estas consecuencias llega el liberalismo: á tener que sacrificar el bien comun, el orden natural y el culto verdadero, porque no deriva las leyes del conocimiento de estos principios, sino de la llamada voluntad general, ante la que todo ha de ceder, hasta la voluntad individual por digna, recta y piadosa que sea.

Libertad que exige tamaños sacrificios; libertad que puede anularse ó perderse, no es libertad, (1) y esta es la libertad errónea del liberalismo, que en la teoría conduce al absurdo; en la práctica es [la licencia, y en las leyes la impiedad y el ateísmo triunfante (2).

Poquísimo ingenio han mostrado los Doctores de la libertad al erigir un sistema, en que quedan humilladas la razón y la dignidad del hombre bajo el peso insoportable del despotismo de las mayorías parlamentarias.

Enteramente opuesta á esta falsa libertad es la que proclama, perfecciona y engrandece el Catolicismo.

Este no dice al hombre eres libre, para someterlo despues á una lucha con sus semejantes en la que ha de sufrir toda clase de imposiciones.

El catolicismo no dice al hombre tienes en tu libertad un derecho inalienable, pero es preciso que lo cedas á otro, al menos temporalmente, para que represente tu poder, determine la autoridad y contribuya á la formacion de las leyes.

El catolicismo no dice al hombre eres soberano ó participante de la soberanía nacional; pero tu soberanía re reduce á poner de vez en cuando, si otros te lo permiten, una papeleta en las urnas electorales.

Ninguno de estos sofismas dice al hombre el catolicismo; sino que con la claridad de la verdad le dice: eres libre; Dios te ha dado esa hermosa facultad de la libertad, para que libremente y por sumision voluntaria al servicio de Dios, que es cumplir su ley en la tierra, puedas conseguir el fin para que has sido creadó.

Tienes, es cierto, un derecho en la propiedad de tu libertad; pero no para que hagas de él lo que te agrade, sino lo que debes.

El Señor te ha hecho más que soberano nacional, rey de la creacion, porque te ha hecho participante del poder de su inteligencia y de su voluntad, para que te rijas en sociedad con arreglo á las leyes eternas y á las que con ellas se conformen, y puedas vivir en paz con tus semejantes, que son iguales á tí; y deben como tú, si ejercen autoridad, obedecer pri-

mero á Dios y después gobernar con justicia; y si son súbditos, deben obedecer á los que por Él imperan.

Esto es en síntesis lo que el Catolicismo dice á los hombres: les da á conocer la excelencia de la libertad que tienen y les enseña al punto los deberes de esta libertad ó sea á usar de ella como conviene á la dignidad y fin del hombre.

El espíritu liberal, que es espíritu de rebeldía, no comprende una libertad obligada á la práctica del bien por su libre eleccion: por eso, dicho sea entre paréntesis, hace una guerra loca é impía á las asociaciones religiosas que consagran su libertad al servicio de Dios y bien de la humanidad, (3) en tanto que ensalza la libertad de asociacion para todos los fines de la vida.

Si el liberalismo no fuera una infernal mentira, sería la mayor aberracion que ha podido sufrir el género humano.

Os suplico, señores Diputados, que siempre que os hable de libertad, no confundais la verdadera, hija de la razon del hombre ilustrada por la fé, con la libertad liberal, hija de la confusion del liberalisimo: por esto han llegado á ser en nuestros dias estas palabras de significacion opuesta.

Antes se entendía por liberal un hombre generoso, espléndido; hoy se entiende un hombre que no es católico; y por liberalismo se entiende la doctrina del libre pensamiento, en oposicion á la del catolicismo, que somete la razon á la fé y ésta á Dios.

Entendiéndose así las palabras en su significacion usual podremos evitar muchas confusiones y más ahora, que, con el acento de la más acendrada con-

vicción tengo que hablaros de la libertad católica, ya que algo os acabo de decir de la libertad liberal.

Todas las aspiraciones del pueblo judío representadas en sus ceremonias y en sus leyes, se dirigían á conseguir la libertad: por eso celebraban de un modo solemne todos los acontecimientos ligados con ella, como el de la salida de Egipto, las victorias de los enemigos que les impedían el paso para la tierra de promision y los jubileos que daban la libertad hasta á las tierras enagenadas por sus primitivos dueños: mas la libertad verdadera sólo había de gozarla el mundo por el Redentor prometido.

La aspiracion del pueblo judío se explica por la creencia general de que el género humano era esclavo por el pecado (4) y así hasta que fuera redimido no conseguiría la completa libertad.

Esta vino al mundo con Jesucristo, que hizo abundar la gracia donde había abundado el pecado (5) y reveló á los hombres la ley perfecta de libertad (6).

La libertad, pues, en el sentido católico comprende dos conceptos: el primero el del conocimiento del deber ó de la ley y el segundo el de la potencia ó facultad para cumplirlo.

*La verdad os hará libres*, (7) dice Jesucristo, enseñando así á los hombres á serlo por el conocimiento de los altos deberes que les predica: *Donde está el espíritu de Dios allí está la libertad*: (8) porque donde está la gracia y los auxilios divinos que á ella siguen, se pueden realizar los más perfectos deberes.

Estos son los fundamentos de la libertad católica, que se entenderán mejor con la siguiente consideracion.

Una sociedad de hombres ignorantes ha de ser por necesidad una reunion de esclavos, porque ninguno sabe ser libre; mas supongamos que se llega á ellos un hombre sabio y les dice: hasta aquí no habeis seguido más que el impulso ciego de vuestros deseos y pasiones y el más fuerte ó astuto os ha dominado: de ahora en adelante vais á vivir como hombres racionales sin someteros unos al capricho ó fuerza de los otros.

A poco que consulteis vuestra oscura razon, ella os dirá que hay algo superior á vosotros mismos, que os ha dado la existencia y que este que os ha dado el sér, os ha podido dar su ley.

Esta ley, conforme á la dignidad de vuestra naturaleza, dada por el Autor de ella, es la que yo vengo á mostraros, á la vez que voy á haceros sentir la fuerza de vuestras almas para cumplirla.

El bondadoso sabio les enseña el Decálogo diciendo: todos y cada uno de vosotros podeis llenar estos justos deberes beneficiosos para todos, ¿quereis cumplirlos?

Queremos: este *queremos* es la revelacion de la libertad de todos y de cada uno de aquellos esclavos, que se dignifica por este acto de su libre voluntad, que se conforma á una ley superior, buena y útil á todos los que antes, por desconocerla, no habian podido gustar de sus beneficios, ni salir de su bárbara esclavitud.

¿Y qué otra cosa ha hecho el catolicismo sino enseñar á los hombres una ley perfectísima de justicia y de caridad, que revela por su misma perfeccion y grandeza, la grandeza y perfeccion á que puede elevarse la libertad humana?

Si no se admite esta consecuencia de la capacidad de la libertad humana, que supone el catolicismo, cesen ya las alabanzas que por amigos y adversarios, por ecléticos y libre-pensadores, se vienen tributando diariamente á la moral evangélica; porque esta no habría hecho más, en último término, que revelar una ley que por lo sublime sería imposible cumplir á la flaqueza humana.

Empero, si no se niega la libertad, si se admite que tal es la virtud de este poder del hombre que ha trasformado el mundo por el progreso del catolicismo, no podrá menos de admitirse tambien que este ha dado á conocer á los hombres su más grande y perfecta libertad al predicarles la ley del Evangelio, superior á todas por su sencillez sublime y perfeccion innegable.

La libertad humana no ha podido tener intérprete más sabio, ni más fiel.

Parece que el alma descende de las regiones purísimas de la luz á la mansion de las tinieblas, cuando compara la doctrina católica de la libertad, con la del liberalismo y su congénere el sensualismo.

*La libertad consiste en poder hacer todo lo que no dañe á otro:* (9) dice el párrafo cuarto de la declaración de los derechos del hombre; y Montalembert la define: *el poder de que goza cada ciudadano en la sociedad de que forma parte, es lo que se llama libertad* (10).

Los pueblos libres son los que realizan la ley del progreso que constituye la civilización moderna, repiten á coro los Doctores del liberalismo; pero sin que á estas horas nos hayan dicho, quién ha definido esa ley, en qué consiste y cuántos artículos tiene.

La ley del progreso ó es una necesidad ó un deber de todos los hombres: si es una necesidad, no deja lugar á la libertad; si es un deber, ha de ser conocido de todos y nadie sabe todavía en qué consiste.

Sólo la doctrina católica es la que define la idea del progreso señalando á cada hombre el cielo que ha de conquistar, y á la Iglesia y á los gobiernos el deber de facilitar el camino que á él conduce.

Donde quiera que es desconocida esta idea católica del progreso, ni esta existe, ni la libertad que presupone.

El sensualismo por su parte tiene peor concepto de la libertad, porque la niega con el cinismo que vamos á ver.

En un libro que no queremos nombrar siquiera, traducido del francés y publicado hace poco en Madrid, hablando de las determinaciones de la voluntad, se lee: *Esta voluntad, ó esta pretendida libertad no tiene grados de fuerza: no obra sino consecuentemente á los grados de violencia de las pasiones ó apetitos que nos solicitan..... La organización, la disposición de las fibras y ciertos movimientos de la sangre dan el género de pasiones, los grados de fuerza con que nos agitan, arrastran la razón y determinan la voluntad en las más grandes como en las más pequeñas acciones de la vida..... Suponer que el hombre es libre y que se decide por sí mismo, es hacerle igual á Dios.*

Esta es la última palabra del materialismo, que, por no hacer al hombre semejante á Dios, lo hace igual á los brutos.



Como se vé claramente, la verdadera doctrina de la libertad, que enseña el catolicismo, se halla entre las licencias del liberalismo y las negaciones del más abyecto sensualismo.

La doctrina católica, que frente á la libertad pone el deber, tiene un gran sentido práctico y es la única conforme con la grandeza de los principios y la dignidad humana: ella, que hace descender de Dios el principio de todo derecho, dice: que sin autoridad no hay poder, y que sin poder no hay orden, y sin orden no hay obediencia á las leyes, y sin obediencia á las leyes no hay libertad, porque la verdadera libertad *consiste en ser esclavo de la ley* (11).

Este gran pensamiento sólo es digno de la religion que lo ha inspirado.

Con razon, por lo tanto, hemos repetido que sólo al catolicismo debe la libertad su grandeza y perfeccion; porque él solo ha revelado al hombre la ley propia de su excelente naturaleza y le ha hecho comprender y sentir las fuerzas de su alma libre, para conformarse con tan elevados deberes, que son fuentes de vida y de verdadera grandeza moral y social; porque, segun el Crisóstomo, librar de la corrupcion de los pecados es de la virtud de Cristo (12).

Donde esta virtud sea desconocida; donde la ley de perfecta libertad no sea observada, ni puede haber, ni hay, ni habrá verdadera libertad moral y política, ni las sociedades serán libres ni los hombres por instruidos que sean gozarán de libertad, por más que el clamoreo de mil voces seducidas por las falsas opiniones dominantes afirmen lo contrario. (*He dicho*). (*Algunos felicitan al orador*).

*El Sr. Alvaro: pido la palabra.*

*La tiene su Señoría, dijo el Sr. Presidente.*

*El Sr. Alvaro:* No era, señores Diputados, mi propósito el hablar esta noche porque no vengo preparado al efecto; pero no queriendo que quede el Parlamento bajo la impresión penosa del discurso del Sr. Teófilo, que tan radicalmente ha combatido las libertades modernas, me levanto á hacer algunas observaciones que tranquilicen los ánimos amantes de la libertad.

El Sr. Teófilo, que parece tan buen dialéctico como mal abogado de causas antiguas, acaba de confundir la libertad política, que es el objeto de las aspiraciones sociales modernas, con no sé que libertad filosófica ó cristiana que no viene al caso.

Y para ello hasta se ha permitido citar aquí, en un Parlamento libre, á los Santos Padres, que sabrían mucha teología, pero nada de las conquistas de la civilización moderna y de los derechos del hombre.

Reservándome para ocasión más oportuna la defensa de los sistemas liberales, yo espero que el Parlamento no ha de tomar en consideración los anticuados conceptos, que en este siglo de los adelantos y de los grandes ideales, intenta resucitar nuestro digno, aunque extraviado compañero.

*Aplauden al Sr. Alvaro sus amigos.*

*El Sr. Presidente: Tiene la palabra el Sr. Teófilo por si gusta rectificar.*

*El Sr. Teófilo:* Nada debería contestar, porque nada ha dicho en sustancia su Señoría, y como promete una formal defensa del concepto liberal de la libertad que acabo de impugnar, entonces tendré ocasión de contestarle y de que brille más la verdad de la tesis por mí sustentada.

Mas no quiero dejar sin réplica la acusación de que yo confundo la libertad política con la moral. No, señor Alvaro, téngalo S. S. por bien entendido: yo defiendo que la libertad moral con la perfección con que el Evangelio la enseña, es el fundamento y la

vida de la libertad social y política, que sin ella, ni se comprenden, ni pueden existir.

Y dejando salva esta verdad, suplico á su Señoría que tenga memoria y no confunda las especies.

Un solo Santo Padre he citado, y éste de los más sabios: de modo que á no ser que su Señoría tenga por padres á Montalembert y á los de la Convencion francesa, que pudieron serlo de sus hijos, y el primero, uno de los del catolicismo liberal y los segundos de la honestísima diosa Razon y de la fraternal guillotina, no comprendo de qué Santos Padres se duela el Sr. Álvaro por no estar conformes con sus doctrinas liberales tan fuera de la fé como del sentido comun.

*El Sr. Presidente: se levanta la sesion: para la inmediata consumirá su turno el Sr. Teófilo.*

## EN LOS PASILLOS DEL JARDIN.

*Gonzalo, dice Rufino,—¿por qué no viniste á la sesion anterior?*

*—Estuve en la tertulia de la Condesa en la que habia mejor miga que aqui. Asistieron las vecinas de Adela que ya sabes me llevan como Saturno á sus satélites.*

*—Y vamos: ¿qué te ha parecido esto?—Bien: creo que Teófilo se va á la raiz del asunto para cortarla y que si fuera de los matones, pocos guapos se pondrian á tres pasos de él, porque dirige las estocadas al corazon.*

*—Pues mira, Álvaro se las va á mantener á raya.*

*—¡Pobre Álvaro! ya le veo por el suelo.*

*—¿Y tú no tomarás parte?*

*—Sin duda, en el botin, si lo hay: estoy por lo positivo: por comer, beber, y divertirme lo que pueda: no otra cosa pienso sacar de este picaro mundo, que todos piensan mejorar y ninguno lo consigue.*

—Como tu sabes, las ideas son las que gobiernan al mundo; mejorándose éstas, ha de resultar aquél mejorado.

—Si, y vaya V. á mejorar las ideas cuando hay tantas opiniones como hombres y ninguno s: entiende.

—Eso lo dirás de los liberales á medias: los socialistas estamos de acuerdo en lo principal.

—Tambien lo estan ellos en repartirse bonitamente el presupuesto y en el turno legal, ó como se pueda, de los partidos, para que todos vayan pescando y comiendo: á la espalda está la patria que sufre y paga.....

—Has estado muy ligero, dice Plácido á Alvaro.

—No pude contenerme. Teófilo ha estado recaltrante é intransigente; y esto me obligó á ponerle un correctivo.

—¡Y bueno que ha sido! más valia que no hubieras dicho cosa alguna; porque ha empezado á arrollarte. Te voy á dar un consejo, para si quieres luchar con alguna ventaja. Ya ves que Teófilo profundiza para echar buenos cimientos y levantar un edificio inexpugnable. Quitale, trabaja bien en estudiar los fundamentos del sistema y discutirás con éxito.

—Sobre mi mesa de estudio tengo los mejores tratadistas de derecho liberal. pero ya ves: si Teófilo desprecia irónicamente los principios del 89, el valor de la voluntad nacional expresado por las mayorías, los conceptos de la libertad que hemos aprendido y la fuerza de la opinion ¿qué vamos á hacer?

—A defenderte lo mejor que puedas: no sea que tu sistemas y principios liberales quedeis sepultados bajo un monton de ruinas.

## CONTINUACION DE LA 1.<sup>a</sup> SERIE: SESION 3.<sup>a</sup>

*El Presidente: Se abre la sesion; el Sr. Teófilo sigue en el uso de la palabra.*

Como las apariencias confusas que se presentan entre los albores de la mañana, dibujándose á la luz creciente sus contornos, ofrecen despues la realidad perfecta las que corresponden á séres existentes y se disipan á la luz del sol las que procedían de lejanas sombras; asi pasa con los encantos de las libertades modernas, que vistas á la escasa luz de la vana ciencia toman grandes proporciones; mas iluminadas por sólidos conocimientos desaparecen del mundo positivo, por no corresponder más que á supuestas realidades.

Como la ingenuidad, señores Diputados, ha de ser el carácter distintivo de todo hombre que ama y busca la verdad donde quiera que ésta se halle, no os negaré que el gran movimiento que han traído al mundo las revoluciones modernas, en medio de enormes crímenes y de injusticias incalificables, nos ha librado de abusos de gobiernos cesaristas, que lo mismo vejaban á los pueblos que á la Iglesia católica.

Pero este bien no lo han producido las revoluciones, sino accidentalmente; y pasando los límites de lo justo y de lo verdadero, (como no podrían menos de pasarlos, por razon de sus principios erróneos é impíos) nos han puesto bajo la dominacion de otro absolutismo más insoportable por ejercerse al amparo

de mentidos derechos, y sin ninguna consideración á los principios verdaderos del orden social y político.

Si una vez más me prestais vuestra benevolencia, os probaré que carecen de fundamento las libertades falsas del falso liberalismo, y que son por lo tanto causa de la confusión presente.

Todas las llamadas libertades modernas se apoyan en tres supuestos generales y algunos otros particulares, propios de cada una de ellas.

Se supone primeramente que los hombres sólo tienen derechos naturales: no deberes (1).

Se supone en segundo lugar que el fin de la sociedad es sólo la conservación y protección de los derechos naturales (2).

Y se supone, por último, que Dios ni á los hombres, ni á la sociedad ha impuesto deberes; y si los ha ordenado, corresponderán al individuo; pues la sociedad no tiene alma que salvar.

Veamos las consecuencias que se desprenden de estas suposiciones.

Si el hombre no tiene más que derechos naturales, entendidos y limitados al uso moderno, sin deberes, nada existe fuera de él que pueda obligarle, sino aquello en lo cual él consienta; y así su voluntad será su ley; el hombre será *autónomo* según el tecnicismo de la escuela liberal.

La idea de una religión positiva, que impone deberes, repugna á la idea de este hombre naturalmente libre.

Si la sociedad no tiene otro fin, que la conservación y protección de los derechos de los hombres, ha de ser una personificación de estos; y, por lo tanto,

la autoridad pública un producto de sus voluntades, sin poder mandar cosa alguna en que no hayan convenido ó convengan los ciudadanos: no es distinta de estos, ni se exterioriza ó personifica como no lo hace la voluntad general de donde dimana; y así es inmanente y revocable en todos los momentos é incompatible con derechos personales autoritarios y perfectos.

Como los ciudadanos á quienes fielmente ha de representar y proteger, no debe tener religion alguna.

Si Dios no ha ligado con deberes á los hombres y, por ende ni á la sociedad; esos hombres que hablan de deberes religiosos, son unos ilusos, fanáticos, visionarios ó especuladores, que pretenden sujetar á los ciudadanos á molestas obligaciones que se oponen á los derechos naturales; y así hay que hacer la guerra á esos fanáticos, á esos clericales, inventores de amaños.

Mas si por ventura Dios hubiera revelado una religion é impuesto deberes á los hombres, estos segun su libertad natural podrán ó no cumplirlos.

El estado constituido, segun los principios y fin que le señala el liberalismo, no debe cuidarse de religion.

Si existe, él no debe atender á ella, ni practicarla; porque su mision es solo el cuidado de los derechos naturales del hombre, (3) entre los que no se cuentan deberes religiosos.

En este cuadro se hallan comprendidas las deducciones que pueden hacerse, dados los principios liberales para constituir y regir un Estado.

Véase si no son exactas y si en algunas de ellas se encuentra algo que no se ajuste al más puro naturalismo ó liberalismo, que es igual.

Resulta pues que el hombre aporta á la sociedad sus derechos naturales é inalienables y que ésta debe conservárselos con la mayor integridad posible; pues no es otro su fin.

La religion para el liberalismo radical, ó no existe, ó si la profesan algunos hombres, los considera como débiles fanatizados á quienes hay que librar de este error. Y si, á pesar de todo, la religion se empeñara en seguir dominando á los ciudadanos, hay que dominarla á ella, persiguiéndola ó proscribiéndola á fin de que no se oponga al desenvolvimiento de los derechos naturales de los hombres ó impida su ejercicio por los deberes que impone (4).

Que aquí queda señalada la nota del liberalismo, se verá mejor al tratar ahora en particular de sus falsas libertades.

No estan unánimes los padres del liberalismo en señalar el número de estas libertades. Examinaremos las más principales y esto bastará á nuestro propósito.

*Libertad de conciencia:* por ella entiende el liberalismo que el hombre no está obligado á creer cosa alguna, ó puede creer lo que quiera.

Esto es la libertad fundamental del liberalismo que es á la vez el libre examen aplicado á todo.

*Libertad de cultos:* hija natural de la anterior; pues si el hombre no tiene en conciencia el deber de practicar un culto determinado, no se le puede obligar exteriormente á que siga este ó aquel culto.

*Libertad de la prensa ó de pensamiento:* consecuencia tambien de la primera. Todo lo que se puede creer ó tener por bueno ó por malo, se ha de poder decir en la forma que se quiera.



*Libertad de enseñanza y de asociación:* que comprende otras; son necesarias para conseguir las libertades de seguridad y prosperidad consignadas en el párrafo segundo del Código de la Revolución.

*Libertad de política en general:* corolario de los derechos soberanos que tiene el hombre y que ha de gozar en la sociedad que libremente forma.

Analicemos lo que cada una de estas libertades supone y las consideraciones á que dan lugar.

En el orden público, donde se realizan las leyes naturales y sociales, la libertad de conciencia supone que la conciencia no debe ser ligada ó no está ligada con ley alguna: lo primero es una pretension impía que señala á Dios lo que no debe hacer diciendo: la conciencia no debe tener ley, Dios no debe ligar la conciencia, que ha de ser libre; lo segundo es la negacion radical de la religion: en ambos conceptos la libertad de conciencia es una impiedad manifiesta y hace desaparecer el fundamento racional del derecho que ha de ser superior al hombre para que sea digno de respeto.

De igual modo la libertad de cultos presupone que el hombre no está obligado á culto alguno, ó que no hay culto preceptuado por Dios: lo que en ambos sentidos es antinatural y antireligioso, porque el hombre es naturalmente religioso (5) y está obligado á dar á Dios el culto verdadero.

Admitidas las anteriores libertades ó licencias para no tener deberes que cumplir respecto de Dios y de su Iglesia, como si ésta no existiese en medio de la sociedad de los hombres; ya no ha lugar á limitacion alguna en los deseos de los ciudadanos, que po-

drán en su virtud pensar lo que quieran, decir lo que les agrade, publicar sus pensamientos, deseos y opiniones, sin que nada ni nadie pueda con razón y lógica impedirlos.

A este término conducen las libertades del liberalismo en su desenvolvimiento lógico y natural; empero las autoridades liberales que no se oponen á ellas en tanto que suprimen la ley moral, blasfeman de Dios y destierran su Iglesia, en cuanto llegan en su marcha á otras aplicaciones, se levantan contra ellas, ó las limitan hasta el punto de anularlas; y de aquí nacen las contradicciones del liberalismo práctico.

Dejemos á un lado el bautismo sangriento que al pie de la guillotina levantada á los gritos de igualdad, fraternidad y libertad, recibieron estas mismas libertades: no mencionemos las persecuciones que en nombre de la libertad se hacen en todas partes; ni recordemos las matanzas de los religiosos en España, que al inaugurarse la era regular del liberalismo, no fueron libres de permanecer en sus conventos, que eran sus casas de ciudadanos religiosos; ni traigamos á la memoria los vuelcos gubernamentales, los pronunciamientos y las revoluciones, que liberales á liberales se vienen dando; ni tampoco los elogios de *derechos inaguantables que ni llevan un pedazo de pan á los pobres, cortes deshonoradas antes que nacidas* (6) y otras mil lindezas con que apodan los liberales á las obras de sus manos; dejemos todo esto para fijarnos mejor en las contradicciones de los principios.

Los gobiernos que más han aceptado el liberalismo han sido los más opresores de la conciencia humana y de la libertad de cultos y demás libertades.

Sin recurrir á la historia de la intolerancia inglesa y demás pueblos que aceptaron el liberalismo cuando solo era religioso; nos ofrecen hoy ejemplo los que sirven de modelo de la civilizaci6n.

En la culta Alemania no pueden los Obispos y Sacerdotes ejercer los actos de su ministerio, que no agradan al gobierno, sin sufrir las prisiones y el destierro.

En Francia han sido expulsados los religiosos en medio de la libertad de cultos y demás libertades republicanas, y para no insistir en hechos tan notorios, en Espa $\tilde{n}$ a *se puede decir todo y llegar á todo* (7), contra Dios, contra la moral p $\acute$ blica, contra la libertad de la palabra divina, santificaci6n de las fiestas y magisterio de la Iglesia, *menos lo que toque á los derechos de la monarquía que estan sobre todo*, es decir: que se reconocen libertades y se niegan libertades, y esta es la tela que continuamente teje y desteje el liberalismo.

Porque ¿qué significan esas leyes de imprenta, esas limitaciones del sufragio, ese monopolio de la ense $\tilde{n}$ anza, esa centralizaci6n absurda de todo, sino la negaci6n sistemática de todas las libertades aceptadas por el liberalismo?

Se replicará: que los hombres son tan perversos que abusan de todo; que con el ejercicio ilimitado de esas libertades es imposible el gobierno, que la prensa manejada por libertinos es ariete que demuele todas las defensas naturales del principio de autoridad; que ha de haber algo por todos respetado y que sea como el escudo salvador del orden, del derecho y de la libertad general.

Pues bien: eso decimos nosotros los católicos, y por lo mismo, pero con razón superior, demostramos que son absurdas é impías y falsas las libertades del liberalismo y que son fuentes perennes de todo mal social y de toda confusión, y que aunque se pretenda encauzarlas es en vano: como el lavar la cara á un negro para quitarle el calor.

La inconsecuencia y contradicción perpétua del liberalismo además de poner de relieve la falsedad insostenible de sus principios y falsas libertades, da un testimonio elocuente al principio de autoridad cristiana; pues, si bien se nota, el liberalismo, como todos los errores, no vive sino de las falsificaciones de la verdad y á expensas de ella.

Semejantes libertades excluidas de la práctica general y de los procedimientos gubernativos por los mismos liberales, que solo dejan de ellas las apariencias ó lo que menos les estorba, habían de estar con razón condenadas por la Iglesia y hasta por el buen sentido.

Y en efecto, Gregorio XVI condenó nominalmente la *libertad de conciencia y la libertad de la prensa*. Llama á la primera *doctrina absurda y errónea*, ó más bien *un delirio, un error pernicioso*; y á la otra *una libertad funesta, de la que nunca nos horrorizaremos bastante* (8). Hablando de la falsa libertad en general, el mismo Papa dice sirviéndose de las palabras de San Agustín: *No hay peor muerte para el alma que la libertad del error*.

Y no se diga que estas libertades están condenadas en la esfera especulativa ó filosófica, nó; que lo están en su propio orden, en el orden político, como

se ve en la encíclica *Quanta Cura* y en el Syllabus de Pio IX. Y estas condenaciones están sancionadas también solemnemente por su Santidad Leon XIII (9).

Además es indudable que todas las personas de recto sentir reprueban estas libertades ó licencias liberales; y los mismos que las patrocinan por interés, las desprecian en el fondo de su alma. Si no sirvieran hoy tales licencias para escalar los poderes públicos y sostenerse por más ó menos tiempo en ellos, ¿quién las recordaría siquiera?

¡Tan falsas y despreciables se presentan hasta á los ojos de sus fingidos amantes!

Y si este es un hecho que está en la conciencia de todos (los que la tienen), si tantas censuras levantan por todas partes las arbitrariedades de los gobiernos y los actos de despotismo á que se entregan cuando tienen que defenderse ó defender sus actos ó hacer unas elecciones; si llegan momentos en que tan careadas libertades tienen que suspenderse, como Judas traidores de los lazos de sus crímenes; si todo esto tanto desagrada á los hombres de bien, amantes platónicos del sistema, ¡cuánto no ha de indignar á los católicos el ver arrebatarse sus derechos, sus procedimientos autoritarios, por farsantes sin fé y sin carácter de hombres de gobierno; viendo sucumbir á los fieros golpes de las pasiones revolucionarias, mal comprimidas por sus cómplices doctrinarios, todas las libertades de la Iglesia y todo su influjo en la sociedad y en las costumbres y en la enseñanza de la juventud, esperanza de la patria; viendo sucumbir una á una las glorias nacionales y debilitarse el carácter noble é independiente del pueblo español, que dictó

un día sus leyes al mundo civilizado; y viendo por fin, perderse con la unidad católica el último florón de la corona real española, que en siete siglos de combates lograron reconquistar nuestros padres y defender contra toda Europa en el siglo XVI y sacar independiente en el actual de las garras del capitán del siglo!

Y para mayor desconsuelo de los buenos se auna á estas reflexiones la consideracion de que las ruinas de la grandeza española y el mayor abatimiento de la patria y decadencia de sus hidalgos caracteres por el influjo de tan funestas libertades, van acompañadas de la pérdida del sentimiento religioso y del amor de Dios, que se procura por mil medios borrar del corazón de los españoles.

*He dicho. (Grandes y repetidos aplausos).*

*Ha terminado su turno el Sr. Teófilo: para la sesión siguiente tiene la palabra en contra de la totalidad del debate el Sr. Alvaro.*

---

*La concurrencia se esparce por el jardín: muchos felicitan al Sr. Teófilo: otros rodean al Sr. Alvaro, héroe del próximo combate y su íntimo Julio le dice:*

*—Bien puedes, Alvaro, pedir socorro á Rufino, que tiene la lógica más contundente, porque Teófilo te ha puesto en berlina al tratar tan duramente al sistema y á la libertad liberal, como él la llama:*

*—Yo no necesito de nadie, me basto para defender lo que todo el mundo acepta hoy: por lo demás, Teófilo hace alarde de erudicion, de convicciones y de racionales que estarian mejor en una Academia.*

*Yo tocaré puntos interesantes, hablaré de la emancipacion de la mujer y de otras cuestiones de actualidad y así pienso arrancar los aplausos del Parlamento.*

—Ten cuidado no haya naranjas como en la plaza de Toros.

La especie de que Alvaro se proponía hablar de la emancipación de la mujer cundió con más rapidez que la noticia de la caída de un ministerio.

Gonzalo se propone convidar á sus amigas; las hermanas de Julio, no habian de faltar; ni las modistas de la baronesa; en fin que todos sueñan con una sesión de Moda.

Alvaro, ya solo, se pasea cabizbajo.

El Marquésito se le acerca y le dice:

—Bonita ocurrencia; vente aquí á los canapés, que vamos á formar un salon de conferencias. En él nos ilustraremos mutuamente para resistir mejor el ataque de la reaccion que ha iniciado Teófilo, al parecer, con tanto éxito; porque yo veo se forman camarillas en su favor.

Rufino se acerca á Alvaro diciéndole:

—No temas: ya sabes las lecciones que nos dieron..... en la logia. Cuando no se tengan á manos buenas razones, que no falten buenas palabras.

—Eso tendré que hacer; porque me ha confundido ese Teófilo con los comentarios que ha puesto á los derechos del hombre, que yo creía invulnerables.

## SIGUE LA 1.<sup>a</sup> SERIE: SESION 4.<sup>a</sup>

Gran animacion se siente en el jardin: las Señora y Señoritas invitadas han acudido en gran número deseosas de oír al nuevo orador, como suelen ir al congreso en los días que oradores de punta, como Pidal y Castelar, usan de la palabra. Alvaro algun tanto reanimado por la muchedumbre que le rodea, sube á la tribuna y se dispone á hacer su debut parlamentario.



*El Sr. Presidente tocando la campanilla para imponer silencio á las mujeres, que no saben callar, dice: Se abre la sesion.*

*El Sr. Alvaro tiene la palabra.*

—*El Sr. Alvaro:*

Señores Diputados:

Las fuerzas centrípetas que vienen de los extremos polares; el amor de los prometidos esposos en los momentos que preceden á la realizacion de sus deseos, y el cariño de una madre hacia su tierno infante próximo á exhalar el último suspiro, no tienen más intensidad, que la emocion que embarga mi alma, puesto ahora, por un lado, ante vuestra grata presencia, que me obliga á eterno reconocimiento; y, por el otro, en presencia del asunto que motiva estos debates y que tan amado es de mi liberal corazon.

Abrijo un deseo vehemente de corresponder á las esperanzas de todos y de no defraudar las que estas nobles Señoras hayan concebido acerca del problema que tanto las interesa; y, sobre todo, quisiera contribuir con eficacia á lo que de mí espera la causa de la libertad.

Porque debo declararlo sin rodeos: para mí, Señores, ni estas auras silenciosas que nos saludan, ni el balsámico aroma de este jardin florido, ni ese tenue resplandor de la Luna que lucha por abrirse paso al traves de la frondosa arboleda; ni ese firmamento tachonado de estrellas, que se viste de púrpura ante los albores matinales, tienen los encantos, que para mí tiene la palabra santa de libertad.

*(Aplausos prolongados).*

Sí, Señores, conmovido mi corazon ante los mágicos acentos de esta palabra, creo que con solo pro-



nunciarla se conmueve el universo y tiemblan en su trono de hierro los tiranos. (*Bien, bien*).

¿Pero qué digo? ¡tiranos! Si ya no existen. Si la libertad que ha roto las cadenas de la esclavitud ha espantado á los monstruos de la tiranía.

El mismo Sr. Teófilo lo ha reconocido, rindiendo, segun él, tributo á la ingenuidad; pero yo creo que lo ha rendido á la verdad diciendo: que los movimientos revolucionarios nos habían librado del cesarismo de reyes inícuos.

Tan grandes son los resplandores de luz que trae la libertad al mundo, que han iluminado hasta á los que por sistema aman el oscurantismo.

Yo no comprendo, ni me explico, ni puedo decirme á creer, que existan entre las generaciones que tienen por cuna la libertad, hombres que, como el orador que me ha precedido, ilustrados y dignos, defiendan todavía las doctrinas del absolutismo, representado en nuestra querida patria española por los secuaces de D. Carlos.

La historia, los más grandes acontecimientos del mundo, verificados en los pueblos al lanzarse por las revoluciones en los brazos del progreso y de la civilización, nada dicen á estos hombres que, asidos á sus tradiciones como los párias de la India, no conocen las leyes de la historia.

La humanidad marcha y marcha dejándose atrás entre las sombras de los sepulcros y de la muerte, á los que no quieren seguirla por las vías de la perfectibilidad indefinida (1).

El tiempo de la libertad está asegurado; porque la ley del progreso que ilustra las más elevadas inte-

ligencias, viene formulando sus cánones, que son hoy las leyes del mundo civilizado.

Si la Iglesia católica, creyéndose dueña del pasado, no quiere vivir en el presente momento histórico conforme á los deseos de nuestro siglo, eminentemente liberal, ni transige para lo porvenir con las legítimas aspiraciones de la civilización que avanza, se quedará como columna milenaria, que señala el camino por do cruzaron en su marcha las humanas generaciones.

Si el sistema liberal, por que se rigen hoy todos los pueblos modernos, fuera tan grande error, como ha intentado probar su Señoría, tendríamos que deducir: que los hombres más estudiosos, las notabilidades en las ciencias, en las artes, en la diplomacia, en el derecho, en todo, estaban extraviadas; y que nuestras leyes, nuestras costumbres é instituciones liberales y parlamentarias eran grandes males, como producto de grandes errores, y que los talentos más conspicuos de Europa se han equivocado.

Tendríamos que volver á los tiempos ominosos de la intolerancia y del oscurantismo, y á encender las hogueras de la Inquisición para tostar en ellas tantos libre-pensadores como sostiene hoy el suelo español.

Tendríamos que cerrar nuestros parlamentos, acallar la voz de la tribuna y que nuestros grandes oradores no tuvieran ocasion de manifestarse, ni de dar con su elocuencia gloria á la pátria, y esplendor á la lengua de Calderon y de Cervantes.

Nosotros mismos tendríamos que enmudecer y no alentar con nuestras aficiones parlamentarias (á las que estamos ahora con la forma de estos debates

prestando un tributo de adhesion) las risueñas perspectivas de ser algun dia tribunos de los derechos del pueblo y útiles á nosotros mismos, á la pátria y á la libertad.

Sí, señores Diputados de este libre parlamento, tan inmensa es la influencia del moderno progreso, que hasta los que renuncian á él aceptan sus beneficios, como el Sr. Teófilo lo hace, al haber ocupado esta tribuna para defender sus ideales.

Así es que todos debemos rendirnos á aceptar la libertad y sus conquistas, gozar de sus indisputables ventajas y entrar de lleno en el concurso de los pueblos libres y civilizados.

No me es posible seguir al Sr. Teófilo en el laberinto de sus disquisiciones acerca del origen de la revolucion francesa y de las libertades que ella ha esparcido por toda Europa: esto molestaría gravemente vuestra atencion, obligándome á tener otras tres largas conferencias, como las que dicho Señor ha empleado en la exposicion de sus doctrinas.

Mi objeto no es complicar la discusion sino esclarecerla; y al afecto, voy á interponer un problema, que se ha planteado por los amantes del progreso: su solucion ha de darnos la clave para apreciar el valor del criterio liberal y sus grandes expansiones.

La emancipacion de la mujer: he aquí el problema.

Los hombres progresistas y reformadores son como los profetas de la humanidad, que anuncian las venturosas felicidades y disponen á los pueblos á recibirlas con júbilo.

Más que anunciado se encuentra ya el porvenir risueño de la mujer libre, porque grandes filósofos y

notables políticos se ocupan en esta obra de redencion y, mediante ella, ha de verse la mujer igual al hombre en sus derechos, libre de los penosos trabajos y de la humilde condicion de servicios, que apenas le bastan para la subsistencia, conduciéndola á la miseria y en pos de ella á la deshonor y á la corrupcion.

La mujer igual al hombre podrá disputarle su amor, influir en sus destinos y en la marcha de la civilizacion á la vez que con sus encantos y gracias, multiplicadas por la independendencia y los desdenes, labrará la felicidad del hombre, que podrá extasiarse en su hermosura y en las amorosas delicias con que le brinde la compañera de su existencia, de su vida y de su amor.....

*—Más nueces y menos ruido: para flores, las del jardín son más bonitas. Exclama una voz que sale de entre un grupo de oyentes.*

*El Presidente agitando la campanilla: nadie interrumpa al orador: que no se diga que solo hay desorden cuando habla un liberal.*

*Otra voz por lo bajo.*

*—¿Si habrá introducido el gobierno algun espia para causar alborotos, poder allanar el jardín y disolver el Parlamento libre procesándolo y desprestigiándolo?*

*El Sr. Álvaro continúa su interrumpida disertacion.*

Decía, Señores, que la mujer, llamada poéticamente preciosa mitad del género humano y por antonomasia el bello sexo, debe gozar en nuestra sociedad de iguales derechos y compartir con el hombre los goces de las ciencias y de las letras y el mérito de las grandes y generosas acciones de que es capaz su apasionado corazon.

El día en que nuestras leyes y costumbres acepten estos principios y los legalicen, ese día sonará la hora de la emancipación de la mujer, que todos saludaremos con repetidos aplausos.....

Qué? ¿no os interesa este problema? ¿no sentís conmovidas las fibras de vuestros corazones ante la humanitaria idea de favorecer al desvalido, proteger al débil y amparar al necesitado? La mujer es todo esto é implora la égida de la libertad.

*(Aplausos y rumores mezclados detienen al orador.)*

Voy á concluir, Señores: firme en mis propósitos, os repetiré que fuera de la libertad todo es imposible en este siglo.

La razón ilustrada ha descubierto nuevos horizontes y ya no es posible hacerla volver al pasado sin violencia y sin escándalo, y sin que el libre pensamiento se horrorice y conmueva los cimientos sociales.

Si á pesar de las leyes históricas, que abonan el progreso y la civilización moderna, se empeñaran algunos en hacernos retroceder al despotismo de los siglos que acabaron, ésos serán unos reaccionarios liberticidas.

*(He dicho.)*

*El Presidente: Tiene la palabra el Sr. Teófilo para rectificar.*

*El Sr. Teófilo.*

Señores: no os pido nuevamente vuestra indulgencia por estar seguro de que cuento con ella.

El Sr. Álvaro en su pomposa disertación, llamémosla así, ha probado tres cosas y ninguna de provecho.

La primera, que se pueden pronunciar muchas palabras sin decir cosa alguna pertinente al caso propuesto.

La segunda, que es más facil destruir que edificar, y así ha rehusado entrar de lleno en el asunto contentándose con negaciones aisladas que á nada conducen.

Y tercera, que no ha entendido la tesis ó no ha sabido plantear la antitesis y en cambio ha procurado distraer la atencion general con un problema soñado, táctica muy conocida de los libre-pensadores.

Como me agrada proceder con orden, lo guardaré tambien en ésta réplica.

Mejor que un discurso, lo que acaba de decir el Sr. Álvaro es un himno á la libertad, mal compuesto y peor ejecutado; pues solo hemos entendido que esta dama es buena, porque sí.

Y que con solo repetir su nombre se conmueve el universo.

Testigo aquel anciano víctima de varios pronunciamientos, que al oír ruido por las calles preguntaba á su criado ¿Qué ruido es ese?—¡Que gritan, viva la libertad y tocan el himno de Riego!

—Pues atranca la puerta.

Tambien ha sacado á relucir las hogueras de la Inquisicion, que ya no asustan más que á los chicos y á las damiselas sentimentales.

Ninguna razon ha dado su Señoría en que apoyar sus asertos; ni explicaciones que nos dieran á conocer las excelencias de la libertad. Nada; á no ser que se tenga por algo el invocar las leyes del progreso y de la historia, que necesitan de más aclaraciones que el concepto mismo de la libertad, tan desco-

noçido como confundido por todos los liberales, como se ha visto oportunamente en la segunda sesion.

Con aires de triunfador decia el Sr. Alvaro, que yo mismo venia á reconocer los beneficios del progreso, cuando afirmaba que nos ha libertado del cesarismo de reyes inicuos; pero se calla su Señoría la otra afirmacion que yo tomaba de los mismos liberales y que voy á reproducir entera: *Imposible parece que á esto se llame sistema representativo, cuando lo único que se ha hecho es sustituir el antiguo absolutismo de los reyes con el poder omnimodo y sin trabas de un ministerio* (2).

Ya vé su Señoría, que yo, que rechazo el cesarismo de los reyes, no puedo estar conforme con este otro peor cesarismo de un ministerio parlamentario. Por lo demás, si he aceptado la discusion en esta forma no es por gustar de ella, sino para vencer al enemigo en el campo que presenta la batalla.

En contra de mi tésis, sustentada con razonamientos, testimonios y pruebas de todo género, nada formal ha dicho su Señoría. ¿Es que teme el verse comprendido en el número de los que defienden, propagan ó sostienen la funesta herejía del liberalismo, ese gran error de nuestro siglo y las falsas libertades que le acompañan y que están causando tantos extragos políticos, sociales y morales?

Hable su Señoría; y deje en paz á las Señoras; que ni necesitan, ni piensan, ni quieren tal emancipacion; bien saben ellas que donde no hay cristianismo, la mujer está esclavizada, porque allí se cumple con más rigor el castigo de que habla el Génesis (3).

Hace diez y nueve siglos que están gozando las mujeres cristianas de la verdadera emancipacion que las ha hecho dignas compañeras del hombre, y al amparo de esta religion divina que eleva los buenos sentimientos del corazon y santifica las virtudes, se ha convertido la mujer cristiana en angel de paz y de amor.

*(Aplausos repetidos; las Señoras dicen: bien, muy bien.)*

*El Presidente: El Sr. Alvaro tiene la palabra para rectificar.*

*El Sr. Alvaro.*

No pensaba, Señores, ocupar más en esta noche vuestra amable atencion; pero me obligan á ello las intencionadas contestaciones del Sr. Teófilo que parece gozarse en un triunfo, que tanto hemos de disputarle todavía.

Si no he tocado directamente los puntos doctrinales de su Señoría, es porque para mí, ante los hechos, no tienen gran valor las teorías y es un hecho general y evidente el triunfo de la libertad, que hace imposible un retroceso y otros gobiernos que no sean liberales, como probaré á su Señoría en otro discurso.

El problema que he presentado de la emancipacion de la mujer está más unido que parece á las doctrinas liberales; y si no fuera por el respeto que hay que guardar á las formas; yo, con la venia del Sr. Presidente, mi bondadoso Tio, preguntaría á las Señoras, para que el Sr. Teófilo viera que no están distantes de mis sentimientos: Yo les preguntaría ¿Queréis la emancipacion de la mujer?—*¡Si! ¡Si!!!*



—Bailar, bailar, es lo que quieren, amigo Alvaro, grita Gonzalo.

—Si, si, bailar, repite Julio, y á coro gran número de voces.

—Pero ¿qué es esto, Señores? exclama asombrado el Presidente.

—Nada, señor Baron, dice el Marquesito acercándosele: que parece que hay un pronunciamiento por el baile. Como las Señoritas no se han divertido gran cosa con la sesión, no estaria demás un ratito de...

—¡Pero si nada hay dispuesto!

—No importa, señor Baron; mande bajar el piano á la glorieta y en torno de ella formamos el salon de baile.

—¡Pero y los dulces y sorbetes, el bufet!

—No se incomode, no hacen falta; mas si el Sr. Baron se empeña, no dista mucho el Imperial.

—Bien! bien! qué chicos estos, qué calaveras! y que yo á mis años y con mi experiencia, me haya comprometido á esto.....

¿Y qué hemos de hacer? Todo por Alvaro; lo quiero tanto: pero lo querria más razonable; así, así como Teófilo, que parece tan modesto como instruido.

—Gracias, señor Baron, se acredita V. de amable y generoso, dice Julio, que de cerca estaba esperando el desenlace del coloquio.

—Baile tenemos, corre diciendo por todas partes Gonzalo.

—Está bien, oportunamente repiten algunas voces.

A poco los acordes del piano alegran á todos más que la cadencia de los discursos.

El baile empieza con gran satisfaccion de Señores y Señoritas. Alvaro al iniciarse el pronunciamiento bailador, confuso y pensativo, se habia bajado de la tribuna y se paseaba por debajo de una fila de acacias, cuando se llegó á él Julio y le dijo:

—¿Qué haces? ¿Cómo no vienes á bailar, que ya preguntan por ti?

—Déjame pensar que esas bromas tan pesadas no se dan á los amigos ¡Tanta formalidad como yo deseaba y ya ves que.... incidente tan ridiculo!

—¿Y llamas cosa ridicula á divertirse un rato por carambola, haciendo de un golpe, villa y palos? Porque tu Tío se presta contento á todo, y pronto verás las botellas, las bandejas, etc., etc.

Qué ilo sientes por el sistema parlamentario, que ha dado ocasion á esta jarana? No seas aprensivo: los que debieran cuidar de su reputacion, se van con frecuencia desde el Congreso á los toros, dejando las

sesiones por terminar  
y desde ellas, otras veces,  
al buen Retiro se marchan  
á cenar bien y á cantar.

(Vámonos pues, á bailar).

En un grupo de modistas que presencian el baile aristocrático-improvisado, pregunta una.

—¿Y quién fué aquella que al hablar el Señorito de la emancipacion de la mujer gritaba que sí, sí, la queria?

—Quién habia de ser? Antoñita, que estaba tan orgullosa con su Alferéz y desde que la ha dejado está fuera de sí y no habla más que del amor libre para vengarse de los hombres. Todas las de su clase aman la libertad, para que todas seamos iguales y la nota de su conducta no llame la atencion.

## FIN DE LA 1.<sup>a</sup> SERIE: SESION 5.<sup>a</sup>

---

El Sr. Presidente: continúa en el uso de la palabra el Sr. Alvaro.

El Sr. Alvaro.

Si no fuera, señores Diputados, por el grandísimo amor que tengo á las formas parlamentarias, y porque creo que ellas son la expresion viviente de la

libertad y los moldes en que se vácian las ideas modernas; si no fuera por todo esto, no ocuparía ahora este sitio, después del incidente de la sesión anterior, que no quiero recordar.

Mas volviendo á ocupar esta tribuna, doy una prueba de generosidad y de consecuencia, imitando al mismo tiempo á nuestras notabilidades parlamentarias que, después de sesiones borrascosas y de reciprocas ofensas y provocaciones y de haber sido espantados por las bocas de los fusiles, vuelven á abrir las suyas en el santuario de las leyes para ilustrar al mundo con su elocuencia y defender la libertad.

El grande amor á la patria y el sacrificio de que dan tan repetidos ejemplos esos patricios nos imponen el deber de seguir sus huellas.

Así es que yo no puedo menos de insistir en mi tema y de sacar las consecuencias, que voy en esta sesión á explanar debidamente.

Si la libertad lo invade todo, si ella anima los organismos de la ciencia y de la legislación; si da luz á nuestras inteligencias é impulsos á nuestros corazones, y si es de todo punto imposible el ir contra su majestuosa corriente, porque sería semejante á la locura de intentar la paralización del progreso, no cabe ya la menor duda de que todos los gobiernos han de ser liberales, con esta ó la otra forma, con criterio más ó menos liberal; pero liberales al fin y que irán sucesivamente preparando el advenimiento completo del progreso y de la libertad.

Contra esta esperanza mía, que es la esperanza de la gran mayoría de los españoles, solo se levanta la sombra fatídica del absolutismo, que los tradicio-

nalistas intransigentes sostienen en España; sombra que cada día impone ménos espanto gracias á la fuerza de atraccion que viene desenvolviendo el gobierno liberal de D. Alfonso, reforzado ahora por los caudillos de la Union Católica, que *generosamente* han entrado en el campo liberal; así que, siendo ya tan reducidos los que militan en las filas del absolutismo tradicionalista, se puede anunciar, sin ser profetas, que la sombra que hacen enfrente de tantos liberales, se ha de ir disipando al grato impulso del céfiro de la libertad.

Entre el absolutismo y la libertad no se da medio; pues si bien es cierto que gobiernos liberales se inclinan por las presiones del momento y por la necesidad de salvar el orden y el principio de autoridad, á la forma absolutista; sin embargo, como son liberales tienen al fin que rendir su tributo á la libertad y defender sus fueros amenazados por el espíritu de la reaccion que nada respeta y que en todas partes se introduce.

Y como tengo ya probado con evidencia, que el absolutismo es detestable y aborrecido de todos é imposible en este momento histórico en que la humanidad se prepara á una de las transiciones más importantes de la historia, de aquí que no resta otra cosa más que proclamar muy alto la perfecta existencia de gobiernos liberales y parlamentarios.

Preparándonos convenientemente, algun día no lejano, podremos, señores Diputados, tomar asiento en las asambleas de la Nacion y contribuir con nuestros afanes y desvelos á labrar la felicidad de la patria y el pedestal augusto para que reine desde él la

libertad como símbolo de nuestra regeneracion y de nuestras grandezas nacionales. (*He dicho*).

*¡Viva España! ¡viva la libertad! Viva este parlamento libre!*

*¡Viva!! vivááááá!!!*

*El Sr. Presidente: orden, Señores, silencio!!! que no se vaya á convertir en club el parlamento.*

*El Sr. Teófilo puede rectificar.*

*El Sr. Teófilo:*

No daría crédito, Señores, á lo que oigo y á lo que veo, si no estuviera seguro de que no sueño y de que son realidades las que me rodean y de que quien habla es un amigo mío con quien tantas veces he departido los solaces de la amistad; si todo esto no me constara, creería que todos los dioses del antiguo paganismo se habían levantado de entre las ruinas de sus templos y se presentaban con nuevos nombres á recibir el incienso y las libaciones de sus adoradores.

Esto creería al oír una y otra vez esas vanas invocaciones á la libertad, al progreso y á la civilizacion, como si fueran dioses titulares de la sociedad.

Yo no consideraba á mi amigo Álvaro tan imbuido en la idolatría moderna, porque en las discusiones particulares nunca se ha presentado tan superficial y sistemático como ahora, que parece ha agotado su ingenio para defender una causa que se ahoga en sus propias manos.

Bien es verdad que las causas perdidas no pueden hallar abogado bueno y esto es lo que yo creo que sucede á mi amigo.

Su talento no se ha eclipsado por falta de luz propia, sino por la interposicion del gravísimo error del liberalismo.

La discusion presente nos ha demostrado la verdad de que la inteligencia se extravía y pierde por el error.

Por lo tanto, yo no insistiría en este tema de las teorías liberales, si no creyera de sumo interés el esclarecer la confusion, que últimamente ha acentuado mi amigo.

Ha dicho su Señoría y ha vuelto á repetir que los tradicionalistas españoles, los amantes de D. Carlos, defienden el absolutismo; y esto es una falsedad notoria y una calumnía anticuada.

Los tradicionalistas no solo no defienden el absolutismo, sinónimo del Cesarismo pagano, sino que no pueden defenderlo, aunque quisieran, porque la doctrina católica se lo impide.

Los tradicionalistas, que antes que políticos son católicos, saben muy bien que los principios de la política cristiana se oponen al absolutismo de los reyes, lo mismo que al de los parlamentos.

Ahora bien, dirá su Señoría, si los católicos tradicionalistas lo mismo rechazan y condenan el liberalismo que el absolutismo, ¿qué clase de gobierno quieren?

Se lo diré á su Señoría en dos palabras: *queremos un gobierno católico*, es decir, un gobierno, que no sea la voluntad despótica de un hombre ó de muchos hombres.

¿Quiere su Señoría una especie de programa de este gobierno?

Pues se lo voy á dar, advirtiéndole que no es mio, que los católicos no inventamos el régimen social, acatamos el que es debido, y, por consiguiente, lo primero

Es el reconocimiento del principio de autoridad, en el sentido cristiano de la palabra.

Después, un gobierno estable y fuerte que respete en toda su integridad los derechos de Dios y de la Iglesia, aceptando sinceramente la intervencion y el concurso de la representacion nacional, pero sin las ficciones parlamentarias. Y que las leyes fundadas sobre la base inquebrantable de la Iglesia reconozcan la legitimidad del poder real y establezcan las condiciones que deben regular su ejercicio (1).

Así los católicos arreglarán las cosas, como para sí mismos, sin darse cuidado de aquellos, que quisieran continuar en la muerte; establecerán leyes de vida. Colocarán á Jesucristo en su puesto, arriba, y ya no se le insultará más. Educarán á los hijos para conocer á Dios y honrar á sus padres. Sostendrán la indisolubilidad del matrimonio, y si á los disidentes les parece mal, sus hijos lo aceptarán como un bien. Impondrán la observacion religiosa del Domingo para cuenta y para bien de la sociedad entera, dejando á los libre-pensadores y á los judíos la libertad de celebrar, por su propia cuenta, el lunes ó el sábado. Aquellos á quienes ésta ley pudiera molestar, serán molestados. Ya no se negará el respeto al Criador y el descanso á la criatura, con el único fin de contentar á algunos maniáticos, cuyo frenesí lleva tan néciamente y con tanta insolencia á todo un pueblo al pecado.

En pocas palabras, la sociedad católica será católica y los disidentes que tolere, conocerán su caridad, pero no destruirán su unídad (2).

La sociedad así constituida con arreglo á estos principios y al espíritu que los anima, protegerá todos

los derechos y todos los intereses legítimos; lo que no puede proteger es la licencia, el error y la impunidad, que tan ancho campo tienen en el liberalismo.

Pero se dirá: eso es una teocracia.

No, Señores; esto es lo que se llama un gobierno católico, un gobierno que cumple con los deberes cristianos; porque los hombres públicos, lo mismo que los particulares, en la vida privada como en la política, son y se manifiestan católicos, y hasta el Estado, la más alta representación humana, acata los derechos de Dios y se regula por las enseñanzas de la Iglesia, sin las cuales no puede ser el Estado lo que debe ser, una grande entidad moral y jurídica.

Si alguno pregunta ¿podrá llamarse á ese gobierno constitucional? Le diremos que sí. ¡Y quien lo duda! Y hasta representativo, con la representación de las clases sociales, de los intereses comunes, de las corporaciones, etc... mas no con la representación del sufragio liberal.

Los gobiernos católicos siempre han sido constitucionales. Además de las leyes fundamentales de la Iglesia á las que vivían sometidos, súbditos y monarcas, éstos daban fueros, franquicias, ordenanzas y privilegios á los pueblos, á las ciudades, gremios y corporaciones, que venían á ser otros tantos títulos constitucionales de más valor y estabilidad que los consignados en las modernas constituciones.

Las leyes de la nación, así civiles como políticas, que juraban guardar los reyes antes que los ciudadanos, eran también otros tantos títulos que garantían la libertad verdadera á las cosas y á las personas.



Se ha hablado mucho en estos años de la constitucion interna del país, y sin negar el talento á los tratadistas de esta materia, creemos que la pasion de partido y el liberalismo que profesan les han cegado, y no han comprendido que la verdadera constitucion interna y externa de España es el principio monárquico y el espíritu católico; y han sacrificado éste por salvar aquél, sin pensar que le dejan más comprometido, como lo demuestra la experiencia.

Nunca se habla más de una cosa que cuando se ha perdido ó se desea: así es que siempre que oimos hablar de constitucion interna y de libertad, comprendemos que ambas no existen ya en España.

La constitucion propia del país y la verdadera libertad sólo las puede devolver á España un Gobierno católico, que sea constitucional y representativo segun se ha dicho: *todo menos liberal-parlamentario*.

Ya se habrá convencido el Sr. Álvaro de que puede darse un medio justo entre dos extremos viciosos; y que España, como sigue siendo católica, es digna de un gobierno católico, que la libre del absolutismo de mayorías sin conciencia y del de reyes arbitrarios y degenerados, como lo fueron la mayor parte de los del siglo XVII y XVIII, tanto porque tuvieron que defender sus tronos amenazados por las revoluciones que se iban iniciando, cuanto porque ellos mismos se dejaron inficionar del cesarismo, regalismo y francmasonería, que al amparo de los tronos iban propagando el racionalismo y sembrando la semilla del liberalismo, como se vé por los actos despóticos de los Arandas, Pombal, Choisséul y Tanucci.

La mayor ofensa que se puede hacer á la verdad es negarla después de conocida, y ya se sabe por todos los que se ocupan en política, que la restauracion católico-política, que quieren y anhelan en España los tradicionalistas, no es la del absolutismo, ni de la monarquía á lo Carlos III ó Luis XIV, nó: desean la restauracion empezando por expulsar al liberalismo, sus formas y sus raices y que no continúe el suelo español manchándose con tal herejía y con tan grande error, que entroniza todas las mentiras y licencias, madres propias de la impiedad y de la indiferencia y corrupción que nos anonadan.

Y extirpado el liberalismo, hacer que el espíritu católico vivifique la monarquía con todos sus derechos, y trascienda á las leyes, á la enseñanza y á las costumbres, formando así lo que ha sido el pueblo español, un pueblo cristiano y libre, digno de mejor suerte.

Si á pesar de todo lo dicho se sigue creyendo por algunos que esto es imposible, que carecen de sentido práctico estas ideas y que no responden á la realidad de las cosas en los tiempos presentes, apelamos de sus juicios para ante el tribunal de la historia, de la razon y de la fe; y les demostraremos que es posible lo que se ha realizado; que no hay orden más práctico que el verdadero, y que la religion, lejos de contrariar la accion política de los gobiernos, la facilita y perfecciona.

La fe, la razon y la historia sí que se levantan contra el liberalismo, manifestando su impiedad, poniendo de relieve lo absurdo de sus teorías y señalando el conjunto de males que ha traído á la sociedad.

Para no conocer todo esto y seguir adheridos al liberalismo, se necesita haber perdido el sentimiento de lo bueno y de lo verdadero, haber perdido la razón y la fe: se necesita *ser liberal*.

*(Ruidosos y prolongados aplausos: muchos felicitan al orador y le abrazan).*

*El Sr. Presidente: ha terminado el presente debate sobre las teorías liberales; se da algún descanso á la asamblea y en la sesión próxima, para la que se avisará á domicilio, se abrirá nuevo debate sobre los hechos liberales.*

## EN EL SALON DE CONFERENCIAS.

—¿Y Teófilo?

*Pregunta Alvaro excitado: le voy á pedir una satisfacción por sus palabras.*

—*Se ha retirado con Justo, contesta Gonzalo.*

—*Esto no se puede tolerar; nos ha insultado dando á entender que los liberales somos unos malvados, que hemos perdido la razón.*

—*No te acalores, dice Julio: las cosas son como se quieran entender; Teófilo ha dicho una verdad de las de Perogrullo: que para permanecer adheridos al liberalismo se necesita ser liberal, cosa que nadie ha puesto en duda.*

—*Si ¿y las palabras que acompañaban á esa afirmación?*

—*Échalas á buena parte como cosas de amigos; y sobre todo, si tanto te duelen, no tomes el ser liberal tan á pecho. Ya ves qué poco me apuro yo.*

—*No puede negarse, hablando con puridad, dice Gonzalo, que Teófilo ha estado muy intencionado é intransigente y que de un modo hábil ha ido sentando sus bases para dar codillo al liberalismo, ganarse en otra jugada la puesta y adjudicársela á los tradicionalistas.*

—Eso no lo conseguirá, exclama Plácido con viveza; porque hay en España católicos, que sin ser carlistas, aman tanto como ellos á la Iglesia: defienden sus derechos y procuran la paz y la reconciliacion de todos bajo la bandera del catolicismo y la direccion del Episcopado sin distinciones politicas y sin las miras estrechas de partidos.

—Parece que estás reproduciendo el programa de la Union Católica: eso puedes contárselo á Teófilo, que es tu amigo y que como amigo tambien, segun parece, de los Curas, te lo podrá decir en Misas.

—Vaya, si no se lo diré; muy alto si llega la ocasion.

—Pues prepárate, yo creo que ha de llegar; porque Teófilo pasará revista á todo lo que se halle con la marca ó visos del liberalismo.

—Y V. ¿qué opina de este debate, continúa Gonzalo dirigiéndose al Sr. Coronel, individuo de la Mesa parlamentaria?

—Estoy, amigo mio, tan cansado de oír polémicas politicas en las tertulias, en los cafés y en todas partes, que, la verdad, no me llaman la atencion; pero este chico Teófilo habla bien y con método y me parece verdadero lo que va diciendo; porque yo, que ya soy viejo, no he visto nunca tanta desmoralizacion, tanto atrevimiento en la juventud y tanta ambicion como se ve por todas partes que ha echado á perder hasta la disciplina militar.

En mis buenos tiempos era otra cosa; como no habia pronunciamientos, no llegaban á generales sino los hombres de mérito y que contaban medio siglo de servicios sin tacha: ahora no es así.

Yo con haber servido cuarenta años, y eso que soy hijo de militar, no llegué más que á coronel, como mi padre que tampoco se pronunció y para que no le pronunciaran cuando la guerra civil, se retiró como yo por no pasar el puente de Alcolea.

—Rufino ¿cuándo te llega el turno? preguntaba Julio.

—No lo sé todavía: el Sr. Baron ha quedado en avisarme con tiempo; mas como ahora empieza de nuevo Teófilo con los hechos liberales, me parece que han de pasar muchas sesiones.

—Y al Sr. Marqués ¿tendremos el gusto de oírle?

—Tal vez no. Por mi posición é independencia, me considero extraño á estas discusiones: asisto á ellas por complacer al Sr. Baron y á vosotros que sois mis antiguos aliados.







## CONTINUÁN

LAS

## SESIONES DEL PARLAMENTO.

---

### HECHOS LIBERALES.

---

#### SÉRIE 2.<sup>a</sup>: SESION 1.<sup>a</sup>

---

*Presidencia del Sr. Baron: con grande afluencia de invitados, que se hallan en el jardin, deseosos de conocer los hechos liberales que se van á debatir, queda abierta la sesion y el Sr. Teófilo dá principio con este tema:*

Considero la sociedad mal organizada,  
porque no tengo un puesto en ella.

FOURRIER.

Señores Diputados:

No satisfaría cumplidamente los deseos de mi corazon, si al continuar estos debates no empezara mostrándoos especial agradecimiento por la benevolencia con que habeis oido mis discursos anteriores y por la especie de asentimiento prestado á las doctrinas

en ellos contenidas; asentimiento, tanto más digno de pública estimación, cuanto que para darlo espontáneamente es indispensable sobreponerse á las grandes preocupaciones, opiniones é intereses dominantes, que se levantan en nuestros dias contra la verdad, íntegramente profesada.

También cumple á la sinceridad de mis propósitos hacer esta importante declaración.

Que en vano me habría esforzado en demostrar el origen del liberalismo, sus perniciosos errores y absurdidad, si los hechos por él producidos y que está produciendo cada dia se hallaran en oposicion con sus doctrinas, y fueran tan benéficos á las sociedades, que todos conociéramos y tocáramos su saludable influencia; mas sucede que es tan notorio el enlace que existe entre las teorías y los hechos liberales, y tan grandes y perjudiciales los males que éstos producen, que ni aun siquiera dan lugar á duda; resultando así con toda evidencia la verdad y utilidad de la doctrina expuesta, que ahora en los hechos vamos á examinar.

Es una verdad axiomática que las ideas engendran los hechos, por lo cual ha podido decirse con razon: *dime cómo piensas y te diré cómo obras.*

Ya sabemos cómo piensa el liberalismo; y, circunscribiéndonos á España, vamos á ver cómo ha obrado para introducirse en ella, establecerse y producir sus hechos propios. De esta triple consideracion resultará demostrada la siguiente tésis: que el liberalismo se ha impuesto á los españoles, produciendo una division funesta, causa de grandes perturbaciones y de ruinas de todas clases.



Bien saben los propagandistas del error y de toda secta ó sistema, que no pueden conseguir sus deseos, sino desprestigiando y destruyendo aquello que se proponen sustituir; así es que levantan contra lo que se les opone los gritos de las declamaciones más apasionadas y calumniosas, hasta conseguir su difamación ó ruina, al menos, entre los hombres que han de secundar su obra ó aceptarla.

Es tan general esta táctica de los herejes, de los ambiciosos y de toda clase de hombres trastornadores, que se ve en todos los acontecimientos sociales.

¡Cuántas injurias é invectivas de todo género no lanzaron contra el Pontificado los corifeos del Protestantismo, creyendo que iban á destruirle y á reemplazarle con la nueva luz del Evangelio!

Célebres se han hecho las declamaciones de Voltaire y de sus secuaces, que se propusieron destruir toda autoridad y aplastar *al infame*, según ellos llamaban al Vicario de Cristo.

Lo mismo se ha repetido en todas partes, ya contra la monarquía, ya contra la Iglesia, ya contra el clero ó alguna clase importante, siempre que se ha intentado rebajarla ó reemplazarla.

Mas este procedimiento, que los pocos volterianos españoles, amantes de la Revolución francesa y de sus libertades, habían ensayado en nuestra patria, no daba resultado por la sensatez de los españoles y su grande amor á la religión y la monarquía; de las cuales las nuevas doctrinas del liberalismo se presentaban hostiles.

Por este motivo los movimientos populares de España fueron antirevolucionarios, hasta el punto de

cubrirse de gloria el pueblo español luchando por su independencia, por su religion y su monarquía contra los revolucionarios franceses, que alevosamente quisieron arrebatarlas.

Para ir después introduciendo el liberalismo en España, se valieron los liberales de la ausencia del Rey y del estado angustioso en que se encontraba la nacion.

Suspendida su obra el año 14, emplean en el 20 la fuerza de los pronunciamientos hasta que, con la muerte del Rey el año 33, encuentran mejor ocasion para establecer su sistema y sembrar con él los gérmenes de la discordia y de la perturbacion, que están dando sus naturales frutos.

Si el pueblo español hubiera sido liberal ó aceptado el liberalismo voluntariamente, ¿por qué no había de haber producido una de esas conmociones populares, que por lo grandiosas, ya en sus hazañas, ya en sus resultados, señalan época en la historia de las naciones?

Se ha necesitado de muchos años de liberalismo y de frecuentes motines para llegar á una revolucion, que, como la del 68, pareciera algo general; y, no obstante, si bien se examina no fué más que un choque mayor de los partidos liberales, que echó abajo el trono que ellos mismos levantaron.

La revolucion, pues, ó el liberalismo en España, como nota un profundo pensador (1), ha sido impopular y por lo tanto estéril: pues no ha producido ni grandes acontecimientos, ni hombres de genio, ni nada digno, sino el fruto ordinario de las pasiones é intereses, que se agitan en el campo de una política

en contradicción con los sentimientos generales y el bienestar del país.

Sin el auxilio del ejército, que apoyó primero la causa liberal y que de pronunciamiento en pronunciamiento la ha hecho avanzar hasta el punto en que se halla, no tendría, sin duda alguna, al presente el liberalismo el imperio que ostenta.

Por estas ligerísimas indicaciones se comprenderá que el liberalismo se ha impuesto á este pueblo español, católico, noble y sensato, que no podía admitir con gusto tan grave error, causa de tantos males como se había visto producir en los otros pueblos que ántes dominara.

Al imponerse el liberalismo á España causó tan trascendental división, que tal vez en muchos siglos no pueda extinguirse sin un favor especial de la Providencia.

Tenía España las unidades más preciosas, que pueden tener los pueblos de la tierra: unidad de espíritu, unidad de sentimientos, unidad de dinastía y de gobierno; y todas estas unidades las ha roto ó quebrantado el liberalismo, oponiendo á la unidad católica, la libertad para los incrédulos; á la unidad de los sentimientos monárquicos, la variedad que nace de las distintas opiniones; á la unidad dinástica, la división más completa, hija, no sólo del derecho, sino de los principios que cada rama sustenta; y, por último, á la unidad de gobierno opone el liberalismo tantos gobiernos reales y posibles cuantos son los partidos existentes ó que puedan existir.

Si son posibles mayores males para una nación, no alcanzamos á conocer cuáles sean. Porque la peste,

el hambre, la guerra son males transitorios; pero la peste de la herejía y del error, el hambre y la sed de justicia, que no puede saciar el liberalismo y la guerra permanente de los partidos, de los intereses y de las pasiones, que alimenta el desventurado sistema, no pueden ser mayores calamidades y todas han caído de una vez sobre España, como las terribles plagas sobre Egipto.

Los que amamos á España, los que queremos para ella toda clase de bienes y la ausencia en lo posible de todos los males, no podemos consolarnos, ni con la esperanza de que tantos males podrán tener próximo remedio; ni con la idea de que han traído juntamente muchos bienes, que les sirvan de compensación; ni tampoco considerándolos como necesarios; porque para el católico es palabra vana la fatalidad.

Así es, que si algo puede atenuar el sentimiento que producen en el corazón cristiano y español los males que ha traído el liberalismo, no es más que el poder librarse de algunos de ellos, no hacerse cómplice de ninguno y trabajar por denunciarlos y extirparlos todos.

Los hombres de poca fe creerán que no ha sido posible el librarnos del liberalismo, cuando fué posible librarnos del Protestantismo; sólo que en este siglo no ha habido Felipes y Cisneros, sino políticos de caña, que se han doblegado á todos los vientos, y se han valido de ella para pescar en el río revuelto de nuestras disensiones político-religiosas.

Si España necesitaba de algunas reformas, bien pudieron hacerse, sin tocar ni herir los fundamentos morales de la sociedad.

Si necesitaba de mayor participacion en los adelantos del siglo, ésta podía conseguirse sin divisiones y luchas intestinas y sin necesidad de perder nuestro carácter propio; porque sucede con los progresos útiles lo mismo que con el Sol, que apareciendo en el horizonte, todos participan de sus benéficos rayos.

Mas por nuestra desgracia en España todo lo quieren arreglar los *politicos* y así (segun decia Balmes) no saldremos jamás de la *politica*, es decir, del *malestar*.

Cuando se ve en los congresos á esa multitud de hombres, que pasan por los más activos é inteligentes de la nacion, perder tanto tiempo en disputar acerca del origen de la soberanía y otras cuestiones tan poco prácticas como inútiles, se les puede comparar á los hortelanos, que dejando el riego de sus plantas, se pusieran á discutir acerca del origen de las aguas, en tanto que estas pasan sin fertilizar las huertas agostadas por el calor del estío.

Y esto es lo que sucede: pues en tanto que se pierde el tiempo en disputar, no se gobiernan los pueblos y el calor de las pasiones va inflamando los ánimos hasta la exaltacion de la revolucion, que todo lo paraliza y destruye.

Juntamente con estos males generales, que han venido á España con el liberalismo, se vienen produciendo otros particulares, que no son ménos dignos de ser lamentados.

Empezando por la pérdida de nuestras colonias Americanas, que coincidió con las primeras revueltas militares, y siguiendo la serie de trastornos, que se señalaron con las matanzas de los religiosos, su ex-

pulsión arbitraria, despojo de los bienes eclesiásticos, guerras civiles, introducción del racionalismo alemán y de la enseñanza sin religión, pérdida de la unidad católica y de tantos templos dedicados al culto, y concluyendo por la legalización de todos los errores liberales, se verá que el conjunto de males y de ruinas, que ha acumulado el liberalismo sobre nosotros, no puede ser mayor, ni más funesto.

Y todo ¿para qué? Para satisfacer los deseos de unos cuantos ambiciosos, que sin el liberalismo, ni hubieran salido de su oscuridad, ni hubieran atesorado para sí las riquezas nacionales, ni tendrían ahora ocasión de poder renegar impunemente de su religión y propagar las doctrinas más subversivas y antipatrióticas.

Porque no hay que olvidarlo, Señores, el pueblo español es demasiado altivo é independiente para sufrir imposiciones: así es que una gran mayoría rechaza hoy como ayer y rechazará siempre el liberalismo y sus hechos nefandos, que tienen por principal objeto *la secularización de la sociedad*; en tanto que otra gran parte de españoles, seducida por el error, ha de ir avanzando sin detenerse á la anarquía; y el liberalismo veráse ahogado en el mar de los crímenes que fomenta con sus teorías y sus hechos ó perecerá al ser arrojado de España por los que jamás pueden ser liberales, ni transigir con el liberalismo, porque son buenos españoles y católicos. (*He dicho*).

(*Rumores y aplausos repetidos se confunden*).

El Sr. Julio: *pido la palabra para una alusión.*

El Sr. Presidente: *la tiene su Señoría.*

No pensaba, Señores, intervenir en este debate; pero como el orador ha estado tan insultante, no

puedo ménos de poner un veto á sus provocaciones, aunque no sea por otro motivo que por la parte que me toca.

Yo no tengo fe política y así me importan poco sus sistemas; pero mi padre ha sido ministro liberal y siento en el alma que delante de mí se le compare con una caña, un hortelano ó con hombres que sólo se hacen políticos para enriquecerse pronto y sin trabajar.

Es necesario, pues, que su Señoría retire ó explique sus palabras, que van contra el buen nombre y honra de muchos españoles.

*El Sr. Presidente: tiene la palabra el Sr. Teófilo para rectificar:*

*El Sr. Teófilo.*

Siento mucho que su Señoría haga aplicacion á personas determinadas de mis comparaciones, porque ellas á todos y á ninguno tocan.

Su Sr. Padre habrá podido ser buen Ministro y conseguir con honradez la cesantía y fortuna que hoy goza; pero yo me atengo á los hechos.

¿Cuántos por figurar en política, obtener empleos y enriquecerse, han faltado á sus juramentos, se han revelado contra el gobierno constituido y se han hecho hasta francmasones?

Los llamados bienes nacionales no los tomaron los extranjeros ni los católicos españoles de verdad; y después de consumados estos hechos por los liberales, gritaban el 68 para hacer la revolucion: ¡*Viva España con honra!* probando así que el liberalismo ó no se la había dado ó se la había quitado.

Y en la presente legislatura, al discutir las actas, ha dicho un diputado que no se debía de dar publi-

cidad á los manejos electorales, porque se desprestigiaba la representacion nacional y aprendían los pueblos cosas, que no debían saber.

Si á esto une su Señoría los negocios hechos por los liberales con la desamortizacion general, los empréstitos y demás gestiones públicas, por ellos mismos censuradas, verá que no tienen tan alta estimacion de la honra y buen nombre, cuando con los hechos demuestran lo contrario.

*El Sr. Presidente: ha terminado la sesion: para la inmediata el mismo tema.*

## EN EL SALON DE CONFERENCIAS.

---

*Mucho color va tomando el debate, decia Alvaro; yo creo, Señores, que como estamos en mayoria los liberales, no debemos permitir á Teófilo esas filípicas contra hechos y doctrinas, que nosotros consideramos gloriosos para España, que nos han librado del yugo de la teocracia y han abierto á todos los goces de las riquezas públicas y de la libertad.*

*Gonzalo le replica diciendo:—No seas inconsecuente, Alvaro; si este es un parlamento libre, se ha de poder decir todo. Y el que estemos en mayoria los liberales, no es razon para ahogar la razon de Teófilo, si la lleva en los hechos que va exponiendo.*

*Aqui no hay más que dos medios: ó probarle que se equivoca en los hechos que refiere y en las apreciaciones que de ellos hace, ó convenir con él en que el liberalismo es una imposicion calamitosa para España y para los españoles.*

*Apelar á la fuerza ú organizar una especie de partida de la porra secreta contra el orador, que expresa sus convicciones con tanta firmeza, seria darle de hecho la razon, que tu crees no le asiste contra el liberalismo.*



—Estás prudentísimo; ni el severo Caton nos daría tan grave sentencia, dice Julio.

—Es que para mí no todo se ha de tomar á broma; y aunque gusto de ella, también de la formalidad, cuando el caso lo requiere como al presente.

## CONTINUACION DE LA 2.<sup>a</sup> SERIE: SESION 2.<sup>a</sup>

*Se abre la sesion; tiene la palabra el Sr. Teófilo, que dice:*

Señores Diputados:

Al indicar en la sesion anterior el fin que se proponía el liberalismo, introduciéndose en las naciones, pronuncié la palabra *secularización*.

Y como pienso demostraros en el presente discurso, esta palabra señala el objetivo del liberalismo y expresa sus constantes aspiraciones.

Si no queremos recordar la naturaleza del liberalismo, con la cual se han de conformar sus deseos, bastará que nos fijemos en su marcha para conocer bien el fin á que se dirige: este no es otro, que el alejar ó borrar de las esferas sociales el espíritu católico; y para ello se vale principalmente de los hechos arbitrarios, que va realizando y de los gobiernos irresponsables que proclama.

Llamo hechos arbitrarios á las obras de los liberales que no están conformes con los principios inmutables de la religion, de la justicia ó del derecho; sino que dependen de la voluntad de aquellos hombres, que han tenido ocasion y poder para verificarlos; así es que cuando otros llegan á gozar de igual facultad, los destruyen, si no les convienen, ó invocan

para sostenerlos la razon *de hechos consumados*, que tanto vale, cuanto suena.

Leyes, reformas, constituciones, hechas por un partido, las anula otro que sube al poder; y nada de esto, que ha podido en parte ser conveniente y razonable, porque todos los liberales no están ciegos, tiene caracter de hechos consumados, sino solamente lo que se hace contra la moral y la religion católica; y así, paso á paso se marcha por el camino de la secularizacion de España, que consumará el liberalismo, si ántes no es él consumido.

Cae un gobierno y otro se levanta; se echa abajo un trono y otro se pone en su lugar; y si no resulta sólida la monarquía de D. Amado, se ensaya la república y se vuelve al gobierno provisional, hasta que se restaura la monarquía borbónica: todo desaparece para presentarse de nuevo, ménos lo que á la religion se refiere, pues si se la despoja de sus bienes, y son dispersados violentamente sus religiosos, éstos dificilmente pueden reunirse; y la indemnizacion de aquéllos, después de pagarse de mal modo, es causa de que la Iglesia quede sujeta al Estado de suerte, que de él dependa su vida material y pueda decir á los Ministros de Dios un ministro impío: *si no jurais, no cobrais*. Y otro piadoso: Si no me dais la cuarta parte, yo os la quito, aunque perezcais de hambre vosotros y los pobres de vuestras parroquias.

Nada más humillante para la que debe ser señora é independiente segun la fe, la razon y el sentido comun.

Si el Concordato procura la libertad de la Iglesia, no se cumple en lo que no agrada al liberalismo.

Si la incredulidad y la masonería de España (1) logran un día romper la unidad religiosa y establecer el concubinato legal, vendrán otro día los conservadores liberales á darles la razon y á legalizar al amparo de un trono español la secularizacion del Estado y de la familia, no destruyendo en su raiz la libertad de cultos, ni el matrimonio civil.

¿Qué importa que los disidentes sean en España los incrédulos, que no tienen culto alguno que ejercer libremente? Se dará libertad á cultos imaginarios; y habiendo tantos republicanos, tan reales como visibles, á estos se les pondrá en frente el veto de una monarquía que está por cima de todo; mas si no obra así el liberalismo, no adelantá en sus trabajos predilectos de completar la secularizacion, que va realizando mediante el gobierno de los partidos, irresponsables de todo mal delante de Dios y de los hombres.

¡Cuántos crímenes contra las leyes, contra la moral y contra la religion se cometen por los partidos! Y, sin embargo, todavía no se ha sentenciado á muerte á partido alguno; y es porque estos ejercen su accion por medio de personas irresponsables tambien que á nada superior á su voluntad se hallan obligadas.

Como todos los partidos no caben á la vez en el poder, han tenido que convenir en que cada uno llegará á él cuando le toque ó pueda; y en este convenio ha entrado la condicion de dispensarse mutuamente todo lo que hagan.

Si alguna vez se acusan y con razon, porque cada uno al llegar al poder gobierna lo peor que puede, la acusacion no pasa de las palabras y sirve para dis-

traer la atención del país, que se cansa de ver siempre lo mismo.

Y no puede ser otra cosa; el liberalismo que es el libre examen en la política, ni puede tener principios fijos, ni reglas seguras de conducta; así es que obra como puede, para ir viviendo.

Esto es lo que hacen los partidos en el poder: el que llega á conseguirlo, para conservarlo se vale de todos los medios y nada respeta.

Si crecen sus enemigos y le amenazan, él los disminuye y pone fuera de combate declarando á varios partidos ilegales; y así quedan separados del juego político los que más podían entorpecerlo, ya con la lógica de las ideas y de los hechos, ya con la fuerza de los principios, que tienen los partidos extremos.

En pleno siglo XIX se repiten los hechos de las sociedades paganas. Para sostenerse las repúblicas de Grecia y del Imperio romano, tenían que reducir á la esclavitud una parte de la sociedad y negar á muchos el derecho de ciudadanos; así no quedaban más que señores y esclavos, como ahora gobernantes y gobernados, ó sea unos que mandan, porque pueden, y otros que obedecen á la fuerza: á esto conduce el liberalismo, á proclamar el derecho de la fuerza como ley suprema.

Si bien se considera, ni los partidos que mandan, ni los que piensan mandar, tienen doctrinas fijas, aunque fueran erróneas; lo que llaman su programa ó credo político, no es más que la fórmula vaga de sus deseos; lo que sí tienen los partidos son los procedimientos particulares que les dan el carácter propio.

Estos procedimientos se vienen á personificar en el jefe del partido, pudiéndose por lo tanto decir con toda verdad, que las naciones liberales no están gobernadas por principios, ni por leyes estables; sino por la voluntad de un hombre, que con la misma facilidad que aparece en el gobierno, desaparece, necesitando mientras está en él de otros que le apoyan en cambio de la proteccion que él les dispensa desde su altura.

Y consistiendo en esto principalmente el gobierno de los partidos liberales, se comprenderá cuán molesta ha de ser la sujecion á ellos para los hombres que tienen fe en los principios, que no han perdido su dignidad y que quieren ser gobernados por representacion más alta, que la que nace de un partido ó de un hombre; por representacion que ostente la potestad que viene de Dios, olvidada ó negada por el liberalismo.

Los hechos demuestran que no es una suposicion la que hacemos en estas consideraciones, sino que el gobierno de los partidos refleja hasta el carácter y las cualidades de su jefe.

Si el jefe es volteriano y presuntuoso como Cánovas, lo será su gobierno; si es mason y despreocupado como Sagasta, su gobierno será de masones y de hombres sin empacho, que se fusionan con facilidad en los moldes del presupuesto; si no tiene el jefe carácter determinado como Posada ó el Duque, tampoco lo tendrá su gobierno, y si el jefe es posibilista ó cantonal como D. Emilio y Pi, al punto se harán republicanos cantonales hasta los adoquines más antiguos de la Puerta del Sol. Así hablan los hechos.

¿Por qué no existen los partidos moderado, unionista y progresista? porque murieron Narvaez, O'Donnell y Prin.

Los hechos, pues, demuestran, Señores, que el liberalismo no gobierna por ideas, principios y doctrinas dignas del asentimiento de los hombres y de las naciones, sino que se vale de ellas como de velo para cubrir el mando personal de los partidos, que resulta irresponsable porque nada hay superior que pueda juzgar y sentenciar; pues al efecto se tiene buen cuidado de alejar á la Iglesia, juez de las conciencias, y así la impunidad se extiende y alienta á todo, desde la conculcación de las leyes y la blasfemia contra Dios hasta la persecucion contra su Iglesia y el desprecio de sus ministros; poniéndose así por los gobernantes, que se llaman católicos, la clave en el círculo de la degradacion y de la secularizacion de España. (*He dicho*).

(*Ligeros aplausos, algunos murmullos*).

*Pide la palabra el Sr. Plácido.*

*La tiene su Señoría, dice el Presidente.*

*El Sr. Plácido.*

Señores Diputados: Al tomar parte en estas polémicas debo lo primero confiar en vuestra indulgencia, para que ella supla las faltas que cometa, no estando ejercitado en estas lides parlamentarias.

Y en segundo lugar, debo hacer una explícita manifestacion de la conformidad en que estoy con las doctrinas y apreciaciones de mi elocuente amigo el Sr. Teófilo, que con gran penetracion de lo que es el liberalismo ha señalado oportunamente lo insostenible de sus teorías, la contradiccion permanente

de sus hechos y el fin de estos, que es descatolizar á España ó secularizarla.

Repito que estoy conforme con todo esto, porque es una verdad, que estamos viendo con los ojos y tocando con las manos todos los días.

El liberalismo ha puesto astutamente en práctica la máxima de divide é impera; contra la cual se necesita la union de los buenos católicos.

Sólo en dos cosas difiero yo de su Señoría: *en la forma en que los católicos hemos de combatir al liberalismo, y en la consideracion que se ha de tener á las personas.*

Parece que el Sr. Teófilo quiere que se combata al liberalismo á sangre y fuego, y esto es proclamar una intransigencia, que no sienta bien á la mansedumbre cristiana.

Tambien parece que se inclina el Sr. Teófilo á creer imposible la reconciliacion de los católicos con el actual orden de cosas, cuando debemos procurar como un bien, que desaparezca la division general, que segun ha dicho su Señoría, con mucha razon, introdujo el liberalismo hasta en la familia reinante.

Para los católicos lo que ha de tener verdadera importancia es lo principal: su fe y los intereses de la religion; y así caben bajo la bandera de la *Union Católica*, de esta institucion tan laudable y necesaria en esta época, todos los que convengan en esto, aunque se separen de nosotros en lo secundario.

Por cuestion de personas ó diferencias dinásticas, no deben sacrificarse los altos intereses del catolicismo; podemos y debemos asociarnos todos los católicos; y así, sacando el mejor partido de las circuns-

tancias, hacer que hombres católicos dirijan los destinos de la nación é influyan en bien de la Iglesia y de la sociedad, para que mediante las buenas obras y la opinión favorable al catolicismo llegue éste á ser respetado y amado de todos. (*He dicho*).

*El Sr. Presidente: el Sr. Teófilo puede usar de la palabra para rectificar.*

—*El Sr. Teófilo:*

Acabais, Señores, de ver á mi bondadoso condiscípulo convenir y discutir conmigo: conviene en reconocer toda la malicia del liberalismo y disiente acerca de la manera de combatirlo y modo de tratar las cosas y personas liberales.

No comprendo la confusion, que domina en la inteligencia del Sr. Plácido.

La primera señal de toda guerra es un acto de intransigencia, ya en los que atacan ya en los que se defienden; porque unos no quieren conceder lo que los otros desean, se declaran enemigos y vienen á las manos.

¿Quiére el Sr. Plácido que convengamos en lo que hacen los liberales, por ejemplo, en la secularizacion? ¿No quiere su Señoría? pues entonces ha de ser intransigente, los ha de tratar como á enemigos y no tirarles confites, porque se los comerían.

Si se ha demostrado hasta la evidencia que el liberalismo se encarna en las cosas y en las personas, ¿vamos á reconocerle derecho de asilo, porque el liberalismo se haya empinado y esté en una constitucion ó en un trono, ó en un personaje como el Sr. Cánovas? Si dice que sí su Señoría, le diré que no sirve ni para recluta disponible; pues todo el que tiene es-



píritu militar y de combate, comprende que primero se ha de vencer á los enemigos más poderosos, por que los débiles siempre están vencidos.

Ya veo yo que su Señoría es *mestizo* de cuerpo entero; y lo asiento de veras, porque no sabe lo que se mestiza y se lo voy á decir muy claro.

El primer mestizo español es Cánovas del Castillo, que al venir modestamente á continuar la historia de España, ha confundido lo pasado con lo presente, la constitucion interna y admirable de una gran nacion católica con su hechura del 76; y á pesar de ser ésta lo que es, aún dice que gobernaria con la del 69, si se la daban las cortes (2); y después de cantar este himno á la soberanía nacional liberal, pone por cima de todo y sobre todo la monarquía, de modo que nada pueda llegar á ella; y de esta suerte ha venido, para mayor desgracia de los españoles, á realizar entre nosotros el programa del Protestantismo, que consiste, como es sabido, en el libre exámen y en atribuir todo el poder á la potestad civil.

Este es Cánovas, el director ahora de la escena política y amo de los católicos suaves.

Si España no fuera tan católica á pesar de todo el liberalismo que la domina, ya tendríamos una autocracia parecida á la alemana, por la que tantas simpatías tiene el Sr. Cánovas.

Y á este gran mestizo es á quien ayuda la llamada Union católica.

*He concluido; mas suplico al Sr. Presidente me reserve el uso de la palabra para ocuparme en la sesion próxima de esta institucion.*

## EN LOS PASILLOS DEL JARDIN.

Rufino á Plácido—Bien te ha tratado Teófilo, Plácido: no te ha valido el ser amigo ni el echarla de católico; te ha declarado inútil y pastelero.

—Yo le probaré que ni soy lo uno, ni lo otro; sino que él es uno de los intransigentes, que hacen más daño á la religion que los mismos liberales.

—Si; pues, prepárate, que yo creo que los palmetazos que va á dar á la Union Católica, se oirán en el Ministerio de Fomento.

—Es la verdad, decia Gonzalo, que ha tratado Teófilo de un modo nuevo la teoria de los partidos legales é ilegales; porque si no es cierto lo que él dice, que se eliminan por el partido gobernante del juego de la política á los partidos que más pueden embarazarla, tendríamos que admitir una especie de autoridad infalible en los que mandan, para excomulgar á los otros y declarar falsas sus doctrinas y errados sus procedimientos. La verdad es que á mi me ha convencido con el ejemplo de las antiguas sociedades; pues es cierto, que en ellas se declaraban de hecho partidos ilegales á los que formaban la mayor parte de la sociedad; y así podia gobernarla la restante que era mínima en comparacion; lo mismo que hoy pasa entre nosotros, aun admitiendo entre los gobernantes á todos los legales.

—Pues para mi, añade Alvaro, no tiene ninguna novedad, ni verdad lo dicho por Teófilo, porque se ve que no comprende que la legalidad es la vida que se ha dado la nacion y es muy justo que esta vida se defienda por los que mandan, persiguiendo como asesinos ó ilegales á los que pretendan quitársela.

—Muy terrible está la comparacion; pero dime: si ningun partido piensa en matar á la nacion, sino en darle su vida particular, que ellos creen más útil y mejor ¿quién les convence de lo contrario? Nadie;

*pues este es el problema liberal, que yo vengo estudiando y que creo no tiene solucion; los golpes de Estado y los hechos, que lo resuelven en la práctica, son datos en contra. Si dices que entren en las vías legales para conseguir el triunfo de sus doctrinas, te diré que como todos los caminos legales están ocupados por los que mandan, no se puede andar por ellos, sin su permiso, lo que equivale á una abdicacion previa.*

*No sirve, pues, tu voto, amigo Alvaro, y menos desde que no has podido sostenerlo delante de Teófilo.*

## SIGUE LA 2.<sup>a</sup> SERIE: SESION 3.<sup>a</sup>

*Se abre la sesion: el Sr. Teófilo tiene la palabra.*

En la serie de estos discursos habreis podido notar, Señores, la gran diferencia y respeto, que á la Iglesia católica y á las cosas á ella pertenecientes vengo guardando; y es porque nada en el universo mundo considero más sagrado que lo que á ella se refiere, porque la Iglesia de Dios viene, por Dios vive y á Él se dirige. Y esta congregacion de fieles, que forma bajo la autoridad del Romano Pontífice, es la única institucion, que tiene el carácter ostensible de obra especialmente divina y por lo tanto digna de extraordinario y universal acatamiento.

Propia esta declaracion de mis sinceros sentimientos, la he creido necesaria en este lugar y tiempo, consultando la delicadeza propia del asunto de este discurso que ha suscitado juicios tan variados y profundos como importantes y contradictorios.

En primer término, se me puede hacer la siguiente objecion diciendo: ¿por qué entre los hechos liberales colocais á la Union Católica? Esta institucion

formada por hombres, que antes de todo y por cima de todo quieren ser católicos, bendecida por los Obispos españoles y aprobada por Su Santidad, ha proclamado que prescindía de toda política para ser más católica y defender mejor los intereses religiosos; á esta institucion, pues, se pone injusta y arbitrariamente en la picota del liberalismo.

Sucede, Señores, con las objeciones lo mismo que con las calumnias, que se hacen en pocas palabras y no se contestan sino con muchos y extensos razonamientos.

Ante todo, conviene advertir que tratándose de instituciones vivas, las aprobaciones de sus reglas y las multiplicadas bendiciones de los propósitos formulados no hacen impecables á los individuos que las componen, ni rectos todos los fines que puedan proponerse.

La Union Católica parece que ha desconocido esta verdad ó no ha sido hábil en su defensa.

A las muchas acusaciones, á los graves ataques que sus adversarios le han dirigido con tenaz empeño y aguda intencion, apenas si ha opuesto otro escudo que el de las aprobaciones y bendiciones; cuando lo natural era oponer razon á razon y defenderse en el campo mismo del ataque, sin elevarse para evitar los golpes de sus enemigos á la region sagrada de la autoridad eclesiástica, impropia del carácter seglar de sus iniciadores y fundadores.

En nuestra querida España, en la cual en tan alto grado se conserva aún el sentido cristiano, ha tenido desde su origen la Union Católica tres gravísimos inconvenientes.

Era de nombre el primero; pues aunque según los franceses el nombre no hace la cosa, sin embargo, no podía ménos de recordar tal nombre el de la *Union liberal*, partido político que cruzó el horizonte español dejando en pos de sí las ruinas de una revolución.

El segundo pertenecía ya á la esencia del propósito.

Es tan sustancial la union á los católicos, que sin ella no podrían gloriarse de pertenecer á la Iglesia, que tiene por fundamento un Dios, una fe, un bautismo; y por divisa el *ser una*, santa, católica y apostólica; es decir, una en su cuerpo, que es de Cristo, una en su espíritu, que es de Dios, una en su fe, en sus sacramentos y en su autoridad por toda la redondez de la tierra, una en su origen apostólico por la serie no interrumpida de sus Pastores. Más union, más unidad es imposible; todo lo demás que se intente ha de ser por lo ménos inútil.

A esta consideracion no se oponga la de que se trataba de otra union externa, accidental y social para defender los intereses católicos y ayudar á la Iglesia públicamente en las obras católicas, porque esto no se hace faltando á la primera condicion de la unidad, que es la homogeneidad.

El último de los inconvenientes con que se presentó ante nosotros la Union Católica, nacida sin duda del desconocimiento de los anteriores, fué el de las reservas episcopales, al bendecirla unos Obispos y al escusarse otros.

Bien es verdad que este último pudo desaparecer con la aprobacion Pontificia; mas como esta no recaía sino sobre las bases oportunamente dadas por el

Cardenal Moreno, quedaban todavía al descubierto los demás y sobre todo la obra primera y predilecta de los Asociados, su periódico *La Union*.

Este adalid de la Union Católica, colocado en el estadio de la prensa, debía conquistarle la adhesión general, dando á conocer el pensamiento laudable de la institucion y las obras católicas, que iba realizando.

Mas por desgracia ha sido la de discordia, lanzada á las puertas del Santuario, donde se conservan las tradiciones patrias y el fuego sagrado de la religion, que inflama los corazones españoles. Por eso en vez de union ha sido la causa de mayor division y en vez de la paz ha traído guerra fratricida.

La Union Católica se ha desautorizado por sí misma: primero, al ponerse en contradicción con sus bases, hablando en público de política y de política *non sancta*.

Segundo, al tratar como á enemigos á los católicos que la contrariaban; pues pudo desmentirlos con la abundancia de buenas obras y la integridad de la doctrina.

Tercero, al continuar publicando *La Union*, cuando por Autoridad competente se dijo que las Asociaciones religiosas no tuviesen publicaciones políticas.

Y cuarto, al presentarse como liberales conservadores sus miembros más conspicuos.

No es posible mayor desautorización que la que se ha echado encima la Union Católica al separarse de su objeto, no hacer cosa buena, desobedecer á la Autoridad eclesiástica, que había invocado, y pasándose al campo de la política *ministerialmente*.

Si yo hubiera tenido algun día la imprevision de creer lo que en su defensa ha dicho la Union Católica, no podría ménos de decirle ahora:

Al ser combatida y perseguida te comparaste con la Compañía de Jesús; cuando tus buenas obras no han prosperado, has dicho que tus enemigos las impiden; y cuando te han acusado de ser lo que eres no has sabido más que contestar: tenemos las bendiciones del Episcopado, estamos con el Episcopado; pues bien, podrás aún volver á tu *inmaculado esplendor de origen*, si consigues parecerte á la Compañía de Jesús, que á mayores persecuciones ha tenido más vida y aprobaciones; demostrar con tu fecundidad permanente la prudencia del consejo, que dió al Sinedrio de los judíos Gamaliel, y, por último, implorar de nuevo y conseguir las bendiciones de los Obispos, como prueba del cumplimiento fiel de los propósitos manifestados y de la injusticia con que has sido contrariada.

Si todo esto lo consigues, tu victoria es completa; si no puedes, ni aún intentarlo, es porque te faltan hasta las señales de vida; no es ya necesario que tus enemigos pidan tu disolucion; estás cadaver y no falta más que conducirte al sepulcro y poner sobre la fúnebre losa por epitafio aquellas palabras con que fuiste saludada á tu aparicion:

Aquí yace

La des-Union-católica

*espantosa calamidad*

(mestiza).

(He dicho). Bien, bien, descanse en paz, dicen algunos.

*El Sr. Plácido pide la palabra.*

*La tiene su Señoría.*

Yo, Señores, después de lo que ha dicho el señor Teófilo, nada tengo que decir en defensa de la Union Católica, pues ella misma se defiende por el elevado y piadoso fin, que se ha propuesto y por la proteccion que le dispensa el Episcopado; sólo diré que siento mucho ver á mi amigo oponerse á las obras católicas y contribuir á las perturbaciones que todos lamentamos.

Y hecha esta manifestacion, declaro además que tengo el honor de pertenecer á la Union Católica y de estar al lado de los Obispos en todo y por todo. *(He dicho).*

*Pido la palabra, dice el Sr. Teófilo.*

*El Presidente: la tiene su Señoría.*

Quiero haceros la justicia, señores Diputados, de que habeis comprendido bien, que yo he hablado de la Union Católica real, que vivía en la casa de Astraena, y mi amigo habla de la supuesta ó intencional, que fué la única aprobada; las obras de ésta no pueden aparecer, las de aquella todos las hemos visto y en primer lugar la formacion pública del partido de la Confusion, que es el católico-liberal (1).

Los católicos españoles, más ó menos resignados, vivían en paz, cuando vino á turbarla insidiosamente la Union Católica, pretendiendo llevarlos á las gradas de un trono liberal; y en esto ha consistido la habilidad de los mestizos y el gran secreto de la política canovista.

Mas en medio de tantos males no ha dejado de producir algunos bienes esta conjuracion católico-li-



beral, que ha demostrado el enlace íntimo, que existe entre la política y la religion; pues los que dijeron que prescindían de aquella, para defender mejor ésta, han caido en la peor de todas las políticas, dando así testimonio á la verdad y la razon al Cardenal Pié, que ha dicho: *todo el que asegura que no tiene política es un pillo, que la tiene mala y quiere arrastrarme á ella* (2).

Ha probado tambien la dichosa Union otra verdad importante: que las personas, por buenas que sean y excelentes católicos como el Sr. Pidal y sus colegas, nada bueno pueden hacer dentro del régimen del liberalismo, en el cual solo son poderosos los hombres con el poder de la destruccion. Y esto es muy digno de tomarse en cuenta por los que aún padecen la ilusion liberal-católica.

Y, por último, se está probando teórica y prácticamente que no se puede profesar la política católica, sino dentro de los principios íntegramente católicos y con las personas y cosas que en ningun modo sean liberales.

Como esta última verdad es de suyo importantísima, la expondré con la venia del Sr. Presidente en la sesion inmediata,

*El Presidente: Ha terminado la sesion: continúa el mismo debate!*

## EN EL SALON DE CONFERENCIAS.

*¡Pobre Union Católica! ¡pobre Plácido! decia Julio, que ha quedado peor que tú, Alvaro!*

*—Si, que tú quedaste bien al tomar la defensa de tu Papá y compañía, replica éste.*

— ¡Pues y Pidal y los mestizos, exclama Rufino, no quedan en berlina! Es verdad, que ellos se han puesto.

Llamarse católicos, hacerse bendecir por los Obispos y llenar el mundo con su fama para venir á refundirse en un Ministerio liberal es cosa nunca vista; y si al menos estuvieran en él con sus principios y haciendo de las suyas, ménos mal; pero tienen que hacer lo que agrada al amo, creer lo que dice el amo y confesar todo el credo conservador-liberal, como lo ha compuesto el amo; mayor sumision nadie la hace: no sé como Pidal, no ha dimitido ya mil veces.

— Si tu no lo sabes, dice Gonzalo, te lo voy yo á decir segun me lo ha contado un amigo. Era tanto el deseo que tenía Pidal de ser Ministro, que ha sido mayor que el de ser católico y eso que este es grande; por eso escuchó con gusto las proposiciones de Cánovas é hizo el llamamiento á las honradas masas, y no ha dejado la cartera, ni aun cuando le obligaron á ser pertiguero y echar del púlpito al P. Mon. Después, para no dimitir en otras ocasiones, (como los hombres notables no obran sin razon suficiente, continuaba mi amigo) ha tenido una razon cómica y otra filosófica: la primera está tomada de un mal autor de comedias que por presentar una escena interesante mató en el primer acto al protagonista y no pudo continuar su obra; la segunda es por no parecer tan liberal como dicen sus compañeros, y así no cede á la opinion pública, que le ha dimitido varias veces; pues esto seria muy liberal. Si hubiera dejado la cartera ¿quién habia de continuar la obra mestiza? ¿quién habia de realizar la mision que ha traído Pidal al ministerio?

— ¿Y qué mision ha sido esa, pregunta Rufino?

— La que se toman todos los liberales.

— Es que yo creí que habia traído alguna de Roma, cuando estuvo alli antes de ser ministro.

— En Roma no se dan misiones liberales; sino que desagrada el escándalo de los mestizos y el ver que á espaldas de la Santa Sede están apoyando y defen-

diendo los hechos liberales, según rezaba mi dicho amigo en estos versitos:

Que un liberal liberalice,  
Lo puede hacer  
Menos mal, si llega á ser felice:  
Mas que el católico,  
Que por Obispos se bendice,  
En su obra le ayude,  
¿Quién hay que no se escandalice?  
Tal, cual..... y Pidal.

### CONCLUSION DE LA 2.<sup>a</sup> SERIE: SESION 4.<sup>a</sup>

*Abierta la sesión, dice el Sr. Presidente: tiene la palabra el Sr. Teófilo.*

*El Sr. Teófilo sube á la tribuna y empieza diciendo:*

Antes de ocupar en esta noche esta tribuna, he observado, Señores, el estado atmosférico, he inspeccionado la situación de la corte y he registrado los pabellones del jardín, por temor de que amenazara una tormenta, estuviéramos próximos á un pronunciamiento y se urdiera un motin; y motin, pronunciamiento y tormenta estallaran en este momento de mi discurso, al hablar, directamente, en medio de gobiernos, hombres y opiniones liberales que nos rodean, á favor de su enemigo más temible, á favor del tradicionalismo.

Seguro, pues, de que la atmósfera está serena y de que por ahora no amenazan pronunciamientos y de que el Sr. Baron es un buen caballero, que no había de permitir en su casa una emboscada; y seguro también de que vosotros, aunque seais la mayor parte liberales, al fin sois de los que no han perdido del todo la razón, y prueba de ello es que os reunís

aquí con el ánimo de investigar la verdad política; seguro, pues, de todo y esperando me oireis sin prevención y sin preocupacion, me decido á someter á vuestro imparcial juicio la proposicion siguiente:

Que los tradicionalistas españoles son los únicos, que representan en España la política íntegramente católica, porque no admiten el liberalismo, se oponen á todos sus grados y se sujetan á las enseñanzas de la Iglesia, sin pretender usurparle sus derechos y prerogativas.

La palabra *partido* se aplica impropriamente á los tradicionalistas, porque ellos no forman una bandera al modo liberal, sino que son y representan á la España, que no se ha liberalizado, que no se ha separado de su religion y de sus gloriosas tradiciones; representan y son los españoles que viven de sus trabajos manuales ó intelectuales, que viven de sus profesiones y no del medro político, argumento poderoso que ha convertido tantos hombres al liberalismo. Y siendo lo que son los tradicionalistas, en tanto se puede decir que forman un partido, en cuanto siguen la bandera de D. Carlos en oposicion á la de los liberales.

Es claro que en este sentido forman los carlistas un partido eminentemente político; pero este partido político, que tiene muy bien definidas su naturaleza y propiedades, se declara católico, es decir, que los tradicionalistas, como particulares y formando un cuerpo político, se someten á las enseñanzas de la Iglesia, no sólo en el orden religioso sino tambien en el político que con él se relaciona; y como esto no lo hace en España más que el partido tradicionalista, por

eso, sólo él representa la política íntegramente católica.

Si se recuerda en lo que consiste principalmente el liberalismo, que es en proclamar la independencia de los Estados en sus relaciones con la Iglesia, se comprenderá que los tradicionalistas al declararse como políticos hijos obedientes de la Iglesia Católica, rechazan no solo el liberalismo, sino hasta la sombra de él, presentándose, por lo tanto, exclusivamente católicos.

Y no satisfechos con esto procuran como buenos hijos el honor de su Madre, y así la defienden de sus enemigos, que son en los países católicos los liberales de todos los grados. Y es natural que al defender á la Iglesia, lo hagan también de su causa, que se halla unida á la misma, y no confundida, como no puede estarlo, porque la una es espiritual y material la otra.

Limitándose los tradicionalistas á defender su *causa política*, juntamente con la *causa católica* de la Iglesia, es evidente que son *político-católicos*; y como de su clase no hay otro género en España, resulta que ellos solos son el partido, que se puede llamar íntegramente católico; porque ni en su causa, ni en su defensa, ni en sus miembros permite cosa alguna liberal, antes bien combate todo liberalismo.

Cuando se ve que los tradicionalistas acatan las enseñanzas de la Iglesia ¿cómo no han de hacerlo de sus derechos y prerogativas, que son necesarios para la eficacia de su Magisterio divino?

Si el liberalismo, por una contradicción de su espíritu, llegara á respetar las prerogativas y derechos de la Iglesia, ya no sería liberalismo.

Por ejemplo, si el partido conservador que manda ahora en España dijera: soy gobierno de una nacion católica, seguiré ordenando lo de mi propia esfera, pero lo que se relaciona con las cosas espirituales es necesario arreglarlo con la Iglesia; vamos, pues, á ver lo que quiere y ordena el Soberano Pontífice sobre estos particulares.

¿Quiere Su Santidad para España la libertad de cultos? Nó; que ya nos reprobó el artículo 11 y lo mismo dice el Concordato.

¿Quiere Su Santidad la enseñanza racionalista y herética como la damos en las Universidades? Nó.

¿Quiere que con nuestra amistad hacia los italianos autoricemos el despojo que le han hecho y la persecucion que le hacen? Nó: que esto se opone á los derechos soberanos de la Iglesia.

Pues si nada de esto quiere Su Santidad, nosotros tampoco lo queremos.

Está muy bien, Señores conservadores; ya no sois liberales; yo os felicito. No habeis aniquilado á los tradicionalistas; sino que habeis aumentado su número.

Perfectamente; ya no es Cánovas el gran mestizo; ya puede Pidal *tuta conscientia* permanecer en el ministerio de Fomento, sólo que debe desdecirse y oir á los Obispos en materia de enseñanza y santificación de las fiestas y en lo de la tolerancia *per se et per accidens*.

Empero si nada de esto dicen, ni hacen los conservadores, entonces que no acusen de laicistas á los que respetan y veneran los derechos de la Iglesia y sus divinas enseñanzas; entonces que sus capellanes

no escriban obras para probar lo que no puede probarse: que hay liberalismo inocente y no condenado y que el integrismo es una secta (1), cuando hasta los hechos demuestran que es lo contrario, que es la España Católica que se levanta á condenar las sectas liberales, inclusa la mestiza que la desgarran y arruinan; entonces, ya que no tengan el valor de confesar la verdad, que respeten al ménos á los que le tienen y con el valor la santa intransigencia de la verdad misma.

¡Fuera, pues los mestificadores é hipócritas, los que sin ser liberales de corazón, aparentan liberalismo por mandar! ¡Fuera los que sin ser católicos íntegros aparentan catolicismo para que no se les eche del templo á latigazos! ¡Fuera todo lo que no sea catolicismo puro y liberalismo neto, para que se deslinden los campos, se pueda dar la gran batalla y triunfe la verdad, huyan las tinieblas y brille la luz; desaparezca la confusión y queden á un lado los revolucionarios y al otro los católicos! Reine Cristo sobre nosotros y Belial sobre los suyos, y nada tengan que ver los hijos de Dios con los que prefieren el poder de Satanás.

*(¡Bien! ¡bravo! ¡muy bien! repetidos y prolongados aplausos; las Señoras arrojan al orador los ramos de flores, que poco ántes habían cogido del jardín. El triunfo de Teófilo parece completo; sólo Plácido y algunos que le rodean permanecen silenciosos y reservados).*

*El Sr. Rufino; pide la palabra.*

*La tiene su Señoría, dice el Presidente.*

El Sr. Rufino:

Me levanto, Señores, para declarar muy alto, que, según opino, el Sr. Teófilo lleva razón contra los

liberales, pero no la lleva contra los demócratas, es decir, que ha probado completamente los errores y las falsedades de hecho que vienen cometiendo los partidos medios, desde los mestizos hasta los demócratas monárquicos, ó sea, desde la mesticería religiosa hasta la mesticería política; pero nunca demostrará que la democracia pura está comprendida en sus graves censuras; porque nosotros somos lógicos como lo haré ver en ocasion oportuna.

Y hecha esta declaracion me voy á permitir hacer una pregunta al Sr. Teófilo.

Ya que su Señoría con tanta firmeza y acierto viene exponiendo la necesidad de echar fuera á todos los gobiernos liberales, para reemplazarlos con otros que se llamaran y fueran de verdad católicos, ¿quiere su Señoría decirme lo que exigiría de estos gobiernos para quedar satisfecho de su política? Porque yo creo, que en su concepto un gobierno debe de ser una Cofradía de la Iglesia católica.

*El Sr. Teófilo:* después de dar las gracias á su Señoría por la especie de reconocimiento que hace de la bondad y verdad de mis propósitos, voy á satisfacer sus deseos contestándole que es poco, muy poco lo que los católicos pedimos á los gobiernos; *les pedimos sólo que no destruyan;* que hagan por la fuerza del derecho, lo que por la fuerza de la persuacion hace la Iglesia; y ésto porque los gobiernos son ministros de Dios para el bien y no en vano tienen la espada.

No les pedimos que se conviertan en propagandistas de la religion; ni que se pongan las mitras y las estolas para echar bendiciones y administrar los



sacramentos, no le pedimos ésto, ni podemos pedirselo; porque todo esto compete á la Iglesia, que tiene sus Misioneros, sus Sacerdotes y sus Obispos para convertir, apacentar y regir las almas.

Pedimos y debemos pedir á los gobiernos, que no impidan la accion de la Iglesia, respeten sus derechos y acaten sus privilegios divinos; y que contengan á los perversos que los desconocen y castiguen á los que atenten á las cosas sagradas de obra ó de palabra.

Estos son los deberes del Estado para con la religion, si quiere ser Estado cristiano y justo; pues no podría ser ni lo uno ni lo otro, si no se somete á la disposicion divina de la superioridad de la Iglesia; y si no castiga los delitos contra Dios, que es el primer acto de justicia que ha de hacer toda autoridad.

Mas como el liberalismo ha falsificado las verdades, que no ha negado, resulta pervertida por él la nocion del Estado, que en su concepto no es un hecho natural, no es una institucion ordenada por Dios para el bien de la sociedad, sino un organismo general que garantiza toda la vida del derecho (2), es decir, en términos ménos Krausistas, es un compuesto de voluntades humanas para realizar todas sus actividades. En este sentido el Estado no tiene que mirar más que á los hombres y hacer y permitir todo lo que éstos quieran, reconocer y consagrar la libertad más esencial de todas las libertades, la de conciencia; más claro, el Estado segun los filósofos liberales, nada tiene superior, ni derecho natural, ni divino, ni Iglesia, porque Él es la fuente de todo derecho, es el *Dios nuevo* de la *nueva humanidad*.

A un Estado semejante nada podemos pedir los católicos; empezariamos por considerarle infiel y hasta que aprendiera la doctrina cristiana y reconociera los derechos de la Iglesia, no le exigiríamos más que igualdad y justicia; pero el día que llegara á ser católico, como dice serlo al presente el Estado español, le pedimos que cumpla con la Iglesia lo mismo que el último católico, que reconozca su divinidad y su superioridad, que por medio de su accion y de sus leyes, que han de ser católicas, proteja y defienda á la Iglesia de los incrédulos é impíos, y que teniendo como la Iglesia caridad y compasion de éstos, no les autorice, sin embargo, ni á blasfemar de Dios, ni á renegar en público de la fe, ni á perturbar las conciencias cristianas; pues porque no se molesten un centenar de herejes ó incrédulos españoles, vamos á sufrir tantos millones de católicos, que tenemos derecho á servir á Dios en España y de vivir católicamente, sin que nuestra fe sea escarnecida y sin que se expongan á perderla los sencillos, que por sí no pueden defenderse.

Y después de cumplir el gobierno con este deber para sus gobernados y para la religion, que es tambien la suya, segun cantan las leyes, no tema el señor Teófilo que se parezca á una Cofradía, pues tiene mucho que hacer un gobierno en sus asuntos propios para promover el bien comun y temporal de todos los españoles; que por cierto tanto descuidan los gobiernos liberales, que solo atienden al bien particular suyo y al de sus amigos. *(He dicho).*

*(Aplausos; es la verdad, muy bien, dicen algunos.)*

*El Sr. Presidente: para el turno inmediato tiene la palabra el Sr. Rufino.*

## EN EL SALON DE CONFERENCIAS.

---

*Gracias á Dios, Justo, que tenemos el placer de ver á V. por aquí, decía Gonzalo; siempre va V. adherido como la sombra al cuerpo de Teófilo. Tenía deseos de decirle que su formalidad me va formalizando, y que la elocuencia insinuante de Teófilo me va preparando, no sé si á declararme carlista ó hacerme capuchino; pero todavía tengo mis dudas, que tal vez V. como amigo de Teófilo y participante de sus convicciones, podrá disipar.*

*Lei hace poco la obra del P. Sanchez sobre los intransigentes y es lo cierto que á pesar de no ser más que un almacén de erudición comentado á su modo, dejó en mi ánimo algunos temores; y como luego decía sentenciosamente que la Iglesia no había pronunciado el Si quis dixerit liberalismum mere politicum non esse damnatum, anathema sit, la verdad es que dudo de si se podrá ser liberal de algun modo y no ser intransigentes tan extremados y obstinados como los que allí se pintan con tendencias al cesarismo, etc.*

*Además, el ver á notables católicos metidos en los gobiernos liberales también es cosa, que merece la pena de tenerse en cuenta. Y por último, la libertad de conciencia, que parece una condicion necesaria de los tiempos en que vivimos, es otra cosa que no puedo compaginar con el rigor de la tesis católica.*

*—Muchas dudas, contesta Justo, tiene V. después de haber oído á Teófilo que ha explicado satisfactoriamente estos puntos. Sin echarla yo de maestro, ya que V. me favorece tanto al creer que puedo ayudarle á salir de ellas, le diré que el P. Sanchez, en la obra que V. cita, hace un esfuerzo de rigor teológico para buscar una salida á la proposicion general que defiende y no lo consigue; porque la Iglesia no condena, ni puede condenar suposiciones; y es una suposicion gra-*

tuita esa del liberalismo meramente político, que ni existe, ni podrá existir. Prueba: el llamado liberalismo sólo político consistiría en el poder que tienen los gobiernos de tomar estas ó las otras formas, ó en dar á los pueblos más amplitud ó libertad en este ó aquel ramo de la administración de justicia ó de la ejecución de las leyes; es así que la Iglesia no puede condenar estas atribuciones propias de los gobiernos, porque en ellas no se da el liberalismo, que es uno solo y político religioso como lo demostró cumplidamente el señor Teófilo; luego el P. Sanchez ó no ha comprendido la naturaleza del liberalismo, como otros capellanes, ó ha buscado en vano el medio de que el que no está con la Iglesia está en contra de la Iglesia.

Hagamos la justicia al P. Sanchez de que reconoce bien que el liberalismo está condenado y que no es lícito el seguirlo; pero que para tranquilidad de algunos no invente otro pasadero ó inocente que no puede haber.

Acerca de los intransigentes, V. ha dicho bien que están en dicha obra pintados; en la realidad no existen; por fortuna los intransigentes no han soltado las prendas que los mestizos, y así no pueden como éstos ser cogidos por ellas.

Por ser los hombres católicos no dejan de tener pasiones y de estar sujetos á error; si movidos por las primeras caen en el segundo, por notables que sean no pueden disminuir la fuerza de la verdad, ni quitar á la Iglesia su autoridad, y á ésta es á la que debemos seguir y no el ejemplo de las debilidades humanas.

Resta el punto capital, el de la libertad de conciencia tan amada de todos los liberales ¿y por qué? porque esta libertad viene á ser la emancipación de la conciencia de toda ley religiosa positiva y, por lo tanto, su independencia de la Iglesia, que intima y representa las leyes divinas.

Además, con la libertad de conciencia adquieren los hombres un derecho á vivir como les agrada y á pasar por personas decentes en sociedad sin cumplir

deberes religiosos. Todo esto explica el empeño de los Maestros liberales en sostenerla y preconizarla.

Un testimonio valdrá por mil; es del (I.º y P.º. H.º. Paz) Sagasta, que en su último discurso felicitaba á la Union Católica, porque habia venido al campo conservador-liberal aceptando la libertad de cultos; pues salvada esta, decia, no hay que temer á la reaccion, ni el que se pierdan las otras libertades. Magister dixit.

Si esta es la suprema alabanza que se ha hecho á los mestizos, debe ser, sin duda, su mayor pecado la causa dada para ella; y en efecto, el aceptar este hecho consumado y otros, igualmente contrarios á las enseñanzas de la Iglesia y derechos del soberano Pontífice, no sólo los ha presentado como liberales, sino lo que es más ignominioso, ha declarado su pública apostasia.

Me parece que habrá depuesto ya el Sr. Gonzalo las dudas que abrigaba y que se puede decidir á uno de los casos que decia.

—Es verdad, que tantas razones y tan poderosas me tienen casi decidido: yo nunca habia oido argumentos y pruebas tan fuertes contra el liberalismo y no lo consideraba tan perverso como ahora se me presenta.

—¡Pero hombre, repone Alvaro, que todos estos tradicionalistas sean lo mismo y tan obstinados como los puritanos de Escocia! Habeis oido á Justo como si fuera un eco de la voz de Teófilo.

Veremos que tal te portas, Rufino; en tus manos parece que se halla la causa de la libertad; si no la defiendes con mejor éxito que nosotros, no sé lo que vamos á hacer.

—Pues armar, dice Julio, la partida de la porra y, si no basta, la milicia nacional con su correspondiente himno de Riego.







## CONTINUÁN LAS SESIONES

DEL

# PARLAMENTO LIBRE.

---

## PERSONAS LIBERALES.

---

### SÉRIE 3.<sup>a</sup>: SESION 1.<sup>a</sup>

---

*El Sr. Presidente abre la sesión: tiene la palabra el Sr. Rufino. En el jardín se hallan muchos menestrales convidados por los domésticos del Sr. Baron, porque va á usar de la palabra el defensor de los derechos del pueblo.*

*El Sr. Rufino:*

La democracia es la envidia.

PROUDHON.

Estas palabras ha dicho el hombre más envidioso del universo; el que por ser un miserable odiaba á los demás y decía que la propiedad es un robo; el que por ser un impío aborrecía á Dios, diciendo que era el mal. Hombres de esta clase, oprobio del género

humano, no han debido existir para honra de la humanidad.

No; la democracia no es la envidia, es el gobierno de la sociedad por los hombres que la forman; es el llamamiento del pueblo á participar de los gozes de la vida y de los bienes de la tierra, que Dios ha creado para todos los hombres; la democracia es el reinado de la igualdad y de la fraternidad universal inspirado por la libertad.

Esta es la democracia.

Después que los hombres han sufrido desde el yugo de la esclavitud hasta el de la tiranía, desde el yugo de la miseria hasta el de la ignorancia, era tiempo de que cesaran tantos males y se completara la redencion con la total emancipacion del hombre.

La democracia está llamada á realizar este prodigio de la civilizacion moderna.

Por medio de los derechos políticos concedidos á todos los ciudadanos representarán la autoridad los más dignos y capaces; por medio de la prensa libre se formará la verdadera opinion del pais y tendrán eco las verdaderas necesidades, y teniendo en ella correctivo el agio y la arbitrariedad, se estirparán los abusos; y por medio de las libres discusiones en las asambleas populares se ilustrarán todas las cuestiones y se aceptarán las reformas convenientes y útiles.

La enseñanza generalizada en todos sus ramos y con aplicacion á las artes y á la mecánica, dada por escuelas gratuitas, academias y universidades, ha de contribuir poderosamente al progreso y á la actividad inteligente de los ciudadanos.



La riqueza pública bien administrada; la equitativa distribución del producto líquido del capital y del trabajo; la creación de talleres municipales para ocupar á los trabajadores excedentes y hacer la competencia á los burgueses egoistas, todo esto ha de aliviar la suerte del pueblo, mejorar su condición y hacer que el cuarto estado ocupe en la sociedad el puesto que le corresponda.

Ya no más privilegios; ya no más derechos, que se opongan á los derechos del pueblo soberano; ya no más desigualdad irritante que permita á unos hombres gozar de todo, en tanto que otros nada tienen, sino hambre y miseria; ya no más despotismo de una burocracia, que vive á expensas del país consumiendo el sudor de honrados menestrales y agricultores; ya no más ejércitos, que lo mismo turban la paz con sus pronunciamientos para conseguir empleos, que sostienen la tiranía que les paga; el pueblo debe tener las armas para defender sus hogares y la libertad y la integridad de la patria.

El pueblo ha de serlo todo, y todo lo que no sea el pueblo, nada.

*(Grandes aplausos).*

Hasta que esto se verifique, no tendrá su advenimiento la era de la democracia pura, que Castelar ha anunciado con su elocuencia, ensaya Pí con su pacto sinalacmático y pone en práctica Zorrilla con su portentosa actividad.

Entonces Roberto Owen, Saint-Simon y Fourier serán los maestros del pueblo, porque sus teorías depuradas de la escoria individual y fantástica, serán el fundamento del verdadero socialismo democrático.

Acabo de decir *socialismo democrático*, y debo explicar lo que por él entiendo; porque según mi parecer este es el único gobierno que conviene al pueblo y el único que ha de respetar todos sus derechos y libertades.

Por socialismo democrático entiendo no sólo que la sociedad sea directamente gobernada por el pueblo, sin distinción de clases y sin vivir unos hombres á expensas de otros, sino también que la sociedad tenga el cuidado de cada uno de los ciudadanos como el padre de sus hijos.

Y para hacer posible este régimen social sin atacar de un modo directo la propiedad, se iría estableciendo á la muerte de los actuales propietarios la propiedad colectiva municipal, formada con las herencias de los que fueran propietarios forasteros y con la de los que siendo vecinos murieran sin hijos ó descendientes. De este modo no habría más propietarios que el municipio y los vecinos de él; y á medida que el Municipio fuera ensanchando su propiedad, iría procurando con sus establecimientos, talleres, fábricas y agricultura mayor protección y comodidad á todos los vecinos.

Este sistema que se podría plantear por la primera ley, que dieran las constituyentes populares, lleva consigo la ventaja de ir disminuyendo los grandes capitales en beneficio de los pobres y reducir los grandes centros de población, que viven de la sangre de los pequeños; pues en el sistema actual las ciudades viven de los pueblos, y la corte de las ciudades, como el gobierno vive de los empleados; los empleados del pueblo que paga; y el pueblo no vive de nada,

porque se muere de hambre, si no trabaja y se esclaviza.

*(Aplausos, así es: queremos el socialismo democrático, gritan mil voces; nuevos aplausos prolongados).*

*El Presidente, tocando la campanilla, exclama: silencio, Señores, que esto no es un meeting; silencio!!!*

*Puede el orador continuar.*

*El Sr. Rufino:* Vuestros aplausos y aprobaciones, hijos del pueblo, me convencen de la bondad de mi sistema, ya que de su verdad estaba yo muy convencido por haberlo estudiado á la luz de la ciencia y de la experiencia.

De hoy más no trabajaré sino para hacer la felicidad del pueblo con mi sistema del *socialismo-democrático*, que salva todos los derechos y responde á todas las necesidades de la civilización y del progreso.

Los sistemas democráticos hasta aquí ensayados han demostrado en la práctica su insuficiencia.

La república de Castelar se convirtió en una aristocracia sin pergaminos; sin cortar ni aún los privilegios de las censantías ministeriales, que muy á su gusto vienen disfrutando esos ciudadanos.

Las de Pí y Salmeron perecieron antes de nacer, porque fueron concebidas en el pecado de las abstracciones filosóficas.

La de Ruiz Zorrilla no introduce esas formas radicales, que son necesarias en las clases, en la propiedad y en el régimen; pues se parece á una monarquía sin rey, que disminuyera los grandes empleados para aumentar el número de los pequeños, despertando así mayores ambiciones. Sólo la república social democrática es la que no presenta ninguno de estos inconvenientes, salva todas las dificultades y

ofrece á los pueblos abundancia de paz, de prosperidad y bienestar, de que tan privados se hallan.

*(Aplausos repetidos y continuados).*

Voy á concluir, Señores, dando un consejo al pueblo y otro á los gobiernos; á estos diré que no impidan el desenvolvimiento de las ideas democráticas, impidiendo la libertad; pues es tal la fuerza del espíritu democrático que la revolucion ha encarnado en los pueblos, que si no sigue el curso natural de su progreso para difundirse por todas las instituciones y se le contiene, romperá los diques y con la fuerza de los torrentes inundará á la sociedad por medio de *la anarquía, del comunismo y de la mano negra*, que son las consecuencias lógicas, pero terribles de la revolucion no satisfecha.

Y al pueblo, y al sufrido pueblo, le diré que espere; que no está lejano el dia en que el *socialismo-democrático* ha de triunfar de todas las injusticias y arbitrariedades de los falsos liberales, y ese dia será la aurora de la felicidad popular; porque desde ese dia no habrá más opresion, ni más miseria; sino que la libertad, la abundancia y las riquezas serán el patrimonio de los desheredados de la fortuna. *(He dicho).*

*(Prolongados y ruidosos aplausos saludan al orador).*

*El Sr. Teófilo pide la palabra.*

Con verdadera sorpresa acabo de oír, señores Diputados, á mi amigo Sr. Rufino, el cual por un resto de buen sentido ha condenado las aberraciones de ciertos hombres extraviados por la política sin Dios; y por la especie de alucinacion que sufre él por

la democracia ha incurrido á su vez en extravagancias semejantes á las que condena.

¡Tales son las contradicciones, en que caen los que no tienen principios fijos!

Aunque con la brevedad posible, voy á probar á su Señoría que la democracia es más que la envidia, es la inversion del orden social, atribuyendo á las personas el poder de los principios, para someterse al fin á la llamada voluntad general.

Los hechos demuestran palpablemente que la democracia moderna ha nacido de la guerra hecha á las clases privilegiadas para sustituirlas en sus representaciones y en sus fortunas; y esta guerra supone más que la pasión de la envidia, supone el odio á todo lo que se levanta un poco de la superficie ordinaria de la sociedad; así el clero y la nobleza han sido las primeras víctimas de la democracia; mas no tanto se ha combatido á las clases, cuánto lo que éstas representaban: el apoyo de los tronos y el sosten de la Iglesia.

Así se ha abierto paso la democracia para destruir el principio de autoridad, porque ella en su esencia es el espíritu de rebeldía.

No ha nacido la democracia de un sentimiento generoso y de una idea elevada; no ha manifestado fuerzas expansivas, sino para destruir; todavía no se ha visto á unos cuantos demócratas, entusiasmados por sus ideales, dejar á sus compañeros el arreglo popular de España y abandonando ellos patria y familia, pasar al África ó á la China para libertar á los hombres del yugo de Sultanes y Mandarines y hacerlos demócratas; como aún no han hecho esto y la

bondad de los sistemas no se ha de juzgar por lo que destruyen, sino por lo que edifican, resulta un juicio muy desfavorable para la democracia, que no ha hecho más que derribar instituciones, perturbar las sociedades é invertir el orden natural de las cosas.

Y si esto no es así ¿dígame el Sr. Rufino lo que en lugar de los principios sociales, que dicta la razón y son el fundamento del derecho, ha puesto la democracia? Ha puesto, dirá su Señoría, la personalidad humana. ¿Pero para que sea protegida y enaltecida, ó para que ella sea la causa y base de todo derecho? Para que se rija y gobierne conforme á su voluntad; añadirá su Señoría. Sin comprender que acepta por esto mismo los sueños de Rousseau y los delirios de la impiedad, que quiere sociedades sin Dios formadas al acaso, como una compañía industrial.

Esta es la inversion del orden natural, cuando, por el contrario, la voluntad de los hombres ha de ser regida por la ley; la ley ha de ser ordenacion de la razón, y este orden ha de tomarlo del natural y de su expresion más alta, que es el divino positivo.

La democracia no lo entiende así; sino que, como se ve por el discurso de su Señoría, hace varias suposiciones y de ellas parte como de principios inconcusos.

Supone que la sociedad no tiene una organizacion dada; sino que es convencional en los hombres el vivir en sociedad y el someterse á la autoridad; supone que todos los hombres son iguales y aptos para todo; supone que de la prensa y de las discusiones ha de salir la luz de toda verdad, y supone, por

último, que el bien de los hombres y de la sociedad está en gozar de muchos bienes y libertades.

Suposiciones á cual más gratuitas, que tienden á borrar las diferencias naturales de los hombres, que por sus talentos y aptitudes no todos sirven para todo, y los que serían buenos para ser dirigidos, son malos para dirigir.

El periodismo y las elecciones, en que tantas esperanzas pone la democracia, no sirven más que para elevar á los mayores empleos á los más astutos y ambiciosos, y para erigir en Maestros de la sociedad á los más ignorantes y presumidos, cual suelen ser los escritores públicos; como el filósofo dijo de aquel que, segun era de presuntuoso, había nacido para periodista (1).

Su Señoría mismo no se ha librado de la exaltacion de la vanidad y del orgullo, que fomenta toda política liberal; pues, rechazando todos los sistemas de tantos republicanos, quiere poner sobre ellos como última panacea, que cure los males del pueblo, su *socialismo democrático*, que es un comunismo disimulado.

Pierda su Señoría las ilusiones: donde los hombres lo son todo como en la democracia, los principios nada son; y donde no hay principios que dirijan á los hombres, contengan sus pasiones y formen sus virtudes, no puede haber más que el reinado de las intrigas y el de la fuerza, que resuelve todas las cuestiones liberales.

Si su Señoría es algo observador, habrá notado que las oposiciones siempre llevan razon contra el gobierno y éste contra las minorías; porque cada cual

hace lo que puede y lo peor que puede, y así no cesan de repetirse con verdad y en toda regla estas palabritas:

—Tu no eres más que un bribon,

—A Diego le dijo Blas;

Blas á Diego:—Tu eres más,

Y los dos tienen razon.

Otra observacion, ¿nada dice á su Señoría el hecho de que en España sea lo mismo demócrata, que hombre impío-ó libre pensador? Pues esto indica que la democracia fomenta todas las concupiscencias y que para no hallar freno alguno, como el liberalismo, de quien es hija natural, se separa de la Iglesia.

Su Señoría es católico, segun hemos tenido el gusto de oírle, y, sin embargo, en su discurso democrático, ni una idea ni una palabra ha tenido de cristiano: esto patentiza la impiedad del sistema, no porque la forma democrática en sí sea anticatólica, sino porque en España se ha hecho solidaria del liberalismo, del racionalismo aleman, de la incredulidad general y de la masonería en particular.

¿Qué dice su Señoría? ¿niega esto? pues entonces será un mason engañado, que nada entiendo de masonería.

Si el Sr. Rufino, que abriga tan buenos sentimientos, movido por ellos quiere trabajar en favor del pueblo, debe hacerlo empezando por dar al olvido esas perversas y pretenciosas teorías, que en mal hora aprendiera de un catedrático, que recibe sueldo del Estado para enseñar, no para extraviar la juventud; deje tambien de frecuentar los círculos liberales y de leer periódicos volterianos, subvencionados por



las logias y los partidos enemigos de la verdad y del bien general; y cuando esto haya hecho y se penetre bien del espíritu católico, entonces verá las grandes y admirables soluciones que tiene la Iglesia para todos los problemas sociales; entonces verá que los pueblos oprimidos y enfermos ni pueden curarse ni libertarse, sino por el influjo de la Iglesia; entonces conocerá su Señoría que los males del pueblo no provienen de la falta de libertades, sino de la abundancia de los vicios, que la inclinacion al mal no cesa de producir; entonces, por último, se convencerá del error en que viven los herejes y los liberales al creer al hombre perfecto, y que le bastan las luces de la razon, para conocer toda verdad y seguir todo bien.

La doctrina católica enseña lo contrario; porque conoce la imperfeccion del estado en que se halla el hombre, conoce sus debilidades y tiene remedios para fortificarlas y para que desaparezcan las mayores imperfecciones; y remediado el hombre, lo es á su vez la sociedad.

No es esto decir que en una sociedad católica deje de haber abusos y hasta graves faltas; la diferencia está en que mientras en la sociedad liberalizada se toleran y en cierto modo están autorizadas por la impunidad, á causa del mando personal que se ejerce; en una sociedad católica, en la cual mandan las leyes más que las personas, se ven mejor reprimidas todas las faltas y cortados los abusos, que tienen que ocultarse además de la vista pública por la conciencia general que los reprueba, y rechaza á los culpables.

Si el Sr. Rufino y todos los señores liberales, que me oyen, comprendieran bien esta verdad, que acabó

de exponer, ella sola les haría abandonar un sistema, que al juez terrible de la conciencia pública, que no se atrevían á arrostrar los más osados criminales en otros tiempos, ha opuesto el de la opinion pública, que á nadie contiene en sus deseos; y más cuando el agiotista, el desfalcador, el que conspira y se rebela, pueden, al dia siguiente del triunfo, presentarse absueltos en la sociedad y mandar como Ministros á un jefe pundonoroso, generales que tuvieron la desgracia de faltar á sus juramentos y á la ordenanza (2).

Sociedad, que tal cosa permite y autoriza, no es sociedad, sino una compañía de industriales, que se ayudan para hacer su negocio.

Es cierto que en presencia de estas y otras cosas, que tanto abundan, se levantan los ánimos generosos y quieren pasar por cima de todo, para poner á todo su correctivo y organizar un gobierno en que no fueran toleradas tamañas injusticias; y de aquí establecer la democracia.

Mas si bien se nota, es huir de un precipicio para caer en otro, por el espíritu que anima á la democracia moderna.

En este sentido, de buen deseo con mal consejo, se explica tambien el liberalismo de muchos, que en presencia de la civilizacion y de las luces esparcidas por las ciencias, las artes y la reforma de las leyes y de las costumbres, que sin cesar venía la Iglesia impulsando, deseosos de más bienes y adelantos, se precipitaron á conseguirlos, no contando con la Iglesia ó postergándola. ¿Y qué ha pasado? ¿qué han conseguido? traer la corrupcion por civilizacion, el error por ciencia, y el despotismo por libertad; y ésto, después

de haber teñido en sangre la haz de la tierra y de haber destruido monumentos dignos de perpetua memoria.

Si el mundo se convenciera de que fuera del catolicismo no puede haber verdadero progreso, verdadera civilización ni verdadera libertad, de otro modo consideraría á la Iglesia Católica; pues la vida de las naciones civilizadas depende, como la de Alemania, de lo que tienen de cristianas; su muerte de lo que no es cristiano, como el socialismo que la amenaza.

Por eso, lo mismo que Rusia, ha recibido gratamente la Encíclica *Humanum genus* de Su Santidad contra la masonería, y aunque sean masones estos príncipes, como la masonería dividida tienda al socialismo, quieren defenderse de sus antiguos hermanos. (*He dicho*).

(*Ruidosos aplausos, algunos rumores; muchos felicitan al orador*).

*El Sr. Presidente: tiene la palabra el Sr. Rufino para rectificar, si lo desea.*

*El Sr. Rufino. Suplico al Presidente me reserve el derecho para la sesión próxima.*

## EN EL SALON DE CONFERENCIAS.

---

*Julio á Rufino:*

*—Par.ce que te has quedado temeroso y pensativo; no has querido hablar, dejando á Teófilo con la palmeta en las manos.*

*—Yo no abrigo ningún temor, sólo que las reflexiones de Teófilo me han causado notable impresión y lo confieso ingenuamente, me han puesto confuso y abatido como el que sufre un gran desengaño y pierde en un momento todas las ilusiones de su vida. Me ha*

hecho comprender lo que se me ocultaba y yo adivinaba....

—Si pudieras decirlo, te oiríamos con gusto.

—Es cosa grave y no se puede decir á todos.

—Estás entre amigos verdaderos; esta noche se han retirado ya los de menos confianza; puedes hablar.

—No, Señores, no es posible retroceder; la palabra, el juramento....

—Pero ¿qué es eso? dice Gonzalo ¿os ha cogido la Hermandad? Bonita cosa; no hay más que dejarla ó mandarla de paseo; á mi me quisieron enganchar, y como yo ponía condiciones, porque no iba á entregarme á discrecion, se cansaron y me dejaron.

Yo conocia bien lo que era y dije: mientras no quiten la cortina, no entro; y, como no la quisieron levantar, estoy libre, y os voy á leer un documento muy curioso, que poseo con verdadera estima; está tomado de los recuerdos de Brocken y se titula

## LA DIETA MEFISTOFÉLICA.

Cuando en el año 15, entraron en París los Aliados, hubo una gran dispersion de los restos jacobinos y demás famosos revolucionarios, que fueron á refugiarse á los cantones de Suiza; y viendo que la intencion de Napoleon quedó frustrada, comenzaron á pensar en su suerte.

Junto al lago de Lucerna existían los restos del Castillo, en que Guillermo Tell tuvo las juntas de sus parciales para defender la independencia Suiza.

En un gran subterráneo de este famoso Castillo empezaron á reunirse los revolucionarios emigrados, y no pudiéndose poner de acuerdo acerca de las medidas, que habian de tomar para volver á la dominacion perdida, se le ocurrió á uno este extraño pensamiento, y dijo: Ciudadanos, estamos perdidos; la miseria nos rodea y lo porvenir se nos presenta más triste que ella; acudamos á un remedio extremo;

siempre hemos de servir á álguien para comer; pues ni tenemos bienes, ni queremos trabajar, sirvamos al demonio, que él nos proporcionará todo lo necesario; invoquémosle, que como le gusta tanto mandar, ha de venir á presidirnos; mas ántes, preparemos el salon como para tal soberano, quitad esas imágenes y ese crucifijo, residuos de la antigua fe, que la revolucion destruye; y como nuestro gran soberano gusta de la oscuridad, vestid de negro las bóvedas y paredes de este subterráneo; á él le agrada la sangre y la muerte, colocad calaveras llenas de sangre humana sobre la mesa presidencial, y poned á un lado la cruz y al otro un cetro y una corona; que yo os aseguro, que no ha de ser menor mi poder que el de Fausto para traer aquí al mismo diablo en persona. ¿Lo quereis?... lo queremos, gritaron todos; pues hasta mañana á media noche.

Pasaron las veinticuatro horas; el subterráneo estaba preparado segun el plan del revolucionario; sólo una lámpara verdosa, suspendida de la bóveda, proyectaba sus débiles rayos sobre los que iban llegando, tan silenciosos, que parecían sombras que avanzaban; la sangre humea en las calaveras; llega la hora; el revolucionario se acerca á la mesa, toma la cruz y la arroja á sus pies; se cubre con un manto negro y hace la *Conjuracion de los Cuatro*; y se vé como un fantasma que se ensancha y eleva envuelto en una atmósfera de humo; cae el manto y aparece el demonio, teniendo á sus plantas al conjurador.

—*Salud y Fraternidad*, dice el demonio, ¿en qué puedo servirlos?

—Te hemos invocado, contesta el conjurante, para que nos saques del apuro en que nos ha puesto la Revolucion vencida y en cambio serviremos tu causa con toda fidelidad.

—Es que yo exijo el juramento á todos los asociados á mi reino infernal.

—Lo prestaremos.

—¿Es esa sangre humana?

—Sí; es de nuestros hermanos cobardes, que no se han atrevido á llegar aquí esta noche.

—Está bien; acercaos. (Arroja al suelo el cetro y la corona, y continúa diciendo):

¿Jurais hacer todo lo que yo os mande, ú ordene el satélite que haga mis veces?

—Juramos.

—Jurais exterminar la cruz y los tronos de la tierra?

—Juramos.

—Jurais perseguir y matar á todo el que revele los secretos de esta Dieta?

—Juramos: dijeron todos de una vez.

—Pues ahora ¡juramentados!! pasad por cima de esa cruz, de ese cetro y corona, é id bebiendo de este licor, que enardece el espíritu.

Todos van pasando y bebiendo sangre en las calaveras.

El demonio continúa:

—Ya que habeis probado vuestro valor y vuestra decision, oid mis instrucciones.

No olvidéis nunca que formais la verdadera francmasonería; la otra que existe, formada por los que se inclinan á mi imperio y no se atreven á llegar á él, se apoya en los tronos y adula á los poderosos de la tierra para ir viviendo; vosotros no necesitareis de nadie más que de mí, y yo os pondré en posesion del universo.

No os presentéis nunca como sois; la cara de hereje es muy antigua y fea, y Roma ha conseguido que asuste á las gentes sencillas; vosotros, aunque no tengais buenas obras, tendreis siempre buenas palabras y buenos nombres; ya veis que yo me he puesto el de Mefistófeles para espantar ménos; por ahora llamaos *liberales* y así os podreis introducir en los gobiernos sin grandes dificultades; y muy pronto conseguireis la direccion de la sociedad por las leyes, la enseñanza, la prensa, etc.; sobre todo formad siempre en los partidos más avanzados, para ir así arrastrando tras de vosotros á las muchedumbres, que gustan tanto de la destruccion. Algun dia seréis los

unitarios de Italia, los radicales de Francia, los socialistas de Alemania, los nihilistas de Rusia, los fenianos de Inglaterra y los demócratas de España; sereis los Señores del mundo, que es lo que me parece deseais todos. ¿No es así?

—Así es.

—Pues fiad en mí, como yo fío en vosotros.....

—Aquí termina la reseña de la dieta Mefistofélica, que me parece no habrá causado en vosotros gran sorpresa, porque estamos viendo lo que en ella se anunciaba.

—Es verdad, dice Plácido, pero no deja de causar espanto el que haya hombres que entreguen así su alma al demonio y hagan lo que él les ha dicho, como los franceses que han quitado las cruces de las escuelas y expulsado á los religiosos.

—Pues qué, replica Gonzalo, no vemos que hay quien por ménos entrega su libertad y su juicio?

Yo, desde que me voy haciendo clerical, miro las cosas desde muy alto y leo las circulares de Arzobispos y he visto con qué oportunidad ha dicho el de Valladolid que ya la masoneria no es un secreto, sino que dice poseer un secreto, el que yo os he revelado.

No tengas, pues, cuidado, Rufino; tira el mandil y riete; que tú no sabias lo que era la Hermandad, y no van á ser tan bárbaros que persigan á un inocente.

## CONTINUACION DE LA 3.<sup>a</sup> SERIE: SESION 2.<sup>a</sup>

El Sr. Presidente abre la sesion diciendo: tiene la palabra el Sr. Rufino para rectificar.

El Sr. Rufino:

Señores Diputados:

Repuesto de la impresion, que causara en mi ánimo la sesion anterior, al verme por una parte levan-



tado por mi orgullo y vuestros aplausos al pináculo del engrandecimiento; y por la otra, objeto de una contradicción razonable, aunque fuerte, he entrado conmigo mismo en buen consejo y en vez de usar de la palabra esta noche para rectificar, voy á usarla para rectificarme.

No cantaré la palinodia, pues nadie me ogliga á ello; sino que á semejanza del que recobra la vista en un momento ó es trasladado á otras regiones, digo: veo la luz, admiro nuevos horizontes; veo la luz de la verdad; admiro los bellísimos horizontes que ella me ofrece, ocultos ántes á mi inteligencia por los defectos de la instruccion recibida y por las preocupaciones de los círculos que he frecuentado.

Hasta aquí, en presencia de la corrupcion social y de las defecciones que nos rodean, y al ver reinando en la política y en los gobiernos todas las malas artes, creía que la verdad y la justicia estaban más adelante; y me habeis oído defender con entusiasmo, cual lo sentía, la causa del porvenir, para mi simbolizada en la democracia; mas ahora he comprendido que nos hemos dejado atrás la verdad y la justicia, y que sin ellas la democracia es una gran mentira y una gran iniquidad social; porque fomenta pasiones y esperanzas, que sin la Iglesia no puede realizar.

Y como todo lo he comprendido á tiempo; y yo creo que la obstinacion es mayor falta que seguir el error sin el debido examen, y como en otro sentido, yo seguia á la democracia con desinterés; por todo ésto, puedo detenerme y daclarar que estaba equivocado.



Espero no se dirá de mí lo que de tantos otros, que dejan un partido por no haber medrado en él todo lo que deseaban y se adhieren á aquel que está más próximo á heredar el poder y luégo hacen de esta evolucion mérito, como Romero Robledo de su alfonismo en visperas de la restauracion.

Yo tengo por dicha mia de qué vivir, sin tener que someterme á las exigencias de los partidos y pasar por las delicias del poder y las amarguras de las cesantías en los de la plebe política.

Si esperábais, hijos del pueblo, que yo esta noche volviera con mi insensatez pasada á turbar vuestra felicidad, si sois honrados y laboriosos, os habeis equivocado, como yo me equivoqué al inventar el *socialismo-democrático*, de que os hablaba.

Sin terminar mi discurso, como sermon de capuchino en cuaresma, os diré que acabo de conocer que el mal, que causa el egoismo de los políticos á los pueblos, tiene un gran remedio, y es la indiferencia de éstos para con aquellos, que les engañan para escalar el poder, y el no fiar cada uno su bienestar á manos ó promesas ajenas, sino labrarlas con las propias; y así cada cual será feliz en proporcion de sus facultades y los pueblos gozarán de la paz y tranquilidad, que les quitan sus improvisados patronos. *(He dicho).*

*(Aplausos repetidos; se ha mudado, repiten algunos).*

*El Sr. Teófilo pide la palabra.*

*—La tiene su Señoría dice el Presidente.*

No puedo, señores Diputados, sentir envanecimiento alguno por la notable y espontánea adhesion

que á las verdades que vengo sosteniendo, acaba de hacer el Sr. Rufino.

Aunque me agrada sobremanera el cambio obrado en su inteligencia por los resplandores de la verdad, que la han iluminado, no me lisonjea un triunfo, que no es mio sino de la verdad misma, de la que yo he procurado ser fiel eco.

Como el liberalismo no ofrece solidez en sus doctrinas por ser erróneas, ni fijeza en su accion por la movilidad de las ambiciones que alimenta, no puede producir el convencimiento que lleva consigo la política cristiana, cuya manifestacion acabais de oir.

La política cristiana declara que la ley natural es inmutable y eterna, porque se refiere á lo que es indestructible; por eso regula en el tiempo los bienes más importantes y permanentes que hay en el mundo, y manda todo lo que es bueno á los hombres en todas las épocas de su vida y prohíbe todo lo que les perjudica en todos los tiempos y lugares.

Las leyes humanas no se refieren de un modo inmediato á la promocion y conservacion de esos bienes; pero deben reflejar la ley natural en su caracter de permanencia en cuanto se refieren á los bienes sociales generales; y pueden variar en orden á aquellos bienes accidentales, que exigen las circunstancias; mas nunca es lícito variar las leyes ó derogar las existentes sin causa justa. Y á nada de esto atiende el liberalismo; sino que opone á los fundamentos de una sana política la constante movilidad en todo y sólo atiende al poder de los que mandan.

Y menos mal si los que mandan liberalmente fueran hombres temerosos de Dios, amantes de la justi-

cia y aborrecedores de la avaricia (1); mas los hechos demuestran que son todo lo contrario y así se ve que el liberalismo, por lo que se refiere á las personas, es la apoteosis de la voluntad humana que, queriendo sacudir la obediencia á toda ley superior, busca la satisfaccion de todos sus deseos.

Por esta razón el liberalismo repite los principios más disolventes: *lo que queremos es bueno; si la voluntad ocupa el medio entre la inteligencia y la sensibilidad, inclinémonos á ésta; y si los deseos sensibles nos apartan de la verdadera doctrina ¡qué importa, si nuestra ambicion lo exige!* (2)

De donde resulta que la expresion más elocuente del liberalismo es el deseo de mandar que tienen los hombres liberales.

Veamos ahora las clases de estos y su importancia.

Los mismos liberales se han clasificado en hombres de 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> fila, ó sea, en notabilidades, en hombres que valen y hombres que prometen valer; los primeros arrastran, los segundos se dejan llevar y los terceros, que forman el mayor número, son llevados; los primeros son los jefes de los partidos, los segundos sus auxiliares y los terceros forman la masa de los partidarios, que como los borregos de Pannurgo van por donde los llevan.

Las notabilidades son raras; en actual ejercicio no hay ahora en España más que dos: Cánovas que manda y Sagasta que espera mandar; los demás, aunque parezcan notabilidades, no lo son; porque ni el Duque, ni Posada, ni Pidal, ni Romero Robledo cuentan con fuerzas suficientes para imponer su jefatura, y así quedan en la esfera de auxiliares.

Los jefes liberales tienen su mayor importancia del apoyo que reciben: Cánovas tiene el apoyo de todos los que temen las consecuencias del liberalismo ó de la revolución; y Sagasta de todos los que esperan mucho más de lo que ya han comido de la revolución; Sagasta tiene un gran apoyo en la Masonería; Cánovas en los conservadores de esta Masonería; por eso ambos son hoy jefes indiscutibles de los partidos liberales; mañana serán otros, que sepan de igual modo zurcir voluntades.

Entre tanto, vamos á hacer nuestra clasificación de los hombres liberales, *que dividimos en liberales que saben lo que se hacen y lo que quieren; en liberales que sólo saben bien lo que quieren, y en los demás que no saben lo que se hacen, ni lo que quieren.*

Comprende la primera clase á todos los factores del liberalismo, que teniendo conocimiento más ó ménos explícito de sus falsas doctrinas, las sostienen, no obstante, y propagan por sostener la posición que han conquistado, ó por conseguirla en las esferas del poder liberal. Todos estos no pueden ménos de conocer que hacen una mala acción, porque su entendimiento no puede estar convencido de la verdad de lo que sostiene; y si abrigan dudas, fácilmente podrían salir de ellas; además, si consultan á su corazón, pueden sentir que son más liberales por lo que quieren que por lo que creen; mas todos estos para acallar la conciencia y seguir siendo liberales, suelen invocar la razón de los tiempos y de los hechos consumados, *para contemporizar con ellos.*

Se creen necesarios para el bien de la sociedad, y tan sabios, que nadie más que ellos conoce el modo

de regirla perfectamente. Desde el presuntuoso periodista hasta el Presidente del Consejo de Ministros se hallan en esta clase.

Forman otra los que no se cuidan tanto de teorías como de lo que les conviene; éstos saben muy bien lo que quieren y lo buscan en los partidos que mejor se lo den.

Y, por último, la turba magna de charlatanes, vagos y necios, que leen sin saber lo que leen; quieren sin saber lo quieren; porque para nada sirven; éstos son liberales porque sí, y serán demócratas y republicanos y todo ménos hombres de bien y laboriosos; porque todo el que de algun modo es liberal, no puede ser hombre bueno.

*(Rumores: está bien, ha dicho la verdad, dicen algunos).*

Esos rumores me demuestran que se ha perdido por el liberalismo el criterio del buen sentido y que ya no se juzga de las cosas como son. Si se ha probado que el liberalismo es un error, que sus hechos demuestran su malicia, todo el que participe del uno, ha de participar de la otra; y en este sentido se hace malo, no es bueno; porque se ha unido á mala causa, que ha de producir malos efectos.

He dicho que ya no se juzga de las cosas como son, sino que el juicio se hace por las personas sin la distincion debida. No se atiende á una causa, si es en sí buena y verdadera, como la causa tradicionalista; se mira á las personas que pudieran no ser tan justas como su causa, y por ellas se condena sin oirla y sin apelacion.

Y esto porque se emplea el criterio liberal, que es seguro aplicado á liberales entre los que la causa, los

hechos y las personas son lo mismo, á diferencia de lo que sucede entre los tradicionalistas, que las personas podrán no ser perfectas; pero la causa es buena, verdadera y justa, porque es la causa de España y de la Iglesia católica.

*(Bien, bien; aplausos repetidos).*

La dignidad del hombre se siente humillada ante los legisladores liberales, que para dar sus preceptos, no ostentan otros títulos que su voluntad y la voluntad de aquellos que les apoyan en tanto que se engrandece la dignidad humana ante los grandes legisladores que invocan los principios eternos de la justicia y del derecho, y descienden desde sus alturas á aplicar los preceptos á las necesidades generales; estos se parecen á Moisés bajando del monte Sinaí con las tablas de la ley en sus manos y con el resplandor en su cabeza, símbolo de superioridad para ser el legislador del universo; mientras que los que descienden de la *altura de los principios, como piedra errática al valle de la libertad*, no pueden ser más que legisladores de un partido, que pronto cae en la tumba del olvido.

El obedecer al hombre humilla: el obedecer á Dios, ó á los que representan el orden por Él establecido, ensalza y ennoblece.

Y como el imperio del liberalismo es todo humano, porque hasta son mentiras las razones que invoca, por eso yo diré siempre con toda la energía de mi alma: *nada, nada de liberalismo.*

— *Pues eres un nihilista, exclama Alvaro.*

— *Seré lo que queráis ménos liberal. Si soy NIHILISTA, seré UN NIHILISTA ESPAÑOL, que no quiere destruir*

más que el error liberal y los gobiernos liberales, que degradan y arruinan á España.

*(He dicho). (Ruidosos aplausos).*

*El Sr. Presidente. ¿Hay quién tome la palabra en contra? (Silencio general). Pues entonces el Señor Teófilo tiene la palabra para concluir el debate en la sesión inmediata.*

## EN LOS PASILLOS DEL JARDIN.

*¿Pero qué es esto, Señores, dice Alvaro? Va á salir triunfante ese nihilista de Teófilo, porque yo no pienso llamarle de otro modo; ¿no habeis visto qué intransigente y qué oscurantista al querer sepultar las luces del siglo representadas en la libertad?*

*—Será todo lo que quieras, constesta Julio, pero yo voy viendo mejor que lleva razon ¿No le parece á usted, señor Marqués?*

*—Así, así; pero es tan exagerado é imprudente el ir contra todo el mundo!!...*

*—No diga V. eso, replica Gonzalo; todo el mundo parece liberal, porque el sol de la libertad es el que ahora más alumbra; si cambiara de horizonte veria usted cosas buenas. Y si no, que lo diga Plácido.*

*—Yo estoy esperando á ver cómo esto termina.*

*—Pues pronto lo verás; porque mañana es la última sesión.*

## CONCLUSION DE LA 3.<sup>a</sup> SERIE: SESION 3.<sup>a</sup>

*El Sr. Presidente abre la sesión: tiene la palabra el Sr. Teófilo para concluir el debate; el jardín se halla completamente iluminado; la concurrencia es numerosa.*

Parece, señores Diputados, que llegamos al término de este debate, que es la gran cuestion de nuestro siglo, cuestion que yo desearía quedara resuelta

por vuestra parte en contra de todo liberalismo, como resuelta se halla por la mía, desde que pude reflexionar y conocer el valor de las teorías y de sus naturales frutos.

Mas si alguna duda quedara aún en los entendimientos, que no están oscurecidos por el fanatismo político, tan general en los liberales, y si alguna vacilacion restara en los corazones, que no están del todo corrompidos por la malicia reinante, yo creo que las últimas dudas y debilidades pueden quitarse con otro examen que se hiciera del liberalismo considerado en la córte, en las ciudades y en los pueblos segun la vida y costumbres que va formando.

Tarea larga, pero no difícil, sería ésta y de gran provecho; porque al ver el abismo que abre á las buenas costumbres el sistema liberal, todos los que conservaran un resto de fe y de pundonor habían de horrorizarse y retroceder.

Yo no puedo ni aun siquiera hacer mencion de lo que pasa en Madrid; vosotros sabeis que aquí no se vive, particularmente en los círculos políticos, sino de la adulacion y de la intriga; nadie se fia de otro y todos procuran sacar el mejor partido de lo presente. Cuando no se han podido conseguir los favores, se desprecian los pies y las manos que ántes se besaban con profundas inclinaciones; la buena fe y la justicia se han desterrado del trato social; quedan sólo los cumplidos de urbanidad, pero sin amor; porque todos ó se envidian ó se odian; entre las relaciones generales no queda más que un semicontrato, el de *do ut des*, por el tanto vales cuánto puedes (disponer de las cosas públicas, como si fueran propias).



Como los cómicos, que han representado á grandes personajes, al verse después hechos hombres vulgares con sus trajes ordinarios, tienen que contener la risa; lo mismo sucede á los políticos, al codearse en las reuniones de confianza.

Mas no es esto lo peor, sino de tal modo hacen el papel de grandes hombres, que no se puede pasar sin ellos; y si un idolo se inutiliza ó muere (porque todavía no han conseguido hacerse inmortales), otro se levanta sobre su pedestal; y cada día consiguen extender más el número de sus admiradores y en todas las ciudades se sienten las influencias y el poder del que en Madrid priva. Y así, las capitales han perdido su independencia y su vida, porque sin el permiso del Procónsul, ni aun pueden darse sus administradores.

Madrid absorbe á las provincias y es absorbido por un ministerio y éste por un hombre con poder omnímodo; porque todo se le subordina; porque él dispone de todo y no encuentra valla ni á la ambicion ni al despotismo personal; porque el liberalismo, que ha despreciado los principios y las virtudes que formaban el caracter de los hombres de gobierno, pone en su lugar á los más audaces ó afortunados, que hacen triunfar sus deseos y pasiones.

Si notables son los extragos, que en las costumbres de Madrid y de las ciudades hace el liberalismo por todos sus órganos de publicidad y de accion electoral y gubernativa, mayores son los que causa en los pueblos; pues si en los grandes mares es fácil luchar con las tempestades, en medio de los bajíos chocan las naves agitadas por el huracan y se van á pique.

Además, las pasiones como los líquidos afectan las formas del recipiente, y cuando el liberalismo, que explota todas las malas pasiones para vivir, penetra en un pueblo, lo divide; y favorecido por la ignorancia y la malicia, la oposicion de unos contra otros reviste el carácter de lucha bárbara, cuando no sangrienta.

En pueblos así liberalizados es imposible la paz, la desmoralización se aumenta y el caciquismo triunfa en perjuicio de todos, gracias al espíritu liberal que todo lo pervierte.

Un amigo mío prudente y observador me ha asegurado que el liberalismo ha hecho más daño á la religion y á las costumbres de España que si hubiera penetrado en ella una herejía como la de Arrio ó Nestorio; bien es verdad que los liberales, poco á poco, se hacen herejes; porque cada día se apartan más de la fe y de la Iglesia. Y el mismo amigo me daba la razón, diciendo que conocía á un párroco de una villa de más de mil vecinos, que á pesar de sus continuos trabajos no podía conseguir el moralizar á sus feligreses por estar divididos y liberalizados.

Y añadía que le parecía imposible que hombres de talento, como los hay entre los liberales de alto coturno, no comprendieran el mal que estaban causando á los pueblos, y que él á los Ministros y demás personajes del liberalismo, aparte de los castigos que Dios les reserve por el error que han sostenido, no les daba otro en esta vida, más que el de ser vecinos de pueblos liberalizados y divididos; para que sufrieran todos las vejaciones y compromisos consiguientes.

Y no se diga que estos males tendrán remedio con el tiempo, cuando la cultura y la ilustración lleguen á las últimas aldeas de España; porque está probado que el liberalismo, como todo error trascendental, que se aplica á la vida de los pueblos, conduce á la barbarie, que puede tener visos de civilizada como la guillotina.

¿Se han mejorado las formas parlamentarias y electorales después de medio siglo? Nó; que hoy salen diputados los que quiere el gobierno, lo mismo que ayer, y las pelazas de las Córtes retumban más cada día.

Como no hay responsabilidad personal en todo lo que se hace, no cabe el arrepentimiento, y el mal crece y la impunidad aumenta, y es bueno todo lo que se hace por un partido ó en su nombre y más si está en el poder.

Por todo lo cual puede decirse que el liberalismo es una gran masonería, que vive á costa del país; pues los liberales que no son masones jurados, lo son de hecho por participar de sus obras, como sabiamente lo acaba de decir Su Santidad Leon XIII.

¡Ay de los pueblos dominados por el liberalismo!

¡Ay de los pueblos que tienen un poder que ha de pensar en su propia conservacion!

¡Ay de los pueblos cuyos gobernantes ni temen á Dios ni respetan á la Iglesia!

Estos pueblos seguirán las corrientes de Europa y de una civilizacion atea, y no sabrán oponerse á las injusticias, ni producir grandes caracteres, porque se hallan rendidos á la fuerza de las imposiciones.

Los que todavía conservamos la energia del espíritu y el valor castellano no hemos de someternos ó

de sucumbir en la lucha contra el liberalismo, sino que hemos de celebrar completa victoria, aunque durante nuestros días no se verifique el triunfo total.

Todo el que permanezca firme ante el liberalismo, es un soldado vencedor; y el que trabaje por extirparlo, es un juez que sentencia al reo de tantas maldades y apostasías, como hace en España la herejía de Lutero, vertida á la política.

Ha entrado ya el liberalismo en su periodo de decadencia y de total desprestigio, y esto señala su próxima muerte.

Muchos se admirarian, si pudieran leer ahora lo que consignará la historia en el siglo XX, á saber, que el liberalismo fué la herejía del siglo XIX, ya extinguida.

En presencia de todo esto, creo no habrá entre vosotros quien abogue más por el liberalismo.

Creo que hasta os avergonzaréis de haber sido liberales, los que hayáis tenido esta desgracia, y porque ésto lo creo y para ello me autoriza vuestro silencio, concluyo exclamando:

¿Quereis una política digna y cristiana, como me rece el pueblo español?

¡Sí la queremos!

¿Quereis que sobre las ruinas de todos los partidos se levante la España tradicional?

¡Sí queremos!

¿Quereis sobre todos los soberanos la soberanía social de nuestro Señor Jesucristo?

¡Sí la queremos!

Pues entonces, estamos todos conformes y ya no tenemos más que procurarla y hacernos dignos de tan grandes bienes. (*He dicho.*)

(Aplausos prolongados y repetidos; *el orador es felicitado por muchos.*)

*El Sr. Presidente: ha terminado el debate; se reunen las secciones para deliberar.*

*Pasada una media hora, se reúne de nuevo el Parlamento y el Secretario da lectura de los acuerdos en esta forma.*

*Reunidas las secciones del Parlamento libre han acordado por casi unanimidad que se dé un voto de gracias á la Mesa y en particular al Sr. Baron, por la prudencia con que ha dirigido las discusiones y la generosidad en obsequiar á todos; que se felicite al Sr. Teófilo por la brillante campaña que ha sostenido contra el liberalismo y por los resultados obtenidos, y, por último, que se encargue á dicho Señor y á su amigo Justo el hacer el resumen de las sesiones para publicarlas.*

*El Presidente manifiesta á todos su agradecimiento y da por disuelto el Parlamento libre.*

*Un tanto pensativo se retiraba Plácido con su amigo Alvaro, cuando éste dirigiéndose á Gonzalo le dice:*

*—Habeis capitulado sin condiciones; todavía no me explico bien lo que se ha propuesto ese nihilista.*

*—Pues muy claro lo ha manifestado: defender la causa tradicionalista, tan mal conocida, como perseguida y calumniada por el liberalismo, combatir los errores funestos, que entraña este sistema, y demostrar que para ser liberales en España no hay más razón que la de conveniencia de cada cual; y que, por lo tanto, dejen todos los liberales los pretextos con que vienen ocultando sus ambiciones, y si no lo dicen, podamos nosotros decirles que son liberales, no por el progreso, ni por la civilización, ni por amor á la libertad, ó por seguir éstos ó aquellos ideales, sino porque ambicionan honores y riquezas, y desean huir de toda política definida y cristiana, que impone deberes y exige sacrificios.*





## RESUMEN Y CONCLUSION.

### I.

Vamos á hacer el resumen del presente debate, empezando por dos observaciones generales.

Es la primera, que existe en el corazon humano una propension muy peligrosa á creer todo aquello, que le agrada ó de algun modo favorece sus intereses, inclinaciones ó pasiones.

Y la segunda, que á pesar de que nadie duda de la existencia de grandes errores y de doctrinas disolventes, todos, sin embargo, niegan su participacion en ellos como tales errores; y de aquí el poco resultado que se obtiene en las polémicas.

La razon es obvia: demuéstrese con la mayor claridad y precision posibles ante muchos hombres, por ejemplo, que es incompatible el ser católico y liberal, y se verá que cada cual, con este ó aquel pretexto, comienza á desvirtuar la verdad de la demostracion, no teniéndose por liberales los que lo son sin duda, ó ya dando á las palabras otro sentido, ó ya prefi

riendo su liberalismo á su catolicismo, como en caso análogo lo hizo el Cantor de la democracia.

Y así resulta que todos continúan creyendo lo que les agrada y rechazando la complicidad ó participación en la doctrina que profesan, y hasta llegan á defender; así se forman, propagan y perpetúan los sectarios liberales.

Para quitar esugios y que cada uno ante Dios y ante los hombres aceptara la responsabilidad de sus actos, de sus creencias y de sus doctrinas, se necesitaría la voz de un gran juez para cada hombre de los incursos en error, apostasía ó crimen, como lo tuvo David en Natan y que le dijera: *tu es ille vir*, tu eres el delincuente, tu eres el liberal, tu eres el comprendido en esa doctrina de incompatibilidad en su extremo condenado.

Esto humanamente no puede hacerse; empero existe ese gran juez de las doctrinas, que sentencia con voz infalible á todos los hombres y hace pasar á la historia los nombres execrados de los heresiarcas con sus nefandas herejías: existe, sí, la Iglesia católica, única maestra de las gentes; sólo que muchos permanecen sordos á sus enseñanzas y una parte de los que se llaman sus hijos no oyen sus amorosos llamamientos para apartarlos del mal sendero; y si la sentencia se publica, apelan de ella ante el tribunal de la razón y del libre examen.

Eco de esa palabra, severa á la vez que amorosa, procuramos que sea la nuestra.

Si nuestras convicciones no estuvieran fundamentadas en la doctrina católica sin distinguos ni interpretaciones, desconfiaríamos de ellas. Y si alguna



mira particular ó influencias humanas ó compromisos de partidos hubieran puesto la pluma en nuestra mano, sería aún mayor la desconfianza de incurrir en faltas, que en otros con vehemencia reprobamos.

Mas como una sana intencion, mejor que nuestros pobres conocimientos, nos guia y anima en la ordenacion de este trabajo, de aquí que nos hayamos propuesto patentizar, sin consideracion de ningun género para las cosas, y guardada la debida á las personas de todas las clases, estas dos grandes verdades, tan confundidas como desconocidas, y que, como ha podido notarse, se destacan del fondo de estas discusiones.

## II.

Que el liberalismo, como descendiente de la Reforma protestante y consanguíneo de todos los errores modernos, representa y es el espíritu de la herejía á la sombra del orden político, caracterizado por la independencia que proclama y por la hostilidad más ó ménos disimulada que hace á la Iglesia católica; hostilidad constante y tan visible en las teorías, hechos é instituciones liberales, que hasta los ciegos pueden verla.

Que siendo como es el liberalismo un error trascendental, altera sustancialmente el orden político-religioso en sus bases fundamentales, que son: el derecho natural y el derecho divino, representado éste por la Iglesia; y por consecuencia de este trastorno, lejos de favorecer el sistema liberal la causa de la libertad, del progreso y de la civilizacion, la perju-

dica tan radicalmente que engendra por precision el despotismo de la autoridad y la servidumbre del error, que es la más lamentable esclavitud.

### III.

A fin de hacer perceptibles estas importantes verdades á toda clase de entendimientos y que penetren en todos los corazones con la eficacia, que tiene la verdad conocida en sus principios y en sus consecuencias, hemos elevado nuestras investigaciones hasta el origen doctrinal del liberalismo, que, segun se ha visto por el testimonio de la razon y de ilustres autores, no es otro que el de la Reforma protestante.

Examinada después la naturaleza de la libertad humana háse visto que el liberalismo la confunde con el libre albedrío, y que de resultas de esta confusion nace el error capital de la autonomía del individuo y de la soberanía popular, que el liberalismo opone á la revelacion y á los derechos soberanos de la Iglesia católica.

Como de fuente emponzoñada brotan los raudales que llevan la desolacion y la muerte á todas partes, así del principio capital del liberalismo, que es un naturalismo impío, nacen esa multitud de libertades que son otros tantos errores que llevan su deletéreo influjo hasta el corazon de las sociedades, agitadas por la revolucion, sin orden estable, sin paz verdadera, á merced de la fuerza bruta de las armas y de las pasiones, que han llegado á imponerse á todos los gobernantes liberales.

Ni las almas cristianas, que viven sin tomar parte en las luchas políticas, se libran del funesto imperio de los errores liberales; porque ó ya son víctimas de ellos, ó ya sienten los efectos de la impiedad que dichos errores alimentan, los abusos que patrocinan y las exacciones crecientes, que demandan para sostener un régimen, que tiene que contentar á tantos participantes de la soberanía legal y armada.

#### IV.

Llegamos luégo á tocar una cuestion vital y de primer orden, probando la unidad del liberalismo: cuestion de sumo interés, porque se suscita entre hermanos.

A los liberales netos, á los que se cuidan más de su política que de su religion, nunca se les ha ocurrido distinguir su liberalismo en *bueno ó malo, político ó filosófico, no condenado ó condenado*; por este motivo no ha existido cuestion acerca de las clases de liberalismos entre los liberales verdaderos y los católicos; sino que unos defendían su *integralismo liberal* y otros su *catolicismo integral* para dirigir y gobernar las sociedades.

Mas se ha venido formando y se presenta en nuestros dias una falange de notabilidades católicas, (ó de hombres) que, aprecian sin duda su religion. Creemos sus palabras y sus protestas de católicos y gustosos les hacemos esta justicia y en este lugar; pero tambien creemos en sus palabras y en sus obras de liberales y nos decimos: estos son *los católico-liberales*.

## V.

Y en efecto, existen en España los católico-liberales: ellos no niegan, lo repiten muy alto, que son católicos y á la vez dicen que son liberales; pero como al instante de hacer esta última afirmacion ven levantarse en contra de ella y de las doctrinas y hechos que significa, la voz augusta del Vicario de Cristo, las diez y nueve proposiciones del Syllabus referentes á la materia, las muchas obras de notables católicos que rechazan con sabia energía hasta el nombre liberal; ven levantarse la España católica y tradicionalista acusándoles del error condenado del liberalismo y de ser contrarios al bien de la patria, á las glorias nacionales, y fautores, por lo tanto, de su desgracia y decadencia; como todo esto lo ven, porque no puede ocultarse á la vista de todos, procuran con empeño introducir una distincion ingeniosa que les libre del anatema.

Nuestro liberalismo, dicen los católico-liberales, es puramente político, no es el filosófico reprobado y condenado por la Santa Sede.

Vuestro liberalismo, replican los católicos puros, es el condenado por la Iglesia, el liberalismo político, malo, filosófico, reprobado, porque no hay otro, es uno y á él se refieren las condenaciones, como todos las han entendido, hasta que vosotros, para evitarlas, quereis distinguirlas.

Aunque los *católico-liberales* de España no causaran otro mal que la cuestion presente de poner en tela de juicio la reprobacion de lo que está reprobado,

dividiendo, por lo tanto, las huestes católicas, que habían de permanecer unidas para vencer al enemigo de la soberanía social de nuestro Señor Jesucristo, merecen ya, por solo esto, la compasion de todos los que no se inclinan de ningun modo ante el ídolo del siglo XIX, que es la revolucion mansa ó violenta.

Empero hacen peor obra: la de querer conciliar los principios católicos con los liberales en la gobernacion del estado; cuyo propósito es imposible sin detrimento de la religion y de la justicia; y conduce al ridículo de hacer, como ya se ha dicho, un matrimonio entre el Syllabus y la Constitucion del setenta y seis.

Hechos recientes de España demuestran con toda evidencia la verdad que sostenemos: que donde haya algo de liberalismo ó de espíritu liberal no pueden tener éxito las obras católicas, á las cuales el liberalismo por su propia naturaleza directamente se opone.

La Union Católica empezó prescindiendo, ó diciendo que prescindía, de la política, pero sin excluir á los liberales, y se propuso realizar obras católicas en defensa de la religion y de la Iglesia, á fin de hacer católica la opinion general y que ésta se impusiera y convirtiera al gobierno.

Mas la verdad evangélica, repetida en esta ocasion por el Arzobispo de Granada (1), ha tenido su exacto cumplimiento.

Toda la masa ha sido corrompida por el poco fermento que contenía, y las obras católicas no se han visto, y ha concitado la opinion católica y en vez de convertir la *Católica Union* á los gobiernos, que se llaman y son liberales, ha sido por éstos descarada-

mente convertida, absorvida y fundida en el seno del liberalismo conservador, sin fruto alguno noble.

Y todavía hay católicos en España, que á título de prudencia, de sentido práctico, de caridad y de sumisión al episcopado y de no adelantarse á los juicios de la Iglesia (2), combaten la intransigencia y el integrista católico, como si éste fuera una opinion en frente de otra más ó ménos probable, como la de los tomistas y congruistas respecto de la gracia, y la teoría de la materia prima y forma sustancial y la del atomismo católico en filosofía; no, de ningun modo: la intransigencia doctrinal de la Iglesia, defendida tambien por sus hijos laicos en el terreno de la política cristiana, es una verdad, mientras que el liberalismo es un error ya condenado.

Entre los más ó ménos liberales habrá opiniones respecto del lugar y de la influencia, que en la sociedad ha de tener la Iglesia.

Entre católicos puros y liberales de cualquier matiz no se dan estas opiniones; porque los católicos están ciertos de que el Romano Pontífice ni puede, ni debe *transigir* con el progreso, con el liberalismo y con la civilización moderna (3).

Segun esto, se dirá que todos los liberales son herejes.

Sin duda que lo son los radicales; porque implícitamente niegan la divinidad de la Iglesia. Para que sean herejes los católicos liberales se necesita que quieran serlo, pues como dice Veuillot: éstos ni son católicos, ni son liberales; tienen nombre más propio, el de *sectarios*.

Sí, sectarios que, después de comprometer sus conciencias con ese ambiguo liberalismo, han comprometido la dignidad y el glorioso nombre del Episcopado Español, dando ocasion á que los liberales netos lleguen á suponer que los Obispos españoles por medio de la Union Católica *transigen* con la libertad religiosa, pasando, por lo tanto, la intransigencia á los archivos de la historia.

Estos católico-liberales, que en España se han exhibido al amparo de la llamada Union Católica, son de los que dijo Pio IX que eran el puente entre la fe y el liberalismo y el mayor peligro de nuestro tiempo. Impotentes para combatir el liberalismo que profesan á medias, é inspirando desconfianzas á los liberales puros y á los católicos íntegros, se hallan como los míseros cautivos, que vió el Poeta desagradables á Dios y á sus enemigos.

. . . . . Setta di cattivi,  
A Dio spiacenti ed á nemici sui.

## VI.

Cuando el genio del mal y de la confusion sutaliza el sofisma, obliga á los amantes de la verdad á la meditacion atenta y al estudio, para conocer á fondo las cuestiones que se agitan y esclarecer las verdades negadas ú oscurecidas.

Con motivo de la distincion del liberalismo, que hacen ahora en España los llamados *mestizos*, ó sean, los católico-liberales, nos hemos fijado más en ella

(porque no acostumbramos á rechazar las opiniones de los adversarios sin examinarlas detenidamente y conocer su falsedad) y no vemos el fundamento de la distincion en la cosa; porque el más ó el ménos no muda la especie y así puede decirse que la mencionada distincion es solo imaginaria.

Vemos, pues, que en ningun documento pontificio, en que se condena el liberalismo, se establece la pretendida distincion, sino que el Liberalismo es condenado como uno, como lo ha sido el Protestantismo, á pesar de que desde su aparicion se presentó dividido en varias sectas.

Otra observacion puede hacerse contra los que como el Sr. Perez Hernandez, diputado-mestizo-conservador-*liberal-profeso*, hablan de que su liberalismo es el político, no el filosófico condenado en el Syllabus.

Como estos liberales (no filosóficos) habrán por lo ménos leído el Syllabus, podemos decirles que bien han podido notar, que los errores en el Syllabus están condenados por clases; y que si el liberalismo fuera de la clase de los filosóficos, aunque no negamos que es pariente muy cercano de ellos, estaría, sin duda, puesto en los párrafos, en que se condenan el panteísmo, el naturalismo y el racionalismo absoluto y el moderado, y no es así; sino que el liberalismo condenado en el Syllabus es el que existe, el liberalismo político del Sr. Perez Hernandez y compañía; por eso se halla su condenacion en el Syllabus en la proposicion LXXX, después de las clases de errores, que, de un modo más inmediato que los filosóficos, se refieren á la Iglesia, á sus instituciones y relaciones con las



potestades civiles; allí está el liberalismo como resultado especial de esos errores, sellándolos con su poder triunfante, en todas las naciones antes católicas, y sirviendo de corona á todas las proposiciones condenadas en tan importante documento.

De suerte que hasta el lugar que ocupa la condenacion del Liberalismo en el Syllabus, debe decir á los católico-liberales, que su liberalismo, que no hay otro repetimos (pues el que se presenta lógico y descarado, violento y revolucionario, rompiendo los diques que quieren contenerle, es el mismo) ese error funesto de la política no cristiana, ese es el condenado y ese es el que se atreven á *profesar* y á defender mañosamente los católico-liberales.

Y si no, ¿dígannos por amor de Dios qué liberalismo es el que reprobaba Pio IX cuando, aprobando la defensa y la explicacion de las sentencias del Syllabus, que hacía el abate Veruhet, le dijo: aprobamos tus trabajos *principalmente contra el liberalismo que llaman católico, que teniendo muchos prosélitos entre los hombres honrados y pareciendo que se aparta ménos de lo verdadero, es más peligroso y seduce con más facilidad á los incautos..... præsertim adversus liberalismum, quem dicunt catholicum, qui cum plurimos habeat ex ipsis honestis asseclas et minus á vero recedere videatur, cæteris est periculosior, faciliusque decipit incautos* (4).

Muy prolijo sería el enumerar los varios breves y alocuciones, en que los Romanos Pontífices han reprobado este mismo liberalismo político, que tienen por bueno ó indiferente muchos católicos españoles, sin querer penetrarse de que el mayor mal es la

corrupcion de lo mejor, y ellos corrompen su catolicismo con la profesion de su liberalismo; en lo cual consiste el error de los católicos liberales, en el liberalismo profesado por católicos (5).

## VII

Si se diera un liberalismo meramente político, este versaría acerca de aquellas cosas exclusivamente políticas, como las formas de gobierno, facultades legislativas, procedimientos administrativos y judiciales, etc.; mas es así que en estas cosas no consiste el liberalismo, sino en la apreciacion del lugar que en la sociedad ha de ocupar la Iglesia de Dios con sus derechos, inmunidades y prerogativas, luego no se da tal liberalismo. De aquí que toda teoría, todo gobierno y todo hombre, por más que se llame católico, que no coloca á la Iglesia en el lugar eminente y superior en que la puso nuestro Señor Jesucristo, para que fuera Maestra del universo, columna y firmamento de toda verdad moral y religiosa y guía seguro de las sociedades, y no respeta sus derechos que están sobre todos los derechos, y no defiende su libertad, raiz de todas las libertades humanas, y no acata sus privilegios salvadores; esa teoría, gobierno, ú hombre, que no reconoce, venera y obedece esta ordenacion divina, es liberal y liberal en la política moderna condenada y, por tanto, consciente ó inconscientemente profesada.

De suerte que, no existiendo más que un liberalismo y éste político, malo y reprobado, todo el que se llame ó quiera ser liberal de algun modo, de ese

modo y en la parte correspondiente ó en el todo deja de ser católico, sin que le valgan evasivas, distinciones, ni apelaciones.

## VIII.

Si esto es así, se dirá: que la inmensa mayoría, lo más poderoso é ilustrado del mundo, que es liberal, está errada y separada de la union filial que se ha de tener con la Iglesia. ¿Será posible? ¿Y quién lo duda?

Posible es que se repitan los hechos que nos recuerda la historia. Un día gimió el orbe y se admiró de verse arriano (6).

No porque una epidemia se extienda por la haz de la tierra, deja de ser un mal. Y las enfermedades morales son más contagiosas que las físicas por la propension que notamos existe en los corazones.

Si las sociedades modernas están contagiadas del liberalismo, que lleva en pos de sí el poder de los tesoros, la fuerza de las armas, las seducciones del sofisma y de los placeres con que sostiene y embriaga á sus prosélitos, se reconocerá mejor el poder y la virtud de la religion, que ha de curarlas, el dia que se derrumben los poderes de la tierra, ó se sometan á la autoridad y á la enseñanza de la Iglesia católica por la que Jesucristo ha vencido y vencerá nuevamente al mundo.

Además, si bien es cierto que son numerosas las apostasías francas y disimuladas, y sobre todo las de los gobiernos que ya no son católicos; tambien es verdad que quedan muchísimos corazones dispuestos á derramar su sangre por defender la Iglesia cató-

lica; quedan las adhesiones de ilustradas inteligencias sumisas á su palabra infalible; quedan multitud de almas escogidas, que viven en su seno esparciendo el aroma de la santidad y el bálsamo de las buenas obras; permanece dentro de la Iglesia todo lo que hay en el mundo de virtud, de ciencia verdadera, de sentimientos elevados y generosos; vive aún para el catolicismo todo lo que el liberalismo no ha degradado ó corrompido, y, sobre todo, le resta el poder divino contra el cual no prevalecerán los poderes humanos.

## IX.

Si ahora, aún en medio de las embriagueces del triunfo liberal, fuera posible pasar una revista á sus fuerzas para comprobar su fidelidad, ¡cuántos desengaños y menguas se verían!

La revista había de hacerse al oído, porque hay cosas que ni aún entre familia pueden decirse alto.

Nos referimos á los católicos (porque nuestras palabras no pueden llegar á los liberales, que ya han dejado su fe y su religion por entregarse del todo á sus apetitos revolucionarios) y en particular les decimos: Si teneis la fe viva y la caridad ardiente; si sabeis que nuestro primer deber es la sumision á las enseñanzas de la Iglesia y el ponernos de su parte en la lucha presente para rechazar á los enemigos que la persiguen, despojan y esclavizan; si sabeis todo esto y nada quereis ni esperais del liberalismo ¿qué haceis? ¿en qué pensais? ¿y cómo entendeis lo que pensais y habeis aprendido?

Si esperais algo del liberalismo, si sois ministeriales en España, unitarios en Italia y republicanos

en Francia, porque en ello os va ó procurais que os vaya la vida, oid un consejo, porque no quiero obligaros á una confesion moralmente imposible, á que digais, que sois liberales por esta ó aquella mira interesada: callad, tomad y comed.

Pero no, veo que tampoco podeis hacer esto; porque si no hablais, si no alabais el género y las habilidades de los industriales, tampoco os darán parte en las ganancias.

Si se separan los que son liberales por interés, los que lo son por miedo y los que figuran en las filas del liberalismo, porque *en otra parte no pueden figurar*, ¡qué claras se quedarían éstas!

## X.

El liberalismo se abrió paso en la sociedad por medio de la calumnia, desprestigiando todas las instituciones, con especialidad las católicas; así es que ha levantado una nube entre la verdad y el error, entre lo presente y lo pasado; y de tal modo con sus fórmulas de progreso y de civilizacion impulsa á sus adeptos á no mirar más que á lo porvenir, que éstos no se atreven á pararse, ni á meditar en otra cosa, ni aun siquiera se les debe ocurrir á muchos la duda de que el liberalismo podrá pasar á la historia y nosotros pasarnos muy bien sin su presencia.

Esto hace que tantos crean un hecho consumado el imperio del liberalismo; y que no es prudente, ni útil el combatirlo; porque pertenece á la clase de los males indestructibles.

¡Qué ilusion tan vana! Conocida es la causa del liberalismo; quítese por cada uno la parte que lleva á

formar y á sostener esta *peste perniciosa* (7), y ella desaparecerá.

Hay liberales que no ven nada bueno en las instituciones de los tiempos pasados y que están á punto de no creer en la revelacion, porque es antigua: esta clase de monomanía no se cura, sino con la medicina que se ha de dar á los que niegan los principios: *contra principia negantes justibus est arguendum*.

Por nuestra parte, creemos que ni todo lo moderno es malo por ser moderno, ni todo lo antiguo bueno por ser antiguo; sino que la verdad es independiente de los tiempos, y en los nuestros bien puede conocerse y practicarse la verdad social, segun las enseñanzas de la Iglesia Católica, hasta en el orden político y con formas representativas, no inficionadas del espíritu liberal, ni bastardeadas por sus procedimientos mentirosos.

Los intereses sociales son permanentes; y bien pueden representarse por las clases respectivas ante los gobiernos que fueran católicos, estables y fuertes, con la fuerza del derecho, de la justicia y de la religion, sin necesidad de esas perturbaciones del sufragio y de esas riñas parlamentarias de los congresos liberales.

La libertad cristiana es antigua y de ella han gozado muchos pueblos católicos como el español: la esclavitud liberal es moderna y á ella se ven arrastradas todas las naciones, que se separan de la Iglesia, tutora de la verdadera libertad.

## XI.

*En presencia de gobiernos, que blasonan de catolicismo y de liberalismo, estaríamos obligados á sufrir el yugo del error y de la licencia del mal, si la fe no nos librara del primero y no abrigáramos la esperanza de que la segunda, como contraria á la naturaleza de las cosas, no ha de ser estable.*

Un amigo nuestro simplificaba estos pensamientos con la siguiente argumentacion: un gobierno liberal no puede ser católico, porque es liberal; y siendo liberal, es herético, ó semi; si es herético, es enemigo natural de la Iglesia; si es enemigo natural de la Iglesia, lo es de la libertad; si es opuesto á la libertad, lo es al bien de los pueblos; y así ha de pasar como todo lo que es violento y va contra la naturaleza de la autoridad, que ha de ser esencialmente protectora de los intereses generales de los pueblos y de la religion, que no pueden coexistir con el error y la licencia del mal, hija del liberalismo.

## XII.

Visto lo que es el sistema del liberalismo en todas sus manifestaciones *doctrinales, reales y personales*, no puede extrañar que sean liberales todos los impíos, todos los que odian á Dios y aborrecen su Iglesia por sacudir el yugo de su ley santa y de su autoridad benéfica y protectora; lo que sí debe causar verdadera extrañeza es que acepten el liberalismo en poco ó en

mucho los que quieren ser y pasar por católicos, y mucho más, que algunos de estos sean eclesiásticos.

A este propósito diremos, por último, que hay conciencias secretamente tentadas, que no se espantan del error como debieran y están en peligro de caer en sus abismos.

Si á un simple moralista se le preguntara: así como hay Protestantismo malo, ¿habrá también protestantismo bueno?

Nó, señor, contestaría sin vacilar, con el simple buen sentido católico: todo protestantismo es malo y por lo tanto condenado por la Iglesia. De otro modo, no sería protestantismo.

Y con la claridad de estos conceptos, ¿es posible que haya teólogos y notables teólogos, que conociendo bien la consanguinidad del Liberalismo con el Protestantismo y demás herejías modernas y antiguas, se atrevan, no diré á defenderlo, sino á hacerlo pasar por inocente, cosa que no deja de ser también reprobada?

Sin duda, es providencial que en España no tengan eco los grandes errores entre los grandes teólogos; pues si alguna vez han pretendido patrocinarlos, lo han hecho con tanto temor y vergüenza como los pocos que ahora han hablado á favor del liberalismo.

### XIII.

Ya se ha visto que la mesticería en los seglares ha sido la petición y consecución de un ministerio y de otros empleillos; ¡que no se demuestre más que la



mesticería en los clérigos sea la solicitud permanente de dignidades! pues no otra cosa parecen las obras dedicadas á la Intendencia de palacio.

El liberalismo al despertar con su invasion todas las concupiscencias y ambiciones, no ha dejado en paz ni áun las que reposaban á la sombra del santuario.

#### XIV.

Repitamos el antiguo grito: *la herejia llama á la puerta.....* y tiempo es ya de rechazarla con firmeza y con valor.

Y si se empeña en querer morar entre nosotros, que no pueda adquirir la ciudadanía española por llevar en la frente la marca de importacion extranjera.

A este fin se levanta franca, enérgica y poderosa, la voz de *El Nihilista español*, disipando la confusion católica-liberal, alentando la esperanza de los tímidos y conmoviendo el edificio del liberalismo, que se desmorona por sus insólidas bases.

#### XV.

Como *El Nihilista español* es tan anti-liberal, como español puro y católico sin aditamentos, espera que su voz no sonará en el vacío, sino que ha de tener eco en todos los corazones españoles, siempre leales, siempre amantes de su Dios, primero, de su patria é independenciam; como lo han probado ante el mundo, venciendo y derrotando el liberalismo armado de Napoleón el grande, como triunfarán del liberalismo

organizado por el espíritu de la revolucion mansa ó fiera.

Y como es así el llamado *Nihilista español*, porque no transige con ningun grado de liberalismo, quiere, por último, manifestarse como es, protestando de su sumision á la Iglesia católica, á cuyo juicio infalible sujeta este escrito, dispuesto á reprobar lo que ella repruebe, si hubiera algo erróneo, y á presentarse con todo su nombre para rectificar lo que se creyera necesario, si contra su voluntad no estuviera en todo conforme con la Iglesia, como es su deseo constante.



XV



## APÉNDICE I.

### REMEDIOS CONTRA EL LIBERALISMO.

Después de hacer cada uno lo que pueda para combatir y aniquilar el espíritu de soberbia, de rebeldía y de impiedad, que representa el liberalismo, él que no pueda otra cosa, procure á lo ménos no contaminarse con él, teniendo á la vista estos remedios:

1.º Conocer el liberalismo como es en sí, enemigo del bien general, de la Iglesia y de la salvacion de las almas; porque es egoísta y no se propone más que las satisfacciones sensuales y del amor propio.

2.º Como se vale de todas las pasiones, fomentándolas hasta el delirio, el no dejarse dominar por ellas y ser independientes, huyendo además de sociedades secretas y masónicas, es un gran remedio contra una secta que lo puede todo y dispone de todo, como ninguna herejía de las que han aparecido desde la muerte del paganismo.

3.º Notar que el liberalismo se apodera de dos grandes verdades, paliando con ellas todos sus errores: es verdad que el poder civil es soberano, y es verdad que todos tienen derecho á ser iguales ante él, é interés en que sea justo; pero hacer la soberanía del Estado

independiente de la soberanía superior de la Iglesia, y constituir el poder por el consentimiento de las voluntades, teniendo por justas sus convenciones; esto es lo absurdo del liberalismo, que siempre ha de rechazar la razón y la conciencia cristiana.

4.º Saber que la lucha en el mundo moderno de los dos poderes, el de la Revelación y el de la Revolución, ha dado margen á tres partidos: el *Católico*, el *Revolucionario* y el tercer partido, el de la *Confusion*.

El primero es el más poderoso por la fuerza incomparable de la fe; el segundo, más numeroso, lo forman todos los liberales coaligados por el espíritu revolucionario; y el tercero, los católicos que no se oponen á la revolución; ésta desconfía de ellos porque su objetivo, según Quinet, es expulsar de la sociedad el principio teocrático; y los verdaderos católicos tampoco quieren á los del partido de la Confusion ó sea á los católico-liberales por su mesticería.

Y 5.º Librarse del más peligroso liberalismo, que es éste de los *católico-liberales*, error nacido al parecer del buen deseo de convertir á los liberales; y al intentarlo algunos católicos han caído en el liberalismo, *por no haberlo combatido íntegramente*. Este error es más temible por las personas que lo profesan, por los tintes católicos que ostenta y por *sus tendencias conservadoras*, propias para arraigar y consolidar los errores liberales, que producen la indiferencia, la incredulidad y el ateísmo práctico de los Estados modernos.



## APÉNDICE II.

### SOBRE LAS DUDAS DE PLÁCIDO.

---

A las indicaciones de un buen amigo nuestro es debido este Apéndice.

Enterado del éxito extraordinario de las discusiones del Parlamento libre y habiendo visto el resumen de ellas, nos ha hecho notar que no quedará del todo satisfecha la curiosidad del público lector, si no ve resueltas las dudas del Sr. Plácido, que por pertenecer á la Union Católica y, por lo tanto, á la política ministerial reinante, es una de las principales figuras del debate, que ha de mantener á muchos suspensos ó arrastrarlos al campo de sus decisiones.

Tomando en consideracion estas prudentes advertencias de nuestro estimable amigo, y puesto que han pasado algunos dias desde que concluyeron las sesiones libres, vamos á procurar la satisfacion completa de la curiosidad pública, refiriendo el término de las dudas de nuestro amigo, segun podemos manifestarlo, sin faltar á las leyes de una antigua y leal amistad.

---

Mas antes, por cuenta propia, queremos decir algo del resultado práctico que han tenido las discusiones entre nuestros otros amigos particulares, con quienes ya está familiarizado el curioso lector.

No descubriremos ningun secreto; porque el intrépido ex-demócrata Señor Rufino no se oculta para repetir cada dia que se alegra mucho de haber entrado en razon y de gozar de la paz que antes no alcanzaba; porque víctima de sus extravíos intelectuales, no se daba cuenta ni aun del objeto de su vida, soñando siempre con el descubrimiento de nuevas teorías, que dieran más valor á sus opiniones.

Además, el torbellino de los Circulos y de las Academias (y de vez en cuando el de las logias masónicas), que frecuentaba, no le permitía detenerse á pensar en otra cosa, que no fuera la de seguir la corriente, por donde tantos se precipitan y hunden: así es que al verse detenido por la fuerza de la verdad en su carrera de perdicion, no cesa de proclamar con entusiasmo sus desilusiones y el nuevo rumbo de sus ideas.

¡Cuántas veces con Gonzalo y Julio y el Marquesito, que dejando su vanidad entra ya más en razon y se va penetrando de las ideas saludables, le hemos oido decir: que todo lo que posee lo perdería con gusto antes de perder las verdades fudamentales que ha adquirido.

Estas verdades que labran al presente la felicidad de Rufino y que le han alejado de los centros liberales y de las logias, aunque quedan indicadas en todo el curso de la polémica parlamentaria y pueden conocerse bien por antítesis, no obstante, como en ella más

particularmente se han expuesto los errores liberales para combatirlos, que las verdades católicas para defenderlas, nos parece propio el expresarlas aquí con el objeto de esclarecer más la discusión general y explicar mejor las convicciones de los que abandonan el liberalismo.

En primer lugar manifiesta el Sr. Rufino á todo el que lo quiere oír, que él, reflexionando sobre lo que ha vislumbrado en el debate y sobre lo que había leído en publicaciones no liberales, se ha llegado á penetrar de que la Iglesia Católica no es enemiga de la política, ni del progreso, ni de la civilización.

Sino, y es la segunda verdad, que se han formado por los hombres ambiciosos y descreídos una política, un progreso y una civilización, que se declaran enemigos irreconciliables de la Iglesia. Y por qué? La razón es evidente: porque la Iglesia no puede permitir que se engañe á los pueblo, se les seduzca y domine despótica é impiamente, y como esto es lo que hace la política que no tiene á Dios en cuenta para nada y se separa de su Iglesia, para no verse obligada por sus enseñanzas y por los principios del derecho natural que ellas defienden, de aquí que esta política declara que la Iglesia es su enemiga y su contraria.

Empero como si esta declaración se hubiera hecho desnuda y así con su natural insolencia é impiedad en medio de los pueblos católicos habría levantado el sentimiento religioso y la más justa indignación, por eso la han venido haciendo los enemigos de la Iglesia á la sombra de la crítica, que muy en breve degeneró en sistema de calumnia constante, como vamos á ver.

---

Los partidarios de las ideas revolucionarias no sólo han tomado de los reformadores protestantes el espíritu, sino hasta el método de combatir el catolicismo.

A principios del siglo XVI, y aun antes, la reforma de muchas cosas pertenecientes á la Iglesia era deseada y pedida hasta por varones eminentes en santidad y en ciencia; y todo se hubiera reformado con oportunidad y con acierto por la Iglesia, si el espíritu de rebelion encarnado en Lutero y sus secuaces no se apoderara de la idea de la reforma, y pasando de la condenacion de los abusos y de las faltas á condenar á la Iglesia misma, no proclamara la más terrible herejía de los siglos pasados.

Lo mismo hacen los revolucionarios: han visto abusos en la sociedad, arbitrariedades en la política y en vez de limitar sus deseos á desterrarlos, como si la Iglesia fuera responsable de todo, combaten su influencia social y hasta su autoridad y sus dogmas.

Y al modo de los protestantes, cada porcion de revolucionarios ó liberales se han formado su credo ó programa con sus aspiraciones propias.

Ahora bien, considerando que en el credo ó programa de cada partido entran ciertos principios ó doctrinas, que forman su política, y que por medio de ella se proponen un fin, es lícito preguntar: ¿En conjunto y separadamente podrá la Iglesia aprobar estas doctrinas sociales, tan contradictorias que forman la política liberal? No puede, ni tampoco sus aspiraciones que forman lo que llaman el progreso, ni los medios que constituyen la llamada civilizacion moderna.



Así es que se ha formado una civilización, un progreso y una política en oposición á la Iglesia, como las sectas religiosas, y porque el soberano Pontífice no puede transigir, ni acomodarse con estas invenciones de la soberbia y de la impiedad, por eso se le declara la guerra y á la Iglesia juntamente en nombre de la política, del progreso y de la civilización, que llevan el espíritu de la herejía y del cisma.

¿Qué valor han de tener, pues, las acusaciones que diariamente se hacen á la Iglesia, de que se opone á las luces del siglo, á la marcha de la civilización, si estas parten de los herejes ó de los cristianos mal avenidos con el espíritu de la Iglesia, porque ésta no se digna aprobar sus doctrinas ó sus injustas pretensiones?

No nos cansaremos de repetirlo; la Iglesia Católica no es enemiga de la política, ni del progreso, ni de la civilización; entendiendo por política, el arte de gobernar con arreglo á la justicia y á la razón natural dirigida al bien comun; por progreso el mejoramiento sucesivo de todos los elementos sociales, y por civilización, segun Balmes, la mayor moralidad posible y la mayor ilustración, y el mayor bienestar en el mayor número posible de ciudadanos.

Ahora se comprenderá mejor lo que significan esas acusaciones tan repetidas como injustas contra la Iglesia, que la suponen ambiciosa, despótica y opuesta al bien de los pueblos, porque no quiere que se constituyan y vivan liberal é impiamente.

También se conocerán los móviles de la persecución sistemática que se hace á todo lo católico, empezando por los clérigos, acusados todos los días de

intolerantes, bárbaros, avaros é inmorales, y concluyendo por querer privar á los cristianos hasta de los templos consagrados á Dios, á fin de que se vaya extinguiendo cada vez más el sentimiento religioso, y puedan, sin contradiccion, propagarse las más absurdas teorías y establecerse las leyes más inícuas, que aseguren el imperio á los malvados y á los incrédulos, que son los autores incansables de las calumnias y de las acusaciones contra la Iglesia y sus Ministros.

Más que nunca luchan en los tiempos actuales, segun el testimonio del Pontífice reinante, los hijos de las tinieblas con los hijos de la luz, éstos por permanecer fieles á Dios y á su Iglesia, aquellos por lanzar de las sociedades el espíritu cristiano y por seducir á los hombres é imponerles el yugo de la esclavitud y del error bajo las apariencias del falso progreso y de la mentida libertad civilizadora, que á ser posible haría retrogradar á las sociedades al paganismo ó sea al imperio de las pasiones divinizadas, como lo procuran con tenaz empeño los francmasones y sus aliados.

---

Otra importantísima verdad, dice Rufino, que ha ilustrado su inteligencia, resolviéndole de una vez las más graves dificultades que había tenido en sus lucubraciones políticas.

Cuando pensaba y creía liberalmente, (son sus palabras), era de parecer que la política nada tenía de comun con la religion; y así abogaba por la separacion de la Iglesia y del Estado: y la unidad italiana, que ha privado al Romano Pontífice de su soberanía

temporal, no era á mi vista obra nefanda; mas hoy repruebo todo esto por las razones siguientes:

Conozco bien que es distinta la política de la religion, y que ambas tienen sus fundamentos propios, que no dependen de la voluntad de los hombres sino en sus aplicaciones accidentales.

Conozco que la inmutabilidad de la religion es esencial á su ser divino, y que la política es algun tanto variable por la modificación de los intereses que le están confiados.

Conozco, que siendo distintas la religion y la política, no por eso han de vivir separadas, pues ambas se unen en el mismo hombre, que, como cristiano y como ciudadano, han de regir; y, si no van de acuerdo, introducirán la oposicion en el hombre, que, en algunos casos no sabrá si ha de seguir el precepto religioso ó el precepto legal, que lo contradice. Y no tanto por evitar estos conflictos, cuanto porque es disposicion divina, debe la política marchar en union de la religion, y como de naturaleza inferior subordinarse á ella, como el cuerpo al alma.

Se dará el caso de que algunos ciudadanos, por ejemplo, en España, ó no tengan religion ó no presenten obediencia á la católica: en este caso el Estado los regirá como ciudadanos con sus leyes, sin permitirles que turben la armonía general de un Estado católico; y esto aun en la hipótesis de que llegue á ser notable el número de los disidentes; porque siempre ha de ser preferido el bien general al particular; y la prescripcion de los derechos de la Iglesia ha de ser inviolable, como los de la verdad y de la justicia que representa.

La separacion, por lo tanto, de la Iglesia y del Estado es contraria á la naturaleza de las cosas; y donde no exista la union es un deber el procurarla, para el bien de los ciudadanos y del Estado, el cual halla en la Iglesia no solo el mejor sosten de su autoridad, sino el medio más eficaz de moralizar los servicios públicos, porque se hacen con arreglo á conciencia por los hombres religiosos; así tiene mucho que ver la política con la religion y es el mejor bien social su perfecta armonía.

Las fronteras de España limitan la accion del Estado español; pero como la Iglesia tiene por fronteras las del universo, para ejercer su accion suprema sobre todos los pueblos, ha de ser un Estado independiente de todos los Estados, á fin de que ninguno pueda coartar la accion que ha de dirigir á los demás; y de aquí la necesidad de que sea soberana, con soberanía propia y temporal independiente.

Al conocer estas poderosas razones por el enlace que se encuentra en las verdades, no puedo menos de reprobear con toda la energía de mi alma la violacion y usurpacion que han hecho los liberales italianos de los Estados Pontificios.

Cuando se ven y se conocen las grandes iniquidades, no se concibe cómo se realizan en medio de pueblos cristianos; y como consumadas no siguen las reparaciones y las reivindicaciones de los derechos sagrados. La existencia de los crímenes é iniquidades y la libertad de los malvados es prueba clara de que se ha extinguido el amor á la justicia, en quienes pueden hacerla.

---

La última verdad, continuaba Rufino, que he llegado á conseguir con tanta complacencia de mi alma, es la de que la Iglesia tiene con perfecto derecho una política propia, que produce el verdadero progreso y la verdadera civilizacion.

Esta política cristiana, que consiste en gobernar á los hombres dirigiéndolos al último fin para que han sido creados, sin descuidar la promocion de todos los bienes temporales, es la única política que fomenta el progreso y lleva en pos de sí la verdadera civilizacion, como los hechos testifican.

Donde quiera que ha penetrado el espíritu cristiano, ya en medio de las ciudades, ya en medio de las selvas, ha dado origen á la civilizacion más perfecta que registra la historia; civilizacion que se pierde cuando falta el espíritu que la anima.

¿Nada dice á los incrédulos y libre-pensadores el hecho de ser los pueblos cristianos los más civilizados del mundo? Y nótese bien, que los defectos de la actual civilizacion cristiana con ser la mejor, están en proporcion del mayor alejamiento que hacen los Estados de la Iglesia; pues si la armonía existiera completamente sería admirable la civilizacion europea.

Más que soñar, deliran todos los que creen hallar, fuera de la doctrina católica y de la influencia de la Iglesia, elementos y doctrinas para una más perfecta civilizacion y mayor progreso, que el que ha traído al mundo el catolicismo y que solo él puede conservar y extender.

Por lo tanto, cada dia es más firme y profunda mi conviccion de que la Iglesia, maestra del universo, reprueba con razon y perfecto derecho toda polí-

tica que no se conforme con su política, que es la única digna del poder soberano de los Estados, que han recibido de Dios la autoridad, para regir á los pueblos segun los principios eternos de la equidad y de la justicia, no segun las vanas opiniones de los hombres formuladas en leyes por la voluntad general ó particular.

Hay, pues, grande malicia ó grande error en todos los que se oponen á la política cristiana ó niegan á la Iglesia la facultad de conocer lo que haya contrario en la política general á sus dogmas ó al bien comun de los pueblos cristianos, confiados por Dios á su autoridad salvadora.

Estas importantes verdades demuestran que hay política buena y política mala, ó sea, política cristiana y política pagana. Esta, amigos míos, es la que seguimos, cuando imbuidos en los errores modernos, que nos han propinado los racionalistas, éramos liberales, demócratas y hasta comunistas y mestizos, siguiendo nuestro juicio y propio parecer; la otra es la que empezamos á seguir sometiéndonos á las enseñanzas de la Iglesia, que por cierto, segun leí anoche en un excelente tratado del P. Mendive, dejan mucho campo á las opiniones particulares, salvado lo esencial.

Ya me horrorizo de todo liberalismo, y me espanta el otro caos más, que yo queria abrir á los hombres con mi *socialismo-democrático*.

---

Con este acento de conviccion y de buen sentido expresa Rufino á sus amigos el cambio que se ha obrado en sus ideas y aspiraciones: y como idéntico es el reali-

zado en el prudente Gonzalo, en el sencillo Julio y en el Marquesito, que hasta ahora no había pensado en que nobleza obliga, de aquí que sea innecesario decir el carácter armonioso que han tomado las discusiones y el trato de tan apreciables jóvenes. Solo Álvaro es nota discordante, porque no puede llegar á convenirse de que sea un error y una calamidad el liberalismo, que tan feliz hizo á su padre y que él ha considerado inocente y necesario desde su infancia. Mas como es poderosa la fuerza del ejemplo, se ha retirado como Rufino de la francmasonería y ya no preconiza tanto la libertad; pudiéndose asegurar de estos jóvenes y de sus amigos, que no serán conspiradores, ni turbarán la paz de los gobiernos liberales con las exigencias de su ambicion personal en demanda de empleos; pues si algun dia tienen que defender sus ideas, lo harán como cumple á caballeros y á católicos españoles.

---

Llegamos al punto de exponer las dudas de Plácido, el más vacilante que ha resultado de entre los parlamentarios libres.

Asegura que, aunque en sustancia está conforme con las doctrinas de Teófilo, no puede aprobar el modo de tratar á los liberales y al liberalismo, que emplea este adalid tradicionalista; y por lo que se refiere á la Union Católica, le parece hasta una temeridad el combatirla, aunque sea con salvedades; porque se pone en mal lugar la autoridad del Episcopado, se desprestigian las obras católicas y no puede llevarse á feliz término la union de los católicos, tan necesaria en estas circunstancias; y que de todo esto resulta su indecision.

A lo cual, concretando sus afirmaciones, repone Teófilo: que él trata al liberalismo como es en sí, jocoserio; la parte seria del liberalismo son sus graves errores y los inmensos males que causa, y éstos los trata con gravedad y con la indignación propia del que reprueba los extravíos y las perversiones humanas; y la parte jocosa y humorista que tiene el liberalismo es todo lo demás, desde sus procedimientos hasta sus pomposas frases y vanas promesas: todo esto hay que tratarlo en broma; porque ni aun los mismos liberales hacen otra cosa; y más ídolos ha echado por tierra el ridículo Sancho que el soñador Quijote. Con ocasión de la última circular izquierdista atribuye un periódico este juicio al Sr. Linares Rivas: *que está convencido de que el principal defecto de la política española es la falta de seriedad*: y así no ha visto con agrado los ofrecimientos que hace el Duque por considerarlos irrealizables.

A no ser que desee el Sr. Plácido, que los católicos traten mejor al liberalismo, que los mismos liberales, no se explica su parecer; y lo mismo en cuanto se refiere á las personas, que es preciso mortificarlas ó con el amargor de la medicina ó con el dolor del cauterio, para que adquieran la salud perdida; y como enfermos de gravedad mortal hay que considerar á todos los liberales por los errores que aceptan, las iniquidades que patrocinan, y la impunidad para el mal de que se hacen cómplices.

Ha de convencerse el Sr. Plácido, no de lo que pudo ser la Union Católica en España, sino de lo que ha llegado á ser: tea de discordia y nueva parte de un partido liberal; y como así no la han aprobado,



ni bendecido los Obispos, ni se falta á su respetable autoridad, ni se contrarían las obras católicas al combatir á los católico-liberales.

La llamada Union Católica murió al hacer públicas sus tendencias; al defender sin fundamento la teoría del mal menor, y al apoyar los hechos consumados en contra de la Iglesia y no aceptados por la misma; así es que solo vive con el nombre de Union Católica una especie de círculo recreativo, que tiene varios empleados en Fomento y un periódico que los defiende, *La Union*.

Y no quiera, por último, el Sr. Plácido sacar partido del silencio del Episcopado, que no ha disuelto tal Union; pues es notoria la paciencia y la prudencia de la Iglesia en las condenaciones que se ve obligada á hacer; y en el caso presente, hay además la circunstancia de que no es preciso reprobado lo que está reprobado por sí mismo, ni disolver lo que se halla disuelto en el seno del liberalismo.

Tiene que confesar el Sr. Plácido como católico, que la Iglesia no admite medio; que los que no están con ella están contra de ella; y no están con la política de la Iglesia los liberales de cualquier grado y condicion que sean, incluso los llamados católico-liberales: luego están con la política opuesta á la política de la Iglesia. ¿Y no ha meditado bien el Sr. Plácido cual es esta política? Pues es la política de los herejes é incrédulos, de los libre-pensadores é impíos, de los racionalistas y liberales; es la política de la Masonería, enemiga de Dios y de su Iglesia, á la cual cooperan segun Su Santidad Leon XIII, todos los que aceptan sus hechos y no rechazan sus doc-

trinas, como hacen todos los liberales: de esta política, que contra todo derecho y razon y voluntad de los pueblos separa á la Iglesia del Estado, como en Chile; destierra á los Jesuitas de Costa-Rica; establece el divorcio en Francia; ensangrienta las calles en Bruselas y permite en España toda clase de impiedades; de esta política, que proclama *la no intervencion* para que las logias de cada país vayan sucesivamente entronizando la impiedad, se hacen solidarios los católicos-unidos, sin que se avergüencen de haber visto rechazadas por el Episcopado español sus declaraciones diplomáticas referentes al poder temporal del Romano Pontífice, que todos los católicos debemos defender.

El aceptar hechos y doctrinas que se pueden y se deben combatir, no solo es señal de cobardía, sino síntoma de poco amor á la verdad y á la justicia: es cierto que siempre ha de haber defecciones, infidelidades y vicios en la sociedad; pero que vivan bajo el anatema de las leyes y no autorizados por ellas.

Véase la diferencia que existe entre una sociedad que permite toda clase de licencias y prostituciones y otra que las prohíbe en absoluto: en la primera, se ostenta sin rubor el crimen; en la segunda, se oculta y desaparece de la vista pública por la reprobacion general, que sigue á la severidad y justicia de las leyes.

Todos vemos el estado en que se encuentra España por las condescendencia de algunos católicos con el liberalismo; y como no vemos más que lo presente, nos es imposible adivinar, cual sería la situacion que alcanzáramos, si habiendo rechazado todas las

novedades peligrosas, se hubieran empleado en la prosperidad pública los inmensos capitales y fuerzas, que se han malgastado en luchas intestinas y habiendo conservado con la unidad religiosa y las tradiciones el caracter español, sería hoy nuestra nacion un pueblo respetado y admirado de la Europa, que más bien nos desprecia y compadece; porque ni conservamos la grandeza del bien, ni hemos llegado al extremo del mal, que hace temibles á los pueblos.

Si los de la Union Católica, y tantos otros españoles, con su amor á la religion, conservaran la firmeza del carácter y la conviccion de que las condescendencias con el error á nadie aprovechan, otra sería su conducta para con el liberalismo, señor hoy de la prensa, de la enseñanza y de la política en general, que amenaza constantemente al orden, á la paz y á la religion de los españoles.

A pesar de los progresos del liberalismo, con verdadera union de los católicos españoles aún es posible hacerle capitular y, una vez prisionero, desterrarlo por lo ménos al África, para que civilice ese continente, ya que nosotros estamos civilizados con mejores doctrinas.

---

Muy atento venía oyendo Plácido estas reflexiones hechas en el seno de la amistad, hasta que, por último, se dignó manifestar que él se daba por convencido de todo; pero que había ingresado en la Union Católica creyendo de buena fe que por medio de ella se podría atraer á muchos liberales y así hacer católica la situacion y poco á poco las leyes y todo el

organismo social, desterrando el liberalismo por la persuasión, y evitando para lo sucesivo otras guerras civiles, que toman en España el pretexto religioso. Mas ya que tantas razones y argumentos de hecho se le han presentado en contra, declara que es cierto que la Union Católica no ha correspondido á sus fines; pero que él tiene que esperar los que tenga por los compromisos contraidos.....

Nadie se atrevió á preguntarle cuáles fueran, respetando el secreto que él guardara y que explica suficientemente sus vacilaciones mestizas.

---

Como Plácido hay muchos en España: con una bondad relativa, con amor á la religion, pero sin llegar al sacrificio; con deseos de todo lo bueno, pero con un porvenir que satisfacer, y por él transigen con el liberalismo, aunque lo reprueben en el fondo de su alma.

Muy pocos se encuentran como el que ha conseguido el mote de *El Nihilista español*, que sin consideracion ninguna y poniendo su porvenir en manos de Dios, se lanza á *resistir todo error para no aprobarlo, y á defender la verdad para que no sea oprimida*, realizando así el lema de sus discursos.

Y con tan buen espíritu y recta intencion acomete esta empresa, que si no considerara su trabajo conforme á razon y á justicia, él sería el primero en reprobarlo. Y en prueba de ello á todos los liberales que le lean y aun abriguen dudas acerca de la impiedad y falsedad del liberalismo, y de que no hay más que un liberalismo y este malo y condenado, aunque se

empeñen en defenderlo mañosamente los que están más obligados á combatirlo, á todos, pues, ofrece: (y ójala los liberales prometieran esto) que si en la Encíclica que se anuncia sobre el liberalismo, enseñara Su Santidad alguna cosa, con la cual estuvieran en oposicion las afirmaciones hechas en este libro, *El Nihilista* sería el primero en retractarse y en someterse á las enseñanzas de la Iglesia, para no reprobbar lo que ella no repruebe, ni adelantarse en cosa alguna á los juicios infalibles del Soberano Pontífice.

Así demostrará el llamado *Nihilista español* que á diferencia de muchos, que se espantan de la peste, que sólo mata los cuerpos, él se espanta más de la peste de la herejía y del error, que envenena las almas y las precipita en los abismos de una perdicion irreparable.

---

No obstante la extension de este Apéndice, aun no quiere *El Nihilista* despedirse de sus caros lectores, sin haber convenido del todo en que no solo es bueno, sino necesario, su método de combatir el liberalismo.

Si se pudiera hacer una coleccion ordenada de todas las censuras y reprobaciones, que los mismos liberales vienen lanzando contra el liberalismo, resultaría que no hay ya principios, formas y procedimientos liberales, que se hayan librado de la contradiccion y del juicio razonable ó apasionado; y esto porque son tantos los errores y los abusos del sistema, que no pueden menos de excitar la oposicion de los hombres imparciales y de los que procuran el desprestigio de las cosas que desean arreglar á su

modo y de los hombres que les impiden su dominación.

Mas si bien se considera, la oposicion general y parcial, que hacen los liberales al liberalismo, no pasa de la superficie, dejando intacto el fondo; ó lo que es igual, los liberales pretenden corregir los abusos del sistema, no siempre desinteresadamente, conservando, sin embargo, el fondo liberal; lo que es causa de mayor confusion; porque las falsedades liberales y sus procedimientos arbitrarios multiplican su malicia con la que le prestan las oposiciones, llenas tambien de errores y egoismo.

Por este motivo, como los liberales no quieren rechazar el sistema, origen de todos los abusos, que á veces lamentan llenos de indignacion, no conseguirán jamás ni el órden, ni la justicia, ni el bienestar social; sino que como lo acredita la experiencia, se va cada dia de mal en peor, dando pábulo á la revolucion que avanza y á las ambiciones personales que crecen, hasta el extremo de que es una mentira la justicia, una ilusion la paz y un sueño la prosperidad nacional, gravada con impuestos insoportables y con una deuda fabulosa.

Querer exterminar las malas semillas, conservando y cuidando hasta con esmero el arbol funesto que las produce, no se sabe si es más absurdo que insensato, ó si guardan las mismas proporciones la falta de razon y de buen sentido, que demuestran los liberales al pretender mejorar un sistema que es malo esencialmente.

---

Si es posible, más faltos aún de razon y de sentido se presentan los católicos, que intentan conseguir bienes parciales del liberalismo, cuando este no puede darlos á favor de la Iglesia católica, á la cual, como se ha visto, se opone por su naturaleza; así es, que lo que aconsejan la ciencia y la prudencia es la reprobacion general de todo liberalismo, y el combatirlo especialmente y de un modo radical en sus formas conservadoras ó católico-liberales, porque son las que más dañan á la causa de la verdad y á la del bien comun; pues si los católicos consiguiéramos reducir el sistema liberal á su propia esfera de error manifiesto y de impiedad descarada, entonces los pueblos, que no podrian menos de ver en él su enemigo capital, lo rechazarían sin apelacion.

En estas razones de primer orden se funda el método empleado por El Nihilista, que no se contenta con podar al árbol de la libertad liberal varias ramas, sino que desea cortarlo de raiz y por eso aplica la segur al tronco, distinguiéndose en esto, como en lo demás, no solo de todos los liberales, sino de los pobres mestizos, que solo quieren cortarle algunas hojitas, para quedarse á la sombra de las otras.

Contemporizar, sacar el mejor partido de las circunstancias, no combatir los hechos consumados, aunque sea el despojo y la opresion de la Iglesia y el encarcelamiento del Romano Pontífice, cuando en todo esto se sacrifican derechos sagrados y verdades salvadoras, no es propio de hombres de convicciones y de grandes caracteres; y como el católico debe poseer las unas y aspirar á la posesion del otro, es lógico y natural, que un católico como El Nihilista, ni

imite á los liberales, ni siga el funesto ejemplo de los mestizos españoles, sino que combata radical é íntegramente el liberalismo.

---

Este método no es nuevo; es el de los racionalistas, el de los incrédulos, y el de todas las clases de impíos, que si combaten particularmente á la Iglesia en algunos dogmas, no es más que con el fin de aspirar á la destruccion total de ella, como se ve por la obstinacion en negarle su autoridad y carácter divino. Y es evidente, que si la Iglesia católica no fuera de institucion divina, ya habria desaparecido del mundo; ¡tan general y cruda es la guerra que se le hace por todo lo más poderoso de la tierra!

Pero si hay insensatez y hasta locura en pelear contra Dios, no la hay en batallar contra el mundo liberal, que al fin como cosa humana y mala bien se puede arruinar y destruir.

---

Si de la naturaleza de la lucha pasamos á la intencion de ella, es más fácil aún conseguir el asentimiento de todos los hombres honrados, como vamos á suponer que son los que lean este libro y les decimos:

Para concluir, amigos míos, conozcamos á fondo esta verdad: toda sociedad, todo partido y todos los hombres, que por medio del liberalismo se procuran emancipar de la Iglesia, no hacen esto para sujetarse á otro orden mejor ó á otras leyes más perfectas; sino que sacuden el yugo suave del Evangelio y la autoridad suprema de la Iglesia, para declararse soberanos



é independientes y así darse las leyes que les agradan y que cumplen cuando quieren; y en lo demás, vivir conforme á sus deseos, sin temer amonestaciones ni exhortaciones de ningun género.

Siendo esta la aspiracion constante del liberalismo y de los liberales, la contraria ha de ser la de los católicos: y así cuanto más se empeñen aquellos en separarse de la Iglesia, más interés debemos tener nosotros en unirnos á ella con amor filial, con respeto profundo y con adhesion inquebrantable hasta el martirio.

Si el objetivo que acabamos de exponer no es el de los impíos, francmasones y demás clases de liberales, entonces no conoce El Nihilista cual sea la razon y fundamento de la guerra que con tanta union y ahinco hacen al catolicismo; porque bien considerado, no hay ciencia, ni doctrina que más enaltezca la soberanía política que la doctrina católica, que no solo reconoce el origen divino de la potestad con que se gobiernan los pueblos, sino su soberanía propia é independiente en su esfera; solo que á la vez enseña, que esta potestad que viene de Dios, tiene que ordenarse conforme al derecho natural y al bien comun de los asociados y que no puede ejercerse despótica y arbitrariamente; y que entre sus más altos deberes está el de reconocer la soberanía espiritual de la Iglesia, con la que ha de vivir en perfecta armonía y de la que ha de aprender las normas fundamentales de la justicia y del derecho; y como esto es lo que no agrada, ni conviene al orgullo y rebeldía sistemática del liberalismo, de aquí la lucha y de que lo que es inferior por su naturaleza, se quiera, á título de mal compren-

dida independencia, sobreponer á lo que es superior, como espiritual y como poseedora de las verdades eternas.

Por no sujetarse á la ordenacion divina, que ha separado los poderes espiritual y temporal, para que el uno enseñe las verdades y el otro las realice socialmente por medio de las leyes, se ven los pueblos conducidos al despotismo y á la anarquía; pues los gobiernos que todo lo permiten, nada pueden hacer para el bien; y así los pueblos, que nada ven respetado, que no miran la verdades religiosas consagradas por los poderes públicos en sus actos, ni en sus leyes, no pueden aprender la obediencia, ni el amor á las leyes divinas; y sabido es, que donde á Dios no se obedece, ménos á los hombres; y á esto conduce el liberalismo práctico en los gobiernos, que, rompiendo la armonía con la Iglesia, pierden su fuerza moral y solo viven de la fuerza bruta en tanto pueden dirigirla á sus fines, que nada tienen de laudables y santos.

---

El trabajo que en este libro acabamos de hacer contra todo el liberalismo, toda impiedad y toda masonería, que desde el campo político levantan su poder contra el derecho, la justicia, la verdad social y religiosa, y contra todos los intereses legítimos de los hombres de bien, está, segun creemos, muy distante de toda perfeccion; y así no ha de extrañarnos que excite la crítica, no tanto por sus defectos, cuanto por el espíritu que lo anima; y creemos que algunos desearían se hubiera expuesto ampliamente

la doctrina del liberalismo, que con tanta energía y valor en él se combate y reprueba.

A esto diremos: que es imposible concretar las formas del error y la variedad que presenta en un sistema, que, como el del liberalismo, abraza, desde la rebeldía de los sectarios protestantes, hasta las negaciones filosóficas del racionalismo; y desde las fútiles distinciones del cismático, hasta las hipócritas nimiedades de los falsos creyentes. Un sistema, que tiene íntima conexión con todos los errores de las herejías y de las presumidas ciencias, y que es tan contradictorio por los diversos grados que comprende en los distintos partidos que lo aceptan, como se vé en España desde la Union Católica hasta el pacto sinalagmático, es imposible exponer de un modo particular para combatirlo: y así hemos hecho solo la exposicion suficiente del espíritu liberal en los oradores que le han defendido, para que se pueda conocer su vanidad absurda y su pretension malévola é insensata.

---

Mas necesario habría sido el tratar en particular de la masonería, por el mayor peligro que ofrece su oculta propaganda, que ya para nadie es un misterio; pues todo el mundo conoce que la francmasonería no es más que un partido político-liberal, organizado secretamente para realizar mejor sus designios, bajo el pretexto de un fin tan grandioso, que no puede ser conocido por los profanos: de aquí es que la masonería exige condiciones á sus adeptos y circunstancias en los tiempos y lugares, para levantar la punta del velo que cubre su santuario.

• Y si á los masones se les dice: que por qué no hacen públicas sus doctrinas y aspiraciones, puesto que afirman que son buenas, humanitarias y hasta religiosas, ellos contestan: que no están aún los pueblos dispuestos para recibir de lleno la nueva luz.

El que no vea en la táctica masónica un engaño de fulleros y malandrines, será porque esté ciego.

La luz del Evangelio, la doctrina católica, reconocida universalmente como la expresion más elevada del progreso científico, social y religioso, no exigió para manifestarse á los hombres, á los pueblos y á las naciones de todo el mundo, condicion alguna, ni preparacion solapada, sino que empezó á predicarse á sabios y á ignorantes en las plazas y en las sinagogas, pasando desde los desiertos de la Arabia á oirse su voz en el Areopago de Atenas y en el Foro de Roma; si el catolicismo hubiera exigido esa iniciacion lenta y oculta como la de la masonería, aún estaríamos en las sombras del error y de la muerte, como se hallan todos los masones y sus secuaces, que dejan á sus espaldas la luz verdadera.

Sirva la reflexion anterior como de norma para conocer la falsedad y la perversion de las doctrinas, que como todas las del liberalismo oculto ó manifiesto, prometen sus frutos para despues de las ruinas del mundo moral y cristiano; cuando ya no halla espíritus enérgicos, ni corazones valerosos, que rechacen el yugo de las imposiciones masónico-liberales y de la voluntad general degradada y corrompida y puesta á los pies de símbolos convencionales que hu-

millan la razon y esclavizan á los hombres; por esto ante los estragos de las licencias liberales y para escusarlas, repiten sus partidarios: que aún no están los pueblos dispuestos para el reinado de la Libertad; que el dia que lo estén, ésta producirá sus encantadores frutos.....

De perdicion y de muerte, decimos los católicos: porque lo que es en sí una falsedad y causa de una rebelion permanente contra todo lo más sagrado y respetable que debe haber en la sociedad de los hombres, no puede producir cosa buena, ni conforme al espíritu cristiano, como es todo lo que procede del funesto liberalismo.







## NOTAS.

### SERIE I.—SESION 1.<sup>a</sup>

- (1) Casus conscientiae, etc. por P. V., Pars prima: de *Liberalismo*, pág. 11.
- (2) J. M. Orti y Lara.
- (3) Citado por M. A. Rostoul. *Histoire populaire de la Revolution Francaise*.
- (4) Es el error de los pelagianos, multiplicado por los liberales y condenado por Pio IX y el Concilio Vaticano.
- (5) Sesión del 9 de Julio.

### SESION 2.<sup>a</sup>

- (1) Mr. Ollivier en su opúsculo titulado *¿Es el Papa libre en Roma?*
- (2) Pio IX en su Encíclica *Quanta cura* y Leon XIII en su última pastoral antes de ser elevado al trono pontificio.
- (3) Breve de Su Santidad Leon XIII preconizando las virtudes del V. Fray Diego de Cádiz.
- (4) Omnis qui facit peccatum, servus es peccati. *Joan. VIII, 34.*
- (5) Ubi autem abundavit delictum, superabundavit gratia. *Pauli ad Romanos, V, 20.*
- (6) Qui autem perspexerit in legem perfectam libertatis. *Jacobi, I, 25.*
- (7) Et cognoscetis veritatem et veritas liberabit vos. *Joan. VIII, 32.*
- (8) Ubi autem spiritus Domini, ibi libertas. *II. Pauli ad Corinthios, III, 17.*

- (9) Tabla de los derechos del hombre por M. Rostoul, párrafo 4.º
- (10) *Los intereses católicos en el siglo XIX*, por el Conde de Montalembert, capítulo IV.
- (11) Balmes, revista titulada *La Sociedad*.
- (12) Homilias sobre el Evangelio de S. Juan.

### SESION 3.ª

- (1) Declaracion de las Constituyentes francesas, párrafo I.
- (2) Idem de id., párrafo II.
- (3) Idem en el párrafo IV.
- (4) Programa del Circulo anticlerical de París.
- (5) Tertuliano decía que el alma es naturalmente cristiana.
- (6) Posada Herrera y Sagasta han dicho estas lindezas.
- (7) Cánovas en su discurso-programa de la nueva monarquía.
- (8) Encíclica *Mirari vos...*
- (9) En su primera Encíclica Pontificia.

### SESION 4.ª

- (1) *Profesion de fe del siglo XIX*, párrafo 3.º por M. Pelletan,
- (2) *El Imparcial* del 14 de Julio.
- (3) Sub viri potestate eris. *Genesis*, III, 16.

### SESION 5.ª

- (1) Declaracion de los legitimistas franceses.
- (2) *La ilusion liberal*, por L. Veuilloz.

---

## SERIE II.—SESION 1.ª

- (1) *Esterilidad de la Revolución en España*, por D. J. Balmes.

### SESION 2.ª

(1) Noten los liberales de buena fe, si es que hay ya en el mundo algunos con esta cualidad, que los movimientos revolucionarios y las leyes impías son obras de las lógicas.

- (2) Discurso-programa para entrar en el Ministerio.



### SESION 3.<sup>a</sup>

(1) Mr. Freppel ha recomendado la *union* y proteccion de los católicos entre sí; mas en España no se quiso entender el pensamiento de tan notable Obispo y se ha formado, no la union de los católicos, sino la union de los católico-liberales, que es cosa distinta.

(2) Este pensamiento atribuido al Cardenal Piè, lo hallamos entre nuestros apuntes, sin poder precisar ahora de donde lo tomamos.

### SESION 4.<sup>a</sup>

(1) D. Miguel Sanchez ha tenido esta pretension tan desdichada.

(2) Martos Gimenez, *Crisis politico-religiosa de nuestros tiempos* (Memoria del Ateneo de Madrid).

---

### SERIE III.—SESION 1.<sup>a</sup>

(1) *Cartas del filósofo Rancio*, por el P. Alvarado.

(2) El Sr. Duque de la Torre ha hecho por sí esta confesion, (como la de la codorniz ya tarde y arrepentida).

### SESION 2.<sup>a</sup>

(1) *Timentes Deum, in quibus sit veritas, et qui oderint avaritiam. Exodi, XVIII, 21.*

(2) *Quod volumus, bonum est, etc.*, de S. Agustín: y S. Ambrosio: *Ubi autem cæpit quis luxuriari, incipit discedere a fide vera.*

---

### RESUMEN Y CONCLUSION.

(1) Al contestar á la invitacion de la Junta.

(2) El P. Sanchez en toda su citada obra.

(3) Proposicion LXXX del *Syllabus*, que no pueden sufrir los católico-liberales y procuran limitarla.

(4) Breve del 11 de Diciembre de 1876.

(5) Monseñor Segur, *Ofrenda á los jóvenes-católico-liberales.*

(6) S. Atanasio.

(7) Encíclica *Quo graviora*, de Gregorio XVI.



## ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
Al gracioso lector (prólogo). . . . .	3
Sesiones del Parlamento libre. . . . .	17
<i>Serie I.—Teorías liberales.</i> . . . .	17
Sesion 1. <sup>a</sup> De la naturaleza del liberalismo y sus propiedades. . . . .	17
Sesion 2. <sup>a</sup> Que la libertad debe al catolicismo su mayor perfeccion y grandeza. . . . .	29
Sesion 3. <sup>a</sup> Que carecen de fundamento las falsas libertades del falso liberalismo y son causa de la confusion presente. . . . .	43
Sesion 4. <sup>a</sup> Defensa de la libertad liberal y su impugnacion. . . . .	53
Sesion 5. <sup>a</sup> Réplica y dúplica del mismo asunto. . . . .	64
<i>Serie II.—Hechos liberales.</i> . . . .	76
Sesion 1. <sup>a</sup> Que el liberalismo se ha impuesto á los españoles produciendo una division funesta, etc. . . . .	76
Sesion 2. <sup>a</sup> De la secularizacion. . . . .	87
Sesion 3. <sup>a</sup> De la <i>Union Católica</i> . . . . .	97
Sesion 4. <sup>a</sup> Defensa del tradicionalismo. . . . .	105
<i>Serie III.—Personas liberales.</i> . . . .	116
Sesion 1. <sup>a</sup> Del socialismo democrático y su impugnacion. Episodio. <i>La Dieta Mefistofélica.</i> . . . .	116 130
Sesion 2. <sup>a</sup> Clases de liberales. . . . .	133
Sesion 3. <sup>a</sup> Consideraciones generales sobre los resultados del liberalismo. . . . .	141
<i>Resúmen y conclusion.</i> . . . .	149
Apéndice I. Remedios contra el liberalismo. . . . .	169
Apéndice II. Sobre las dudas del Sr. Plácido. . . . .	171
Notas. . . . .	197



## ERRATAS MAS NOTABLES.



PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
18	8	sus	mis
21	31	paraletto	paralelo
28	11	habian	habrian
29	17	relacion	revelacion
30	8	esta	este
42	20	Quitale	Imitale
45	7	perfectos	perpétuos
46	14	nota	meta
55	31	tiempo	triuño
73	33	bases	basas
75	5	olirle	oirle
94	10	discutir	disentir
97	14	diferencia	deferencia
100	9	la de	tea de
112	25	Teófilo	Rufino
123	8	someterse	someterlas

## ERRATA MIS NOTABLES

Page	Line	Correction	Page
10	1	10	10
11	1	11	11
12	1	12	12
13	1	13	13
14	1	14	14
15	1	15	15
16	1	16	16
17	1	17	17
18	1	18	18
19	1	19	19
20	1	20	20
21	1	21	21
22	1	22	22
23	1	23	23
24	1	24	24
25	1	25	25
26	1	26	26
27	1	27	27
28	1	28	28
29	1	29	29
30	1	30	30
31	1	31	31
32	1	32	32
33	1	33	33
34	1	34	34
35	1	35	35
36	1	36	36
37	1	37	37
38	1	38	38
39	1	39	39
40	1	40	40
41	1	41	41
42	1	42	42
43	1	43	43
44	1	44	44
45	1	45	45
46	1	46	46
47	1	47	47
48	1	48	48
49	1	49	49
50	1	50	50
51	1	51	51
52	1	52	52
53	1	53	53
54	1	54	54
55	1	55	55
56	1	56	56
57	1	57	57
58	1	58	58
59	1	59	59
60	1	60	60
61	1	61	61
62	1	62	62
63	1	63	63
64	1	64	64
65	1	65	65
66	1	66	66
67	1	67	67
68	1	68	68
69	1	69	69
70	1	70	70
71	1	71	71
72	1	72	72
73	1	73	73
74	1	74	74
75	1	75	75
76	1	76	76
77	1	77	77
78	1	78	78
79	1	79	79
80	1	80	80
81	1	81	81
82	1	82	82
83	1	83	83
84	1	84	84
85	1	85	85
86	1	86	86
87	1	87	87
88	1	88	88
89	1	89	89
90	1	90	90
91	1	91	91
92	1	92	92
93	1	93	93
94	1	94	94
95	1	95	95
96	1	96	96
97	1	97	97
98	1	98	98
99	1	99	99
100	1	100	100



EL NIHILISTA ESPAÑOL.  
MEMORIAS CONTEMPORÁNEAS  
POR EL DOCTOR SÉPTA.

Libro de primer orden escrito con gran intencion, oportunidad y necesidad.

Deben comprar y leer este libro todos los españoles que amen a España y no quieran acabar de perder el sentido que les resta.

Precio UNA peseta.



**G 32350**